DISCURSOS

LEIDOS ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA

en el acto solemne de la recepcion

DEL

Ldo. D. Francisco Javier Simonet

COMO CATEDRÁTICO NUMERARIO DE LENGUA ÁRABE

EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

el dia 15 de Setiembre de 1862.

GRANADA.

Imprenta y libreria de D. José M. Zamora.

1866.

DISCURSO

DE

D. FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Ilmo. Señor:

Pues un loable estatuto académico me obliga hoy á dirigiros mi humilde palabra, debo empezar manifestando que siempre conservaré impresa en mi corazon agradecido, como uno de los sucesos mas bellos y faustos de mi vida, la memoria de esta solemne ocasion en que alcanzo la señalada honra de ser recibido en tan insigne gremio y claustro, entre profesores cuya ilustracion y talento mantiene brillantes la antigua gloria y nombradia de esta famosa Universidad. Como la indulgencia es compañera inseparable de la nobleza del corazon y del verdadero saber, yo espero obtenerla de los que me escuchan; mayormente que no voy á tratar de un asunto ni nuevo ni ameno, pero que he escogido por referirse á la asignatura que he entrado á desempeñar y que es el blanco de mis aficiones literarias; y tambien porque la doctrina que voy á exponer tiene un interés especial en esta morisca ciudad de Granada, en-

donde están mas vivos, en donde son mas bellos y poéticos los vestigios y las memorias de la civilizacion árabe. Es mi propósito *el demostrar la utilidad del estudio y cultivo de la lengua arábiga para ilustrar la historia de nuestra nacion con los documentos en ella escritos*, y que son sus principales fuentes durante un periodo de algunos siglos: asunto vasto y difícil, que yo por cierto no me aventuraria á tratar á no creer que los que me escuchan están convencidos y seguros de antemano de la verdad de la proposicion que voy á sostener; que no puede esperarse menos de sus luces y capacidad. Ya por fortuna podemos formarnos una idea justa y acertada de las letras, artes y civilizacion muslímica; y ya nadie recordará sin estrañeza que uno de nuestros historiadores mas insignes (1), dejándose llevar del odio y la preocupacion que reinaban en su época contra nuestros musulmanes, los llamaba *gente que ni sabe de arquitectura ni de edificios ni se precia de algun primor*: asercion que desmienten victoriosamente los monumentos magníficos que de aquellas artes han quedado en el suelo andaluz y las descripciones que nos han dejado los historiadores árabes de las bellezas y maravillas que las aljamas y alcázares de Córdoba, Toledo, Sevilla y Granada encerraron en su edad floreciente. Pues si á los monumentos arquitectónicos, que estaban á la vista, y en tiempo de aquel autor en mayor integridad y hermosura, se les negó todo elogio y aplauso, con mayor incuria y desden se miraron los monumentos escritos en una época, en que, fuerza es confesarlo, el imperio de ideas mas altas y salvadoras para la nacion española prevaleció sobre los recuerdos brillantes de la cultura mahometana y sobre la importancia de los buenos estudios históricos, destruyéndose des-

dichadamente con el fuego y con el abandono los documentos mas preciosos de la historia patria. Pero si es cierto que los testimonios de los escritores árabes son considerados ya como fuentes de nuestra historia; que muchos de ellos son ya conocidos, y que su consulta y exámen ocupan la atencion y laboriosidad de la Europa sabia, todavia me atrevo á asegurar que tales estudios son recientes y poco generalizados; que en ellos aun falta mucho que hacer y numerosos textos que investigar, que ilustrar y poner al alcance de los que cultivan nuestra historia; que la crítica sobre tales documentos no ha sido llevada todavia á su mayor grado de perfeccion, pues ya se les ha recusado toda autoridad, ya se les ha seguido con credulidad excesiva, y en fin, que es necesario mas y mas avivar el interés de los hombres ilustrados en favor de una lengua que abre las puertas al conocimiento de periodos interesantísimos de nuestros anales.

Doble interés inspira el estudio de los documentos arábigos que atañen á nuestra historia; pues si por una parte importa indagar en ellos la suerte que cupo á la *España Cristiana* desde la desastrosa jornada del Guadalete, y los largos dias de prueba y afliccion que regeneraron nuestra nacion y monarquia, por otra nos toca tambien muy de cerca la gloria que en artes, letras y cultura supo ganar la *España Muslímica* (*el Andalus* الاندلس), en una época en que el resto de la Europa se hallaba sumido en las tinieblas de la ignorancia y casi de la barbarie. Y esta gloria es tanto mas legítima para nuestra nacion cuanto mas la distingue y señala en la historia del mundo civilizado; porque si en otra época habia penetrado en su recinto el saber de los Romanos, alcanzando cierto desarrollo y brillo, la

cultura árabe importada del Oriente, cuna de toda luz, y enriquecida con los despojos de la antigua ciencia, persa, india, egipcia y griega, se aclimató, prosperó y floreció de tal modo en nuestro suelo, que aquí dió sus mas ópimos frutos y desde aquí derramó los rayos de una civilizacion, admirable para aquel tiempo, por el mundo musulman y aun por el cristiano. Bajo el imperio romano, y aun bajo el gótico, España fué discípula é imitadora casi en todo de Roma que la sacó de su rudeza primitiva: bajo el árabe, España tuvo en sí misma el foco del saber y de la civilizacion, y de las madrisas de Córdoba aprendió lo que antes de las escuelas de la ciudad eterna.

Esta importancia de la civilizacion muslímica en aquellos siglos se nota muy especialmente en los estudios históricos. Perdida en el Guadalete, juntamente con el estado, gran parte de la ciencia y civilizacion importada de Roma, no salvándose apenas de aquel naufragio sino la religion cristiana, gérmen de la futura resurreccion y engrandecimiento de nuestra nacionalidad, se concibe fácilmente el que sean de menos valia los documentos históricos de autores cristianos escritos en aquella edad; porque atentos los Españoles emancipados á reconquistar paulatina y laboriosamente el territorio perdido, habian arrojado la pluma por las armas; y si algo escribieron sobre los interesantes sucesos de aquellos siglos, fué escaso, conciso y rudo. Tales son nuestras historias y cronicones latinos desde el siglo VIII al XIII, reducidos á apuntar breve, confusa y aun inexactamente, en una lengua bárbara y pobre, las fechas de una batalla ó conquista, el nacimiento ó la muerte de un principe; no habiendo desde la entrada de los Arabes en la Península hasta el arzobispo D. Rodrigo, que floreció cinco siglos des-

pues, una relacion de los sucesos de la España cristiana que merezca ni remotamente el nombre de historia. Entre tanto la España sarracena estaba en toda su grandeza y prosperidad; los buenos estudios de todo linaje florecian en Córdoba; la lengua, base y elemento de todos los trabajos literarios, se hablaba y escribia con gran elegancia y primor; y nuestros muslimes, dotados de imaginacion exaltada, de grande aficion al saber y de no poca curiosidad por conocer los sucesos y maravillas de otros pueblos y otros paises, se consagraban copiosa y eruditamente á escribir, no solo las historias y anales de los suyos, sino tambien de los nuestros, con quienes vivian en frecuente trato y relaciones, casi siempre hostiles, y algunas veces pacíficas y amistosas. El mas simple cotejo de los documentos históricos escritos por los Árabes con los escritos por nuestros cristianos en aquel largo periodo bastará á demostrar la gran superioridad de aquellos sobre estos; y que solo con las relaciones detenidas y circunstanciadas de los autores musulmanes se pueden suplir las omisiones, llenar los vacios, desvanecer los errores y esclarecer la oscuridad que se nota á cada paso en nuestros anales de aquella época. Mas antes de admitir como fuentes claras y puras de la historia nacional las narraciones de nuestros escritores árabes, y demostrar los servicios que han prestado en un órden de estudios tan importante, interesa examinar que fé y autoridad merecen y hasta que punto son útiles sus datos y noticias para ilustrar los sucesos de la España árabe y cristiana de la edad media.

—

I.

Lo primero que hay que averiguar es si los Arabes se hicieron dignos de alabanza en el cultivo de las ciencias históricas. Desde luego podemos asegurar que este es uno de los puntos en que la civilizacion semítica cede á la europea y el elemento musulman al cristiano. En vano se buscarán en la literatura árabe esas grandes obras históricas, fruto de una civilizacion muy adelantada, de la libertad del pensamiento, del espiritualismo de las ideas, en que la sana crítica, en que el elemento pensador, filosófico y político haya investigado la verdad y la razon de los sucesos, haya establecido su enlace y encadenamiento, y haya procurado hacer fructuosos para las generaciones venideras los ejemplos y lecciones de lo pasado. Los Arabes, que en los albores de su cultura aprendieron de sus hermanos los Hebreos lo que otras razas apenas llegaron á imaginar á fuerza de reflexiones y raciocinios, como son las grandes verdades religiosas, comprendieron sí la ley providencial que reina en la historia; pero confundiendo la providencia con el fatalismo, no supieron concertarla bien con el libre albedrio, sin el cual no hay mérito, ni hay progreso y perfeccionamiento moral, ni pueden explicarse los destinos del hombre en este mundo. Porque si las miserias, luchas y dolores de la vida no se deben considerar, ó bien como una prueba de la virtud y un castigo de las propias culpas, ó como un continuo

aviso para que el hombre, usando bien de su libertad, desdeñe los placeres y bienes mundanales por la felicidad suprema prometida al justo en el cielo, en vano Dios que nos ha enviado al mundo, y que ha creado este órden de cosas, nos atormentaria con sufrimientos sin objeto ni motivo y con calamidades que no es dado al hombre evitar cuando acontecen fatal y necesariamente. Las lecciones de la historia son, pues, inútiles allí donde el progreso es imposible, donde el hombre no puede mejorar su condicion, ni apartarse del mal, ni variar la suerte irrevocable fijada en el libro del destino. «Cuando tú lanzas un dardo (se lee en »el Corán), no eres tú quien le lanza sino Dios.» (2). «Dios »extravia ó dirige á quien le place.» (3). «Jamás digas: yo »haré mañana tal cosa, sin añadir: si tal es la voluntad de »Dios.» (4).— De esta idea del fatalismo, que predomina entre los musulmanes, ha resultado en la historia escrita por ellos la falta de verdadera crítica y filosofía; porque buscando la razon de los sucesos en una ley inflexible, y casi en la negacion de la libertad, cuando han encontrado un hecho oscuro ó extraordinario, no se han detenido á investigar sus causas naturales y lógicas, sino que le han consignado tal como le hallaron, sin repugnarles lo maravilloso y lo inverosímil, y prescindiendo de todo exámen y reflexion han dicho: *así está escrito: Dios sabe mas que todos* (والله اعلم); guardándose de decidir y apurar la verdad de lo que habia acontecido, en opinion de ellos, por un decreto inmutable de la Providencia.

Los escritores árabes son acusados, no sin gran fundamento, de haber bebido la historia en toda clase de fuentes, sin detenerse á distinguir las auténticas de las apócrifas, de ser dados á la credulidad y á la exageracion, de haber

admitido muchas fábulas, cuentos y prodigios hijos de su imaginacion aficionada á lo maravilloso, de haber dado mas importancia á los hechos que á su filosofía, amontonando sus pormenores mas insignificantes, y no teniendo en cuenta las causas y motivos racionales de los acontecimientos, de haberse dejado llevar de un espíritu exclusivo y servil, y en fin de haber recogido en sus libros sin gran discernimiento cuantas noticias, relatos y versiones han hallado sobre un mismo suceso, por mas que hayan sido diversos y contradictorios. Todos estos defectos se notan en los historiadores árabes de España, pero no en igual grado y sin estar compensados con innegables ventajas. Como un ejemplo de las patrañas y hechos fabulosos, admitidos ó inventados por la credulidad de los historiadores árabes, mencionaré la relacion que ellos nos hacen de las figuras misteriosas halladas por el rey D. Rodrigo en el alcázar de Toledo con el pronóstico de la conquista de España por los musulmanes; y otros prodigios que dicen haber precedido á aquel importante suceso, que por su grandeza y gloria debió exaltar la imaginacion árabe (5). Tambien abundan en nuestros autores muslimes, y especialmente en los libros escritos en estilo poético, los cuentos y anécdotas, tomados sin crítica de las consejas y tradiciones del vulgo y, mas ó menos, adornados por el deseo de producir efecto é inteteresar al lector, divirtiéndole. Los historiadores arábigo-españoles participaron del defecto que nota en los de su nacion el célebre Ibn Jaldun (6), cayendo en graves errores por haber copiado servilmente y aceptado con ciega confianza lo que otros escribieron ó les trasmitieron de cualquier laya que fuese, sin juzgarlo segun los principios generales deducidos de la filosofía, del conocimiento de la na-

turaleza de los seres y de las lecciones de la experiencia, sin comprobarlo con hechos análogos y sin purificarlo con profundas y maduras reflexiones. Así es como suelen presentar sobre un mismo suceso todas las relaciones y testimonios que han llegado á su noticia, aun las mas varias y opuestas entre sí, mezclando y confundiendo lo cierto con lo falso, lo verosímil con lo absurdo, lo importante con lo indiferente é inútil; de suerte que ni ilustran y enseñan al lector ni se proponen la investigacion de la verdad, que es lo que da á la historia el carácter y dignidad de ciencia. Deteniéndose demasiado en la minuciosa descripcion de los detalles y pequeños accidentes, recargando sin necesidad ni provecho para la enseñanza los relatos históricos, como por ejemplo la fundacion de un alcázar, con noticias tan frívolas como el número y cantidad de los materiales, acémilas y operarios empleados en su construccion, de sus puertas, columnas, aposentos, fuentes, jardines, muebles y ornato, y otras nimiedades (7), los historiadores árabes han solido descuidar la grandeza de la concepcion, del plan y pensamiento dominante y hasta la armonia del conjunto. Bajo este y otros conceptos podemos asegurar, valiéndonos de una comparacion, que la historia tratada segun el espíritu y estilo árabe es con respecto á la tratada segun el espíritu y gusto europeo, lo que el alcázar de la Alhambra, rico en menudos detalles, á la regular y grandiosa fábrica de la basílica del Escorial. No es menos reparable la exageracion de los Arabes, principalmente al referir las victorias y conquistas del islamismo, como por ejemplo cuando describiendo la batalla de Zallaca, en que fué vencido nuestro rey D. Alfonso el VI por el ejército confederado de Almoravides y Moros andaluces (8), calculan la pérdida de

los cristianos en mas de sesenta mil hombres, casi todos los que entraron en la accion; mas no es creible que veinte mil Sarracenos que allí se hallaron hubiesen destruido una hueste tan numerosa de Castellanos y Leoneses acostumbrados á vencer y capitaneados por un monarca y caudillo tan señalado como el ilustre conquistador de Toledo. Los cristianos sufrieron allí una derrota como lo confiesan nuestros cronicones; pero no debió ser tan grave como pretenden los autores árabes ni por el número de los muertos y cautivos ni por su resultado, pues D. Alfonso conservó la ciudad de Toledo conquistada el año anterior, henchida de poblacion mora y acometida repetidas veces por numerosos ejércitos enemigos.

Los historiadores árabes han incurrido tambien en otro defecto, censurado por el referido Ibn Jaldun (9), que es no haber atendido á los cambios y circunstancias distintas que experimentan las naciones con la sucesion de los siglos, juzgando de los hechos pasados por el estado actual de las cosas. Pueblo inmóvil, conservador y fijo en la tradicion y la costumbre, pueblo para quien nada pasa ni se altera, y que ve confundirse el pasado, el presente y el futuro en una idea eterna é inmutable, como el horizonte siempre sereno é igual de sus desiertos, pueblo contento con lo actual, sin aspiraciones al porvenir é indiferente á las ventajas y mejoras de una civilizacion mas adelantada, el árabe no ha comprendido la idea del progreso y del perfeccionamiento del hombre en la historia.

Añádase á esto cierta intolerancia, exclusivismo y desden que se suele notar en estos historiadores por todo lo que no es árabe ni muslímico. El exclusivismo de los autores árabes tiene dos causas ó procede de dos principios,

uno religioso y otro político. Dejando para luego el tratar del religioso, diré ahora que el político se manifiesta, no solo en las relaciones de los Arabes con otros pueblos, sino dentro de su misma raza por el espíritu de tribu, familia y clientela que ha dividido á estas gentes desde los tiempos mas antiguos; porque no formando una nacion, antes bien viviendo en continuas guerras, no solo el Arabe *cahtanita* ó *yemenita* era enemigo natural del *ismaelita* ó *maaddita* por la diferencia de linajes, sino que las diversas cabilas ó tribus lo eran entre sí, teniendo cada una sus particulares intereses distintos y contrarios de los demás. Este espíritu de familia que unia con un fuerte vínculo, así á los naturales de la misma tribu como á sus clientes y protegidos que alcanzaban la misma consideracion, hacia desaparecer los sentimientos é ideas individuales en pro de los generales y comunes, y asi cohibiendo la manifestacion de la opinion y juicio personal, influyó en grave perjuicio de la imparcialidad histórica. Los Arabes, pues, mientras conservaron el principio propio de su nacionalidad, debieron escribir la historia bajo el punto de vista propio de sus respectivas familias y tribus, con respecto á sus comunes miras é intereses y para ensalzar las glorias y excelencias de sus naturales (10).

Pero este inconveniente se nota mas y toma un carácter especial en la historia de los Arabes españoles. El califato de Córdoba, como veremos en su lugar, no habia formado una sociedad, no habia creado intereses generales, no habia asimilado los elementos discordes, subsistiendo la division de razas y tribus, y manifestándose por frecuentes turbulencias y disensiones intestinas. La historia de la España árabe fué escrita por los clientes de la familia Umeyya

que habia avasallado á las demás; pero no pudo ser imparcial y exacta la historia escrita en obsequio de la familia reinante y bajo el punto de vista de sus intereses exclusivos, mientras las demás conservaban su existencia bien caracterizada y luchaban por romper sus cadenas, repugnando un órden de cosas contrario á sus hábitos y tradiciones de independencia. La historia, pues, en manos de los cronistas de la córte, partidarios acérrimos de aquellos sultanes, pagados por ellos y que escribian á su vista y bajo su inspiracion, debió resentirse de adulacion y servilismo, no conteniendo otra cosa que lo relacion encarecida de los sucesos, empresas y hechos ilustres de los emires, y el encomio *de las brillantes cualidades de los Umeyyas* (11), que así se titula una de aquellas crónicas, ni manifestando otra idea social ó política que la de robustecer el poder real y enaltecer la autoridad y gloria de aquella raza y dinastía. Por el contrario, les estaba vedado el manifestar interés alguna por la suerte de las razas y tribus sometidas, por la aristocracia árabe, que aunque rebelde y turbulenta, inspira admiracion por su esfuerzo, su energia y amor á la libertad, por los Bereberes á quienes correspondia quizás la mayor parte en la conquista y defensa del pais, ni menos por la raza verdaderamente vencida y subyugada, los descendientes de los antiguos Romanos y Godos, los Mozárabes y Muladies (12), que tanto valor, tanta entereza, tanto heroismo, habian mostrado en su intento de restaurar su antigua patria, religion y estado. Atentos á la historia personal de los monarcas y dinastia reinante, aquellos cronistas no tuvieron interés en exponer el estado de la sociedad, el movimiento de la vida pública, las luchas de los partidos entre sí y con el gobierno constituido, las agitaciones y

desenvolvimiento del poder y de la libertad; y siquiera parece que se apercibieron de uno de los hechos mas trascendentales de aquella época y nacion, á saber, que los emires de Córdoba no habian logrado con la sujecion forzada de aquellas tribus y pueblos mas que una cohesion artificial, una unidad pasajera y una dominacion mal segura, permaneciendo siempre en una posicion aislada y muy distantes de ser, como ellos los representan, los jefes de una gran nacion y los soberanos de un gran imperio (15). En el periodo verdaderamente árabe de nuestra historia, que es el que se cuenta desde su invasion hasta la irrupcion de los Almoravides, la mayor parte de nuestros cronistas adolecen del vicio que venimos notando, lo que se explica bien por sus vínculos con la casa reinante. *Maulies* ó clientes y protegidos de los emires cordobeses fueron los *Temmam*, los *Razis*, los *Ibn Asbag*, los *Ibn Abdirrabbih*, los *Ibn Alcuthia*, los *Ibn Farag*, los *Arib ben Sad* y los *Hosein ben Assim*, que cultivaron los estudios históricos en los siglos IX y X. Los *Ibn Hazm* é *Ibn Hayyan*, que florecieron en el siglo XI, aunque ya hundido el califato de los Umeyyas, se muestran todavia parciales, aunque en menos grado, por aquella ilustre casa cuyo esplendor y grandeza recuerdan con natural sentimiento en una época de decadencia y anarquia. Los demás cronistas cortesanos que vivieron bajo los reyes de taifas, ó sea de los pequeños estados formados á la caida de la monarquia cordobesa, debieron ser tambien parciales en pro de sus príncipes y patronos, como igualmente los que mas tarde, favorecidos por los emires almoravides y almohades, escribieron la historia de la España árabe en aquellos tiempos.

No hay pues que buscar entre los Arabes la historia fi-

losófica ni tampoco la crítica histórica en el grado de progreso y perfeccion que nace de la reflexion y análisis, de la libertad del pensamiento y del espiritualismo, tal cual se advierte en algunas obras maestras de la literatura europea. Pero estas consideraciones no rebajan tanto el mérito de las ciencias históricas entre los musulmanes que no se encuentre en ellas mucho que elogiar y que utilizar en provecho de nuestra historia y cultura, hallándose compensados los defectos que he venido enumerando con no pocas ventajas y excelencias. No es posible desconocer que el pueblo árabe ha realizado en la historia una idea grande y ha cumplido una mision providencial, aunque pasajera, en el periodo de su desarrollo y progreso que corrió durante su dominacion en nuestra España. La raza semítica, que se asemeja á la indo-europea ó *aria* en no haber descendido jamás al estado salvaje ni carecido de cierta cultura, en poseer el tipo de la belleza física y en haber desarrollado esta misma idea y sentimiento en las especulaciones y doctrinas racionales, ha contribuido eficazmente con ella á la obra de la civilizacion general, prestando á las naciones de aquel origen las ideas religiosas y recibiendo en cambio las filosóficas y científicas. Primeramente el judaismo, despues el cristianismo y por último el islam, religiones todas salidas de la raza semítica y con grande analogia en los dogmas fundamentales, aunque no todas con iguales caracteres de perfeccion, de universalidad y de perpetuidad, han cumplido con el destino de regenerar la moral y la religion, enseñar el monoteismo y matar la idolatria. Los Arabes, que desde muchos siglos vienen representando casi exclusivamente la raza semítica, habiendo predicado á los Persas, Indos, Bereberes, Sudanies y otros pueblos el gran

dogma de la unidad de Dios, la abolicion de las supersticiones gentílicas y los futuros destinos del hombre, han coronado, como observa con razon el sabio Mr. Renan, la obra esencial de los Semitas que ha sido simplificar el espíritu humano, desterrando el politeismo y las enormes complicaciones en que se perdia el sentimiento religioso de los Arios (14).

Tales consideraciones dan grande importancia á los Arabes como historiadores. El musulman creyendo «que todos los hombres descienden de un solo individuo (15), que recibieron en comun el depósito de la fé (16), y que no adoraban al principio sino un solo Dios (17), y no formaban sino un pueblo (18),» ha proclamado como los judios y cristianos un principio desconocido á los politeistas y en oposicion con sus religiones de castas, es decir el origen único de toda la humanidad criada por Dios con iguales fines, con iguales derechos y llamada á adorarle de la misma manera. De aquí resulta que la historia tenga un carácter evidente de universalidad entre los Árabes, que han comprendido la igualdad de los hombres ante Dios, y que creyendo haber conservado el depósito de la fé comun primitiva, se han creido tambien destinados á propagarla por todo el mundo; aunque lo hayan ejecutado á veces por el medio rudo y feroz de la fuerza y la guerra, por el contrario de los apóstoles y misioneros del cristianismo.

De aquí se deduce tambien la idea de la tolerancia religiosa entre los musulmanes, idea que conviene tener muy en cuenta para comprender la historia de estos pueblos, asi dentro de ellos mismos como en sus relaciones con otros y principalmente con la cristiandad española. Considerando los muslimes á la humanidad como una gran familia ligada

entre sí por la igualdad ante el Dios único, la han dividido en dos castas, creyentes y no creyentes: á saber, en gente que ha recibido del cielo la revelacion de los grandes dogmas salvadores y fundamentales اهل الكتاب *ahl alquitab* ó *gente del libro*, como son los judios, cristianos y mahometanos, y en gente infiel é idólatra á quienes llaman المشركون *almoxricum*, politeistas (19). Asimilando en la esencia su religion con la de Moisés y la de Jesucristo, nacidos dentro de la misma raza semítica, y en las cuales tiene sus precedentes naturales el islamismo, han mirado siempre con gran tolerancia y respeto cuanto á ellas se refiere; y si algunas veces han perseguido á los cristianos, ha sido por motivos políticos, ó porque no llegando á comprender ciertos misterios de nuestra religion, como el de la Trinidad, han creido que nosotros creemos en la pluralidad de los dioses contra el gran dogma del monoteismo y contra la sentencia alcoránica de que *Dios no engendró ni fué engendrado ni tiene compañero* (20). Los musulmanes han mirado siempre con gran respeto las tradiciones religiosas y los lugares sagrados para israelitas y cristianos, como tambien los recuerdos venerables de los antiguos legisladores y profetas hebreos, de Jesucristo y de su Santísima Madre la Vírgen Maria, de Juan el Bautista y de los Apóstoles, no mencionándolos jamás sin acompañar á sus nombres una fórmula de reverencia. Así vemos que en España el terrible Almanzor se abstuvo de profanar el sepulcro de Santiago, y que los conquistadores árabes permitieron á los cristianos, así en Occidente como en Oriente, el libre ejercicio de su religion, cuya doctrina consignaron tambien en el derecho escrito (21). Por el contrario en los paises idólatras obligaron casi á sus moradores á elegir entre el isla-

mismo y la muerte; obrando así en fuerza de la conviccion que abrigaban de que fuera de las revelaciones de la raza semítica y de sus grandes dogmas no era posible la salvacion, ni los Arabes podian tener con ellos fraternidad ni comunidad de intereses.

De esta tolerancia nace el que los historiadores árabes usen ordinariamente de bastante imparcialidad en lo tocante á los sucesos de nuestros cristianos, cuyos usos, leyes y creencias respetaron generalmente; sin que el fanatismo religioso les haya movido á adulterar la verdad en sus relaciones. No es posible negar que los muslimes españoles consideraron á nuestros cristianos ostensiblemente como infieles y la guerra contra ellos como una guerra de religion; pero en el fondo reconocian la verdad de sus creencias, y rara vez este encono influyó en perjuicio de la imparcialidad histórica, refiriendo con igual sinceridad y llaneza los triunfos y reveses de los suyos y de los enemigos. Nuestros historiadores árabes no disimulan la gran derrota de Abderrahman III en la batalla de *Aljandic ó de la hoya* por D. Ramiro el II (22); ni la gravísima de las Navas de Tolosa, en que, segun ellos, de los seiscientos mil Moros que habian concurrido á aquella jornada solo se salvaron mil (23), quedando despoblada una parte de Africa, donde habia reclutado la mayor parte de aquella hueste el emir de los Almohades Mohammed Annassir Lidinallah (24). Así vemos que aunque los cronistas cortesanos se cuidaron poco de la suerte del pueblo, así árabe como español, sometido á los sultanes cordobeses, todavia hubo en la España sarracena escritores contemporáneos que con mas ó menos imparcialidad refiriesen los hechos de aquellos partidos en libros especiales (25).

Otra cualidad de gran importancia que distingue á los Arabes en el estudio de las ciencias históricas, es el espíritu conservador, la fidelidad de la memoria con que siempre han procurado guardar las tradiciones, costumbres y recuerdos antiguos; conservando así en la Arabia y Siria como en nuestra España (26), los nombres, memorias y otras importantes noticias históricas y geográficas de los antiquísimos linajes, tribus, pueblos, ciudades y monumentos, comprobando ó completando los testimonios y relaciones de los escritores hebreos, griegos y romanos. Sobre todo los Arabes se han distinguido desde tiempos remotos por la fidelidad de la tradicion; y, ayudados de una memoria felicísima, han conservado oralmente de padres á hijos por largo tiempo las historias de su gente y de los pueblos con quienes han estado en relaciones (27), no solo en los hechos generales y de grande interés, sino en los detalles y circunstancias mas minuciosas. Así sucedió entre los Arabes en el Oriente, y así continuó sucediendo en España, donde por mucho tiempo trasmitieron los hechos históricos á sus descendientes por la tradicion oral, no faltando en las plazas públicas, aduares y campamentos, como antiguamente en el desierto, un راوى *rawi* ó خابر *jabir*, es decir, un narrador que contase á la muchedumbre los sucesos gloriosos de sus antepasados y las memorias de la conquista. Las narraciones de estos jabires y tradicionistas de los primeros siglos fueron recogidas despues á principios del siglo XI en el interesante libro, que afortunadamente se conserva, titulado *Historias compiladas acerca de la conquista del Andalus y mencion de los emires que la gobernaron hasta la entrada de Abderrahman ben Moawia, de su apoderamiento de esta region, de su reinado y el de sus hijos, y de*

las guerras que á la sazon acaecieron (28). Consta que en las mismas escuelas de Córdoba se enseñó la historia por medio de estas tradiciones orales conservadas y perpetuadas entre sus profesores, y esta fué la fuente en donde bebió los datos para su importante crónica *Ibn Alcuthia*, que floreció en la segunda mitad del siglo X (29). Esta tradicion oral se conservó viva en Córdoba por lo menos hasta el siglo XI, sobreviviendo al califato, y suministrando nocias apreciables y fidedignas á los historiadores de aquel periodo, que ya libres del respeto y sujecion á los Umeyyas, tuvieron mayor facultad de expresar lo que pensaban y sentian (30).

Los historiadores árabes se distinguen además por su exactitud en la cronología y en las genealogías, dos poderosos auxiliares de la historia; por su aficion á escribir biografías de personajes, con que, además de noticias particulares, suministran retratos muy fieles á la historia general; por consignar del modo mas verídico los hechos y aun las palabras de los personajes segun ellos los aprendieron, sin desfigurarlas por lucirse; y en fin, por su amenidad é interés en la parte geográfica y descriptiva, siendo muy exactos en trazar los pormenores de los lugares, monumentos, usos y costumbres; y si en ello suelen pecar de prolijos, su difusion redunda casi siempre en mayor instruccion y luz de los lectores. Tampoco puede negarse que alguna vez haya penetrado en los historiadores árabes el espíritu de la sana crítica y de la filosofía, discutiendo los hechos segun los documentos mas ó menos autorizados en que se fundan y segun la causa racional de su realizacion. Ibn Hazm, escritor del siglo XI, es ya un historiador mas concienzudo y razonado que sus predecesores ; pero Ibn Hayyan, que escribió

en la misma época muchos libros históricos, sobrepuja á todos notablemente por su inteligencia clara, pensadora y libre, dotada de un raro conocimiento y sagacidad política de los sucesos; por su lenguaje castizo, por su estilo correcto, conciso, varonil y casi sellado con los caracteres del espíritu europeo (31); por su cuidado de investigar la verdad, buscándola en las mejores fuentes y huyendo de las relaciones apócrifas, viéndosele con gusto desechar muchas noticias y tradiciones, falsas ó inverosímiles, pero que corrian muy válidas entre otros historiadores. Tal es, por ejemplo, lo que dice de la famosa mesa llamada de *Salomon*, que los mas de los autores árabes cuentan haberse hallado en el alcázar de los reyes godos en Toledo, y que procedia del despojo del templo de Jerusalem, llamándose de Salomon porque los genios la habian traido con otras preseas á aquel monarca (32): opinion absurda que combate Ibn Hayyan, y fundándose en el testimonio de escritores ó tradicionistas cristianos, nos presenta la mas verosímil de que aquella alhaja procedia de las donaciones de los reyes godos, muy liberales con las iglesias (33). *Ibn Alabbar el Valenciano*, que floreció en el siglo XIII, se distinguió tambien por su buena crítica y buenas fuentes que consultó para sus numerosos trabajos históricos. Y para no citar mas nombres ilustres en nuestra bibliografía histórica árabe, solo añadiré que el Granadino ya celebrado Mohammed ben Aljathib, uno de los ingenios mas grandes de su tiempo, trató igualmente la historia de la España muslímica en muchos libros importantes, ayudado, así de una erudicion vastísima, como de los auxilios de la crítica, la filosofía y las ideas políticas. En cuanto al famosísimo Ibn Jaldun (34), cuya Historia Universal puede competir en muchos puntos

con las mejores escritas en la Europa antigua y moderna por su saber, filosofía, sagacidad y buen sentido, aliados, es verdad, alguna vez con la credulidad y la superstición (35), nada debemos decir, porque este escritor no fué Español sino Tunecino; aunque parte de su gloria la pudiéramos reclamar para su maestro (36), que fué el Granadino Ibn Aljathib, y para este reino árabe en donde halló enseñanza, amparo y favor (37).

Pues si, á pesar de sus defectos, los Arabes se han distinguido con dotes y cualidades muy apreciables como historiadores, todavía los hace mas acreedores á nuestra consideracion y aplauso el gran cúmulo de obras que la actividad de sus entendimientos ha producido en este órden de estudios. No me detendré aquí en enumerar los muchos libros históricos escritos por ellos, así en Oriente como en Occidente, que fueron tantos que me parece muy escaso el número de los mil trescientos que Hachi Jalifa (38) afirma haber llegado á su noticia. Ni trataré siquiera con la extension debida de los que ilustran la historia de España, porque tambien tendria que dilatarme demasiado; y así renunciando á dar noticia de tan rico y útil tesoro, hoy perdido en gran parte (39), solamente diré aquí lo necesario para que se eche de ver el progresivo movimiento é importancia que alcanzaron entre los Arabes españoles tales estudios. La literatura histórica arábigo-hispana se puede dividir en tres periodos: en el primero, que le contaremos desde los principios de la dominacion sarracena hasta la muerte de Almanzor y caida verdadera del califato, muchos literatos ya venidos del Oriente ya nacidos en España, pero todos clientes (*maulies*) ó adictos á los emires Umeyyas de Córdoba, recogen las tradiciones orales y otros materia-

les históricos para escribir crónicas y anales que tratan la la historia en un sentido eminentemente monárquico y extraño á la suerte de la aristocracia y razas vencidas. En este periodo los estudios históricos empiezan por una *Crónica grande del Andalus* y otros escritos del mismo género, llevados á cabo por el fecundo y famoso autor *Abdelmelic ben Habib*, natural de Huétor Vega, que murió en 853. En el mismo siglo florecieron *Yahya Algazzal*, que escribió un poema sobre la conquista de España; *Mohammed ben Musa el Razi*, que compuso *El Libro de las Banderas*; y el wacír *Temmam* (40), que compuso en verso una *Crónica del Andalus* desde la conquista hasta fines del reinado de Abderrahman II. Los estudios históricos participaron del notable impulso y fomento que recibió la literatura desde el venturoso reinado de Abderrahman III el Grande. Señaláronse en aquella época: *Ahmed ben Abdirabbih*, de Córdoba, que murió en 940, y escribió entre otras obras en prosa y verso el *Quitab Alicd* ó Libro del Collar.—*Casim ben Asbag el Baecense*, que murió en 952, y escribió una *Historia de los emires de Córdoba*.—Los dos Razis: *Ahmed*, conocido entre nosotros por el *Moro Rasis*, autor de muchas é importantes obras históricas y geográficas, á que debió el dictado de *Attariji* التاريخي, *el Cronista por excelencia*; siendo de las mas notables una copiosa *Historia de los emires de Córdoba* y una *Descripcion general de la España árabe*. Ahmed el Razi murió en 955, y dejó un hijo llamado *Isa*, que escribió una *Historia general de España* y otra *de los Hagibes españoles*.—*Ahmed ben Farag*, de Jaen, célebre poeta que murió en 971, y compuso, entre otras obras, una *Historia del Andalus y hazañas de los emires Umeyyas*.—*Ibn Alcuthia*, que murió en 977, y cuya célebre Crónica abarca desde la

conquista hasta el reinado de Abderrahman III, distinguiéndose por el interés de sus noticias, naturalidad y animacion de su relato (41); y para callar otros muchos menos ilustres, *Ibn Alfaradhí*, que murió en 1012, y compuso otra *Crónica del Andalus* muy celebrada.

El segundo periodo de la literatura histórica arábigo-hispana le contaremos desde la caida del califato cordobés hasta que los Almoravides invadieron el Andalus, derribando los pequeños reinos llamados *de Taifas*: periodo mas importante por el número y calidad de las obras escritas en él que no por su duracion, pues solo comprende el siglo XI. Esta fué verdaderamente la edad de oro de tales estudios; pues la antigua escuela histórica de Córdoba, aleccionada con la dolorosa experiencia de las guerras civiles que habian demostrado los males de que adolecia la sociedad hispano-muslímica y la fragilidad de la monarquia Umeyya, y favorecida por la libertad que reinaba en aquella metrópoli, convertida en república, empezó á tratar la historia con un criterio vedado hasta entonces. Los escritores de este periodo conservaban todavia bastante admiracion por la dinastía de los Umeyyas, que tan gloriosos destinos habia realizado; pero libres del miedo y las influencias cortesanas, pudieron decir lo que sentian y corregir los errores introducidos por apasionados y respetuosos clientes de aquellos sultanes. Y así, inspirados por nuevas miras políticas, ensancharon el cuadro de la historia, dando cabida en él, no ya solamente á una casa y familia, la reinante, sino á todas las razas y pueblos que, sujetos algun tiempo y rebelados con frecuencia, habian concluido por emanciparse del yugo cordobés y fundar numerosos estados en toda la España sarracena (42).

El príncipe de esta nueva escuela histórica, y sin duda el mas notable de toda la España arábiga, fué *Ibn Hayyan*, de Córdoba, que nació en 987 y murió en 1076. Compuso innumerables volúmenes, de los cuales solo se conserva, que sepamos, uno íntegro y algunos fragmentos, por donde se deja conocer que por el lenguaje, por la erudicion, por el espíritu crítico, investigador y casi filosófico, este historiador rayó muy alto y puede sostener parangon quizás con los mejores de otras naciones. Escribió en diez volúmenes una *Crónica de los Varones ilustres de España*; en sesenta la gran historia de su tiempo titulada *Almatin*, y tambien muy extensamente una *Crónica de Almanzor*, el gran genio militar y político de la España sarracena. Contemporáneo de Ibn Hayyan, y aventajadísimo tambien en los estudios históricos, fué el cordobés *Ibn Hazm*, que murió en 1063, descendiente de los antiguos cristianos españoles, y que por lo mismo parece que conservó el espíritu y cualidades de su raza. Dotole el cielo de una inteligencia tan vasta y fecunda que escribió sobre diversos ramos de la literatura cerca de cuatrocientos volúmenes, y se dice que con sus obras habia bastante para cargar un camello (43). En el género histórico escribió una extensa *Crónica de los Umeyyas* y una *Coleccion de genealogias*, habiéndose distinguido por su mucha erudicion, interés y verdad de las noticias, como se advierte en los fragmentos de sus obras que han llegado hasta nosotros. Ibn Hazm dejó algunos discípulos en los estudios históricos, y entre ellos se aventajó *Alhomaidi*, que compuso una *Crónica general de los musulmanes*, otra *de la España muslímica* y un *Diccionario biográfico de los sabios andaluces* (44). Pero entre los historiadores de este tiempo no debemos olvidar al célebre poeta y literato *Ibn*

Zaidun, de Córdoba, que murió en 1071; á *Ibn Abdelbarr*, que murió en 1070; y como escritores de historia literaria á los igualmente famosos *Ibn Alafthas*, rey de Badajoz, por sobrenombre *Almuldaffar*, *Ibn Bassam* é *Ibn Jacan* (45).

El tercer periodo de la historiografía arábigo-hispana le contamos desde la invasion de los Almoravides hasta los últimos tiempos de la dominacion muslímica en la península. La irrupcion de aquellas hordas, rudas, fanáticas y opresoras, trajo necesariamente la decadencia de la buena literatura, y, entre otros estudios, de los históricos. Corrompido ya el buen gusto, desconocido el arte y olvidada la vieja tradicion oral, los historiadores de este periodo solo hacen, en cuanto á los tiempos pasados, el papel de compiladores de los autores antiguos, y en cuanto á los sucesos de su tiempo, el de narradores mas ó menos minuciosos y fidedignos. Sin embargo, en esta época las ciencias históricas fueron cultivadas en el Andalus por escritores tan apreciables como *Alhichari*, que murió en 1155; *Ibn Hobaix*, de Almeria, que murió en 1188 ; *Ibn Baxcowal* , *Ibn Alabbar* y los *Benu Said*. *Ibn Baxcowal*, de Córdoba, que murió en 1182, compuso varias obras notables, entre ellas un Diccionario biográfico de los sabios españoles titulado *La Sila*. *Ibn Alabbar*, natural de Valencia, que murió en 1260, se distinguió entre todos los compiladores de su tiempo por su buena crítica, por haber disfrutado importantes documentos, y por conservar vivo el sentimiento del carácter y genio de los antiguos Arabes que ya se iba extinguiendo con la preponderancia de la raza extranjera. Escribió este autor diferentes obras que, en su mayor parte, se conservan afortunadamente en nuestra biblioteca del Escorial, y son diccionarios biográficos de los varones ilustres que se seña-

laron en la España árabe por las armas y por las letras. Los *Benu Said* fueron una familia, en la cual la aficion á los estudios históricos se trasmitió de padres á hijos. El último de ellos, llamado *Alí ben Musa ben Said*, escritor tambien del siglo XIII, y titulado الاخباري , *Alajbari* ó el historiador por antonomasia, nació en esta ciudad de Granada año de 1218 y murió en Túnez año 1286. Aprovechándose de los datos y documentos acumulados por sus mayores, escribió, entre otros libros, una historia y descripcion muy voluminosa y erudita de España y Africa, conocida con el título de *Crónica de Ibn Said*.

Bajo la dominacion de los *Nasaritas* en el reino de Granada se verificó una especie de renacimiento de los buenos estudios árabes; y esta ciudad vió fomentarse mas y mas la escuela histórica que ya existia en ella y que habia producido las obras de los *Ibn Assairafi*, los *Benu Said* y los *Mallahies*. Pero omitiendo otros nombres ilustres, solo recordaré los altos servicios prestados á las ciencias históricas por el celebérrimo Granadino Ibn Aljathib, que murió en 1374, de cuyo raro mérito en tales estudios ya hemos hablado, debiendo considerar á este príncipe de la literatura arábigo-granadina como el Salustio del Andalus. Pocos serian cuantos elogios añadiésemos en honor de sus obras históricas, tales como la historia universal de los califas y emires de Oriente y Occidente; la historia del reino granadino titulada el *Esplendor de la luna llena acerca de la dinastia nasarita*; el diccionario biográfico de los muslimes ilustres que nacieron en Granada ó la visitaron, y otros muchos sobre la historia política y literaria de la España árabe (46). Gran parte de estas importantísimas obras se conserva dichosamente en la biblioteca del Escorial, y

nunca se llamará bastante la atencion del Gobierno y gente ilustrada sobre la conveniencia de dar á luz estos documentos tan preciosos para la historia nacional.

Por esta ligera noticia del fomento que alcanzaron los estudios históricos entre los Arabes españoles, se podrá colegir, no solo la importancia que dió aquella gente á tales conocimientos, sino tambien el cúmulo crecido de materiales que tendriamos sobre los sucesos de nuestra península durante largos siglos si fuera posible reunir cuanto han escrito sobre ella los musulmanes. De suerte que en tal caso y con tales auxilios nos habria de parecer clarísimo ese dilatado periodo de la edad media que tanta oscuridad presenta examinado solo por los documentos debidos á los autores cristianos. Si los autores árabes han debido ilustrar principalmente el periodo de la dominacion muslímica, que es lo que á ellos interesaba, parece asimismo natural, por las frecuentes relaciones entre los moros y los cristianos que se compartian el señorio de la Península, el que mas ó menos imparcialmente, mas ó menos incidentalmente ó de propósito, hayan tratado aquellos escritores la historia de la cristiandad española. De aquí nace, pues, como ya hemos observado, un doble interés histórico segun que tales documentos se refieren á la España sarracena ó á la cristiana; y entrambos asuntos, que presentan un maravilloso contraste, entran en el pensamiento y propósito de nuestro discurso. Empecemos por la España muslímica.

II.

Si es cierto que el pueblo árabe con las dotes especiales y aventajadas, por cierto, de la raza semítica, con el cultivo de la ciencia antigua extranjera, y sobre todo con la direccion é impulso extraordinario que recibió del Islam, ha cumplido en el mundo algun destino singular y grande, ha desarrollado una civilizacion bastante adelantada en su tiempo y siempre apreciable, no es posible dudar que la España sarracena en donde principalmente brilló aquella cultura, merece detenido estudio y tiene notable interés para la historia general de la península ibérica. Pero tal interés debe parecer mayor si se consideran los elementos múltiples que entraron en aquella sociedad y civilizacion, como lo veremos despues; si se toma en cuenta la parte que tuvieron nuestros muslimes en el movimiento de la humanidad durante la obra laboriosa y prolija de la edad medio; si se estudia la influencia que ejercieron en las artes y letras de los pueblos cristianos vecinos y aun de toda la Europa; si se examina y aprecia el carácter especial que debió tomar en España la civilizacion muslímica con el influjo necesario del clima y de los pueblos vencidos, que tanto tardaron en ser absorbidos ó aniquilados; y por último, si se quiere, como es justo, vindicar para España las glorias que ganaron nuestros musulmanes en una época de ignorancia y decadencia general. Veamos, pues, qué idea ha realizado en la historia el pueblo árabe durante su do-

minacion en nuestra península, así en la parte religiosa y moral como en la social, política y religiosa; asunto vasto, copioso y difícil, para el cual reclamo toda la benevolencia de mis oyentes.

En cuanto á la religion, vemos que los dogmas y preceptos del islamismo, como la unidad de Dios, los goces del paraiso destinado al justo y las penas del fuego reservadas al infiel y prevaricador, la oracion, la limosna, el ayuno, la circuncision y las abluciones, fueron creidos y observados con gran conviccion y fervor por los musulmanes españoles, así Arabes como Bereberes, sobre todo en la parte externa acomodada á su sensualismo. La devocion muslímica se prueba, entre otros hechos sin fin que pudiera citar, por el título que se daban estos sectarios de مؤمنون, *mumimun* creyentes, y مسلمون, *muslimun* los que se salvan, y sus soberanos el de *Emir almuminin* ó *Emir almuslimin*; por la inmensa muchedumbre de sus *meschides* (mezquitas) ó lugares de adoracion, que solo en Córdoba llegaban en la época de su mayor engrandecimiento á cerca de cuatro mil (47); por su intolerancia con los infieles y celo por la guerra santa. Fervientes en la suya, claro es que los musulmanes habian de ser intolerantes con las demás religiones, sobre todo con los idólatras, cuya extincion era cabalmente la mision providencial del islamismo. Segun el Corán la idolatria es imperdonable (48), y no era permitido al profeta ni á los demás creyentes implorar la misericordia de Dios para los idólatras, aunque fuesen sus deudos (49). El deber de la guerra santa (الجهاد *algihed*) contra los infieles es uno de los impuestos con mas rigor al musulman. Mahoma dispuso que se les combatiese aun durante los meses sagrados que debian ser de paz (50); y añade en

otro pasaje: «Matadlos siempre y donde quiera que los halleis, y arrojadlos de donde ellos os hayan arrojado; porque la tentacion de la idolatria es peor que la carniceria de la guerra.» (51). Este espíritu no se entibió entre los Arabes españoles. Abderrahman ben Hodzail, moro granadino que escribia á fin del siglo XIV de nuestra era una obra sobre arte militar titulada *Regalo de las armas y clámide de los habitantes del Andalus* (52), reproduce en ella los pasajes del Corán y otros muchos dichos que se atribuyen á Mahoma para animar y enardecer el espíritu guerrero contra los enemigos de la fé musulmana. Entre otros dichos y sentencias que trae este autor son curiosos los siguientes: «El que »da sombra á la cabeza de un guerrero, Dios le cobijará »bajo la suya en el dia de la resurreccion; el que le da de »beber un trago de agua, recibirá de Dios en aquel dia vi»no generoso; y el que da que comer á la cabalgadura del »que combate en el camino de Allah, recibirá de su mano »derecha el libro santo. — El que saluda al que hace la »guerra santa, será saludado por las doncellas de negros »ojos, y el que socorre al guerrero con palabras ó vitualla, »Dios bendice su hacienda y prohibe al fuego tocar su »cuerpo.»

La guerra en España contra nuestros *rumies* ó cristianos fué tenida por los musulmanes por tan meritoria, que llegaron á fingir tradiciones proféticas para recomendarla mas y mas. Tal es la siguiente: «Alzose el profeta de Dios en la »mezquita cierto dia y extendió su mano hácia occidente »como bendiciendo. Dijéronle: ¿á quién bendices, oh profe»ta de Dios? y respondió: á cierta porcion de mi pueblo »que mora mas allá del *Magreb alacsa* (el occidente extre»mo), region que tiene por nombre Andalus. Allí es la pos-

»trera y mas retirada comarca adonde se difundirá esta mi »religion un dia de rebato y pelea en ella es mas ensal»zado y meritorio que dos años en cualquiera otra frontera: »los vivos son allí morabitos y los muertos mártires.» Tambien se atribuye á Mahoma el siguiente dicho trasmitido por su mujer Aixa : «Llegará el tiempo en que se pondrá »fin á la guerra santa, si no es en cierta península que tie»ne por nombre Andalus en el Magreb alacsa, y el mora»bito, hombre de frontera en ella, ganará mas mérito que »el mártir cuando viene bañado en su propia sangre.» — De aquí nació el instituto y profesion de los *Morabitos* (المرابطون *almorabithun*), que animados de un espíritu al par religioso y guerrero, como nuestras órdenes militares, se consagraban á la guerra santa ó algihed desde las *rábitas* (رابطة) ó presidios fronterizos: guerra que era tenida por altamente meritoria y en pos de cuyos lauros acudian muchos Moros fanáticos del Africa, llegando esta profesion á dar su nombre á una nacion entera, la de los *Lamtunies*, llamados los *Morabitos* ó *Almoravides*. El mismo origen y espíritu tuvieron los *Voluntarios de la fé*, escogida y numerosa milicia de Zenetes que empezó á venir á España en 661—1262, capitaneada por los príncipes Beremerines, llamados por esto los *Xeques de las gazúas* (شيوخ الغزات), y se arrogó la conducta de las expediciones militares, cumpliendo lo mejor posible con su instituto de defender la religion musulmana contra los cristianos y retardando su triunfo definitivo (55).

Entraba pues en las creencias religiosas de nuestros musulmanes el guerrear contra los infieles para conquistarlos y convertirlos á la que creian verdadera religion ó someterlos á tributo. Ismail, walí de Africa por los años de 720,

impuso por fuerza la fé musulmana á los Bereberes que aun no la habian abrazado (54). Parece á primera vista que debieron ser harto mas tolerantes con judios y cristianos (55), pues convenian con ellos en muchos dogmas y preceptos, y sobre todo en predicar la unidad de Dios y rechazar la idolatria. En cuanto á los Judios, aunque los Arabes tienen la conciencia del comun origen de una y otra raza, manifiestan gran respeto al legislador y profetas del antiguo pueblo escogido, y han adoptado muchas tradiciones bíblicas, sin embargo, han sido siempre partícipes en la execracion universal que ha inspirado aquel pueblo infeliz y precito. ***Raza despreciable, impura y vil, perros y monos*** llamaba en el siglo XI un poeta árabe de Elvira á los descendientes de Eber, é incitados por su voz, los musulmanes degollaron á cuatro mil Judios de esta comarca (56). En cuanto á los *Nasaries* (النصارى) ó cristianos, el mismo Mahoma habia dicho del fundador de nuestra religion : انما المسيح عيسى ابن مريم رسول الله وكلمته القيها الى مريم وروح منه * : ***El Mesias Jesus, hijo de Maria, es el Apóstol de Dios y su Verbo que infundió en Maria : es un espíritu que procede de Dios*** (57). Segun el mismo Corán, el Evangelio es un libro revelado, y por lo mismo su doctrina salvadora ; pero despues los musulmanes pretendieron que los cristianos habian adulterado la religion de Jesucristo, como si la Providencia hubiese podido permitir que se frustrasen de ese modo los resultados de una revelacion que de Dios procedia. No comprendiendo los muslimes el misterio de la Trinidad, y hallándole negado expresamente por el Corán, confundieron á los que en él creian con los politeistas é idólatras, llamando á unos y otros

المشركون, *almoxricun*, es decir, los que asocian á Dios otros seres iguales y compañeros en el poder, otros dioses. Y como el dogma de la unidad de Dios es el capital en la religion musulmana, por lo cual al reformarla un gran pueblo africano, tomó el nombre de الموحدون, *Almohades* ó *los unitarios*, claro es que los muslimes españoles se creyeron en el deber de perseguir á nuestros cristianos como infieles é incrédulos al dogma del monoteismo. Así es que los historiadores árabes suelen llamar á nuestros cristianos *almoxricun* ó politeistas, y á sus reyes y caudillos عدو الله *adu Allah*, el enemigo de Dios, y tambien طاغية, *thaguia*, ó tirano, acompañando con frecuencia á sus nombres la frase لعنه الله, *maldígale Allah*.—«Yo tengo jurado á Dios »el exterminio de los infieles,» decia en unos versos el famoso capitan y ministro Almanzor (58). El rey de Badajoz Omar Almotawacquil decia en una carta que escribió al emir de los Almoravides Yusuf ben Taxefin implorando su auxilio contra D. Alfonso el VI: «¿Por ventura la mentira »vencerá á la verdad, la idolatria triunfará de la creencia »en un solo Dios, y la infidelidad será mas fuerte que la »fé?» (59). A mediados del siglo XIII decia Ibn Alabbar de Valencia en una poesia elegiaca: «No teniendo ya rival, »el tirano (el rey de los cristianos) ha ensalzado la doctri»na de la Trinidad; pero si los unitarios (los Almohades) »desplegasen sus banderas, no osaria articular una pala»bra.» (60). La ferocidad sanguinaria propia de la raza árabe se ensañaba extraordinariamente incitada por la intolerancia religiosa. Las cabezas de cristianos, cortadas á millares en las sangrientas expediciones que emprendian con frecuencia los caudillos moros, eran colgadas en derre-

dor de los muros de Córdoba, en donde alegraban los ojos de los buenos creyentes (61). Así es como los musulmanes se ensañaban en los pueblos conquistados, degollando á los moradores cristianos sin piedad; y así es como á pesar de los pactos y convenios acordados con los Mozárabes, los perseguian y maltrataban con frecuencia, instigados por las fanáticas predicaciones de los imames y alfaquies que tenian gran autoridad en un pueblo tan religioso. El fanatismo y la intolerancia de nuestros muslimes se acrecentaron mucho cuando el elemento árabe y el antiguo español fueron casi absorbidos por las feroces y fervientes turbas que aquí acudieron y dominaron de Almoravides y Almohades. Por lo demás, el sentimiento religioso, aunque exagerado, fué el mas poderoso vínculo que ligó entre sí á los pueblos de distintas razas y costumbres que formaban la España muslímica, é influyó benéficamente, templando la tiranía y soberbia de los sultanes, habiéndose visto á un monarca tan poderoso como Abderrahman III humillarse ante un alfaquí y predicador que le reprendió sus faltas en nombre de Dios (62), y á su sucesor Alhacam II hacer cortar las vides de todo el Andalus porque los ulemas le vedaron el uso del vino (63).

Pero si en religion eran extremados nuestros muslimes, es forzoso confesar que los dogmas y preceptos del islamismo, acomodados mañosamente por su predicador Mahoma á las aficiones é ideas del pueblo árabe, tenian poco espiritualismo, así como demasiada aplicacion á lo mundano y lo presente, y no tendian de un modo eficaz á corregir las costumbres viciosas y bárbaras, sin duda, que habian traido de sus desiertos; de suerte que su influencia en la parte moral del hombre fué insuficiente. Ya hemos visto

como el islam santificó é hizo meritoria la antigua pasion por la guerra tan propia de los Arabes, dándole otra direccion en daño de los infieles y acrecentamiento de la fé. No habiendo pues corregido el espíritu vengativo, cruel, guerrero y sanguinario del pueblo á quien se predicó, este espíritu no solo se empleaba en mal y ruina de los infieles enemigos, sino en matanza y exterminio de los mismos muslimes en las rebeliones y guerras intestinas que con harta frecuencia se suscitaban entre ellos. Una gran parte de nuestra historia árabe, sobre todo durante las épocas de guerra civil, no se puede leer sin repugnancia; pues nos presenta escenas sin fin de sangre y desolacion, abundando en ella tipos tan odiosos como el de *Badís ben Habbús*, rey bereber de Granada, y *Almotadhih Abbad*, emir árabe de Sevilla, que siendo coetáneos, rivalizaron en la crueldad. Porque si el primero manchó muchas veces sus manos en sangre humana, el segundo dió la muerte á su propio hijo y tuvo en su palacio una especie de fúnebre jardin en que los cráneos de sus enemigos asesinados servian de tiesto para las flores, en cuya vista hallaba tanto deleite que lo celebró con versos (64). Y este ejemplo no fué único y raro entre los Moros españoles, porque de Mohammed II Almahdi, que fué sultan de Córdoba á principios del siglo XI, se cuenta un hecho muy semejante (65). No es posible negar que nuestros Arabes se distinguieron por algunas virtudes y cualidades eminentes, en parte propias y características de su raza y conocidas en ella antes de Mahoma, como la liberalidad y esplendidez, que rayaban con frecuencia en prodigalidad y disipacion, la generosidad hospitalaria, la proteccion y amparo de los naturales y clientes, el espíritu caballeresco en pro de las mujeres y desvalidos, la eleva-

cion de las ideas, el valor y fortaleza de ánimo, el odio á la servidumbre, la perspicacia del ingenio y la aficion al al saber; y en parte inspiradas ó acrecentadas por la predicacion del islamismo, como la fé y fervor religioso, ciertos principios de órden y justicia ignorados por los antiguos Beduinos, y una aficion notable á las buenas artes y letras; pero todo ello era imperfecto é insuficiente. La administracion de justicia, deducida apenas del Corán y de la Sunna, se practicaba al uso de los pueblos patriarcales, ó mas bien arbitrariamente, por los emires y cadhies; pues ni habia entre los Arabes verdadera legislacion, ni las decisiones y consultas de los alcaldes y alfaquies eran otra cosa que opiniones particulares, caprichosa ó violentamente comprobadas con las prescripciones vagas é incoherentes de los mencionados códigos.

Otro vicio gravísimo y trascendental que no corrigió el islamismo fué la poligamia, nacida de la degradacion de la mujer, la corrupcion del hombre y el interés antiguo de multiplicar lo mas posible la especie humana: vicio arraigado desde los tiempos mas remotos en la raza semítica, habitante en climas muy ardientes, pero que pudo enmendarse, como lo consiguió el cristianismo entre muchos pueblos del mismo ó semejante linaje que abrazaron esta religion en la Siria, Egipto y Africa. Puede afirmarse que en este punto la ley alcoránica no hizo reforma importante en las estragadas y viciosas costumbres de los Arabes antiguos; y que del paraiso prometido por Mahoma á los creyentes, y henchido de delicias materiales, de mujeres seductoras destinadas al placer de los bienaventurados, y de toda clase de regalos y deleites, es una copia, una anticipacion en la tierra, el harem voluptuoso que á cada musul-

man le es permitido por la ley. Todo muslim rico, realizando é imitando en el mundo la voluptuosa imágen del paraiso presentada en el Corán, tenia en España, como hoy sucede en Africa y el Oriente, su harem ó retiro reservado para sus goces sensuales, compuesto de aposentos lujosamente alhajados y de floridos jardines, donde reposaba blanda y regaladamente, rodeado de multitud de mujeres jóvenes y encantadoras, parte esposas y parte concubinas, pasando allí sus ocios entre caricias, comidas y brindis. Lo que faltaba al verdadero amor lo suplian con el exceso del placer, multiplicando el número de las mujeres hasta tal punto que el mencionado rey de Granada Badis tenia siempre en su serrallo ochocientas jóvenes que se renovaban frecuentemente (66). Los hastios del harem los divertian en compañia de los amigos, bebiendo, jugando é improvisando anacreónticas en frecuente y desatada orgia. Acrecentaban el regocijo de tales sesiones con la música y el canto, que los aletargaban mas en la embriaguez y la molicie, para lo cual tenian á su servicio muchas cantoras, contándose que cierto Ibn Abbas, favorito del rey de Almeria Zohair, tenia quinientas todas de rara habilidad y hermosura (67). No es posible leer sin sonrojo las pinturas que los poetas árabes en una lengua, libre y sensual como sus gustos, hacen de tales deleites y pasatiempos. El rey de Sevilla Almotamid ben Abbad recuerda con sentimiento en cierta poesia los bellos dias de su mocedad que habia pasado en el seno de la amistad mas tierna y el mas desenfrenado amor en su alcázar de *Asserachib* en Silves: edificio suntuoso y magníficamente adornado con todos los primores de las artes, cercado como de un collar por dos cristalinos arroyos, rodeado de las vistas mas alegres, de huer-

tos viciosamente frondosos y de floridos vergeles, acariciado por auras suaves y aromáticas, y en fin, lugar en donde se ostentaban lozanas las flores de la juventud y se hallaba el logro cumplido de todos los deseos. En una època mas borrascosa, Almotamid trae á su memoria los leones y gacelas que poblaban aquella selva de amor, las cantoras y citaristas que ocultas tras las cortinas como las aves tras las ramas de la arboleda, hacian resonar armoniosamente las cuerdas del laud; las jóvenes beldades cándidas y negras que allí jugaban con su corazon como blancas espadas y oscuras lanzas; la brisa que suspiraba dulcemente entre el follaje, hablando amores á los concurrentes; la luna llena que en las veladas de placer iluminaba aquella escena y envolvia con su esplendor todo el alcázar. El libertino príncipe no puede olvidar las noches deleitosas que pasó allí, á la ribera de la mansa corriente, en sabrosa é íntima conversacion con una tierna hermosura, semejante en lo delgado de su cintura á una tierra agostada y en lo ancho de sus caderas á un prado abundante en yerba, la cual contemplándole amorosamente, le daba á beber un vino embriagador ya con su copa ya con sus palabras (68). Así vivian nuestros Arabes muelle y sensualmente, agenos á la idea de los futuros destinos del alma, á las desgracias y males que podian venir sobre ellos, y atentos solos á gozar los bienes y delicias del tiempo presente, á saborear, como dice uno de sus poetas, el placer de una mañana serena y voluptuosa, cuya tarde acaso ha de presentarse nublada y triste (69). Tal vida y tan relajadas costumbres entibiaban la misma fé tan ardiente entre los musulmanes.—«El vergel del paraiso, dice un poeta árabe español, no existe sino en la deleitosa Andalucia: no temais pues, oh Anda-

luces, al fuego del infierno, porque despues de haber entrado en el Eden, no es posible condenarse.» (70). De este modo los Arabes que habian cambiado sus abrasadores é ingratos eriales por las mas apacibles y fértiles regiones de España, la vida nómada, agitada y sobria del desierto por los placeres y el regalo de la vida ciudadana, su antigua pobreza por el poder y el señorio sobre ricas tierras, sobre pueblos enteros de cristianos, Judios y Bereberes, se corrompieron y enervaron (como mas tarde los Turcos establecidos en la Grecia), perdiendo sus virtudes primitivas y siendo dominados al fin por sus antiguos esclavos.

Lo defectuoso de la religion y lo licencioso de las costumbres necesariamente habian de influir de un modo pernicioso en la familia y la sociedad. El fundamento de una y otra eran tan viciosos, que puede afirmarse que no existieron entre nuestros musulmanes en su verdadero sentido; pues en lugar de los vínculos del cariño, la caridad y el deber, como entre los cristianos, ellos estaban ligados por la fuerza, la tirania y la costumbre del servilismo, imperando así en la casa como en el estado el despotismo mas aborrecible. Sin contar los pueblos reducidos á la esclavitud, las clases pobres y mercenarias, la mitad de la familia y de la sociedad entera se miraba habitualmente abyecta y oprimida, sin conciencia de su dignidad ni de su libre albedrio. Esta mitad era la mujer, que segun el Corán, es un ser poco razonable (71), criado para el varon (72) é inferior á él (73), y que por lo mismo sin él nada supone, que apenas tiene derecho á reclamarle cosa alguna, que solo vale para su servicio y recreo, y en fin, que es de una condicion y naturaleza mas humilde y debia estarle siempre obediente y sometida. Como el hombre compraba

á la mujer, como el cariño de esta era forzoso, como al matrimonio no precedia el amor, y como el marido no miraba en su sierva la parte espiritual, sino solo el cuerpo, no habia razon alguna para ese vínculo amoroso, estrecho, inmortal y dulcísimo, que nace de la correspondencia de dos almas, iguales en dignidad, iguales en libertad, semejantes en sentimientos, gustos y educacion. La mujer, pues, no tenia otro imperio, otra influencia en el hombre, que los que pudieran darle sus gracias y hechizos, que solo duran en la flor de los años, ó su talento, el cual no siendo el carácter mas distintivo del bello sexo, debia estar allí menos desarrollado por falta de instruccion. Si brillan entre los ingenios árabes de nuestra península algunas poetisas señaladas, es porque el don de la poesia se recibe muy especialmente de la naturaleza, y porque entraba en los placeres del hombre, como ya hemos visto, el que las mujeres los recreasen con los versos y la música. La necesidad de cautivar el corazon del hombre por sus atractivos físicos, por la idea del deleite, ya que les era imposible grangearle por la del deber, las obligaba á sutilizar y desplegar las artes de la seduccion, la coqueteria y la desenvoltura; y esto las era mas necesario porque teniendo rivales dentro del hogar doméstico, tenian mas que trabajar por atraerse el favor y la predileccion del veleidoso y lúbrico marido. La poligamia, gérmen perpetuo de rivalidad y encono dentro de la familia, aflojaba el vínculo del afecto, no solo entre el marido y sus mujeres (que entre estas era imposible tal lazo), sino entre los hermanos procedentes de diversas madres, y tambien entre los padres y los hijos, porque las esposas resentidas ó faltas de amor conyugal, rara vez inspiraban á sus hijos sentimientos de cariño para los autores

de sus dias. La mujer, ni aun como madre, tenia bastante autoridad y ascendiente con sus hijos; pues estos tenian la conciencia de su degradacion, la miraban abatida mas y mas cuando perdia los encantos de la juventud y la hermosura, y la veian muchas veces humillarse á ellos mismos, halagarlos por su interés y conveniencia, y tratarlos respetuosamente de *sides* ó señores. Además, el muslim no solia buscar la mujer entre sus iguales, por linaje, fortuna y educacion, ni entraba en sus cálculos, pues una doncella principal habia de costarle una dote mas crecida, sino entre las mas bellas, y con frecuencia entre las cristianas y berberiscas cautivas, tipos que le agradaban mas que las hijas de su pueblo. Las mujeres mas notables entre las sultanas moras fueron de esta procedencia, como *Sobh* la Vascongada, mujer del califa Hixem II; *Hobab* la de Santaren, mujer del emir almohade Almamun, y *Zoraya*, hija del alcaide de Martos, mujer del rey de Granada Muley Hasen.

El espíritu caballeresco heredado de los antiguos Arabes beduinos no mejoró entre los españoles la condicion de la mujer. Desarrollado antiguamente entre los hijos del desierto por las condiciones especiales de aquella vida, en que las mujeres y los débiles necesitaban una proteccion especial contra las demasias de los poderosos, y acaso tambien por la influencia del cristianismo predicado en otro tiempo á los Arabes, no tenia aquí en España su primitiva razon de ser. Así los ejemplos notables que de tan noble espíritu y sentimiento presenta la historia de nuestros muslimes, deben explicarse, ó por la influencia de las ideas cristianas perpetuadas entre Mozárabes y Muladíes, como por ejemplo en el caballeresco *Ibn Hazm*, descendiente de los antiguos Españoles y el mas cristiano entre los poetas musul-

manes, como le llama Dozy (74), ó por las ardientes y avasalladoras pasiones propias de la gente árabe, como en el emir de Córdoba Abderrahman III, y en el rey Almotamid de Sevilla, amante veleidoso que hizo por muchas mujeres extraordinarias finezas. Tal sentimiento no nacia de una estimacion honrosa al sexo bello, que se consideraba inferior al masculino, ni del verdadero amor, vínculo que solo suele establecerse entre iguales.

La organizacion de la sociedad no era menos defectuosa que la de la familia, su base y fundamento; porque la autoridad del jefe del estado no se apoyaba mas que en el miedo que ponia á sus súbditos, en la fuerza de las cadenas con que los tenia aprisionados y sujetos. Ya hemos llamado la atencion sobre los elementos discordes é incoherentes que entraban en la composicion de la sociedad hispano-arábiga, las diferencias que la dividian profundamente de religiones, razas y costumbres. El pueblo árabe, dominador de hecho, ó mas bien de derecho, no habia podido realizar la fusion y unidad de tantos elementos contrarios ni constituir con ellos una sociedad que jamás habia podido realizar dentro de su propia raza ni dentro de su pais natal. Pues si los antiguos Arabes habian estado divididos en cabilas ó tribus siempre enconadas en mútua hostilidad; si las monarquias que fundaron en la Siria y Caldea, las de los *Gassanitas* de Damasco y *Lajmitas* de Hira, habian sido débiles y efímeras, tampoco despues que Mahoma los unió con el lazo de la misma religion y el propio destino, llegaron á crear estados firmes y que no destruyera en breve el gérmen de disolucion que llevaban en sí mismos. Los dias del califato de Oriente fueron sumamente turbulentos y azarosos: en nuestra península desde luego se manifestó

el encono y ojeriza entre los mismos Arabes, que divididos entre sí desde lo antiguo por la diferencia de la raza mas vieja, la *Cahthanita*, y la mas moderna, la *Ismaelítica* ó *Modharita*, produjo las intestinas y sangrientas disenciones entre Yemenies, Siros y Coraixitas.

A estos elementos propios hay que añadir otros extraños que aumentaron la escision y el trastorno. Los Bereberes hacen un papel importantísimo en este complicado y trágico drama: pueblo numeroso, potente y dotado casi de las mismas virtudes y cualidades que los Arabes, así como cayeron al fin en igual corrupcion y ruina: al principio fuertes, bravos, hospitalarios, protectores de sus clientes, levantados en sus pensamientos, fieles á sus palabras, tratados y compromisos, pacientes en las adversidades, enemigos de los tiranos, benéficos con los pobres y miserables, religiosos y prontos á sacrificarse por la fé; pero despues decaidos de su espíritu nacional, sumidos en el lujo y los vicios que introdujeron en su seno el ejercicio del poder y el hábito de la dominacion (75). Estos Bereberes, á quienes habian arrollado consigo los Arabes, convirtiéndolos al islamismo, habiendo empezado por vencidos y siervos, no tardaron en aspirar á la propiedad y dominio del pais para cuya conquista habian sido la parte principal. Alentados por la superioridad de su número, por su espíritu bullicioso y guerrero, estas feroces cabilas disputaron muchas veces con las armas en la mano el señorio de España á los Arabes, y atizaron continuamente el fuego de la guerra civil, llegando por último á prevalecer sobre la raza árabe cuando los emires de Córdoba, por sus miras políticas, hicieron venir aquende el mar nuevas tribus africanas, y sobre todo cuando hundido verdaderamente el imperio

arábigo, le reemplazaron en nuestro suelo las naciones berberiscas de Almoravides y Almohades. Los *Muladies*, مولدون, ó muslimes nuevos, tenian con los Arabes el vínculo comun de la religion que habian tomado de ellos, y de la cual no podian apartarse sin ser castigados capitalmente como perjuros; pero no se habia perdido del todo entre ellos el sentimiento español, por lo cual y porque los musulmanes viejos los miraban no sin razon como sospechosos en la fé y lealtad, ocupando así en aquella sociedad un puesto ínfimo é intolerable, intentaron varias sublevaciones en que les dieron auxilio sus antiguos hermanos que habian permanecido fieles al cristianismo. Los *Siclabies*, الصقالبة, ó Slavos, un cuerpo de esclavos y aventureros cristianos de toda la Europa convertidos al islamismo, que nuestros emires árabes admitieron á su servicio, y que como otra milicia pretoriana, creció en poder y en desenfreno, eran por consiguiente otro elemento de discordia y perturbacion (76). Tal era la division que reinaba entre los mismos musulmanes, quedando todavia enclavados entre ellos otros pueblos sometidos y naturalmente mas apartados en espíritu é intereses, como los *judíos* y *cristianos*. Los Judios, gente sin brio para recabar su libertad, procuraban al menos absorber la riqueza pública, y no dejaron de intervenir con su oro en las revueltas civiles, apoderándose alguna vez del gobierno, como *Samuel* y *Yusef*, ministros de los reyes Zeiritas de Granada; siendo en fin tan infieles aliados de los musulmanes como en otro tiempo lo habian sido de nuestros Españoles. Los cristianos que habian quedado entre los musulmanes, mas ó menos tolerados por ellos, habian conservado su religion, leyes y demás caracteres de su nacionalidad, como tambien mantenian viva la esperanza de su

restauracion; de suerte que siempre podia temerse que se aprovechasen de las guerras intestinas de sus opresores para proclamar su independencia y anexionarse, como se dice hoy, á los que habian sacudido el yugo y fundado reinos que iban en continuo aumento. Sabido es como todas estas minas inflamadas fueron estallando, ya sucesiva ya simultáneamente, rompiéndose fácilmente el difícil equilibrio y chocando violentamente los elementos heterogéneos y contrarios.

En aquella España árabe, tan hondamente fraccionada, habia ensayado la fundacion de un trono y monarquía un príncipe ilustre y de raras dotes, *Abderrahman ben Moawia*, vástago de la dinastía Umeyya que habia imperado en el Oriente; pero fué un trono sin raices sólidas en un pais en donde habia muy poco de sentimientos comunes, ni de intereses generales, donde no habia en rigor verdadera sociedad ni vida pública (77), como lo manifiesta hasta la falta de ornato exterior en aquellas ciudades, reservando la arquitectura todos sus primores para el interior de los edificios. Y aunque este trono tardó mucho en afirmarse, y su firmeza duró poco, todavia podemos afirmar que los Umeyyas fueron tan felices en su ensayo cuanto lo permitian las circunstancias y el estado de la sociedad; pues, aunque con muchos azares y convulsiones, aquel imperio duró tres siglos, no sin contar dias de gloria, brillo y prosperidad. Esta monarquía era en rigor absoluta, pues la autoridad aristocrática y religiosa que representaba el supremo *diwan* ó consejo de estado de Córdoba, al cual debia consultar el emir en los mas graves negocios, era insignificante en la práctica, ejercitándose rara vez. El sultan vivía en su alcázar, rodeado de sus serviles clientes, de la aristocracia

cortesana, y de su numerosa guardia de Bereberes, Slavos y negros, mirándose encastillado por decirlo así con aquella servidumbre y milicia en la parte mas fortificada de la ciudad, llamada por esto *la Alcazaba*, القصبة, y cercada de un muro, quedando así incomunicado con el resto de la poblacion : cuando se temia un motin se reforzaba este muro con una barbacana y un foso para defender al sultan y los ciudadanos pacíficos de los intentos del populacho y gente revoltosa (78). Pero repugnado el poder del califa por los jefes de las demás nacionalidades y principalmente por los caudillos de todas las tribus árabes y bereberes, acostumbradas á su propia independencia y á la anarquia del desierto, la autoridad de aquel soberano fué á veces muy precaria y casi una sombra, habiendo tantos interesados en evitar la centralizacion del poder y la consolidacion de la monarquia. Abderrahman I consumió casi todo su largo reinado en sofocar las discordias civiles de Siros, Yemenies y Bereberes, que llevaban de duracion medio siglo desde la entrada de los muslimes en España y que se reprodujeron mas tarde en el último tercio del siglo IX.

Ni la raza árabe ni la cristiana se dieron por vencidas y subyugadas por los emires de la casa de Umeyya, y cada cual trabajó por su parte para derribarlos y emanciparse; pues unos y otros conservaban mucho de su antiguo espíritu y fuerzas, habiendo todavia muchos Arabes que seguian viviendo en las campiñas y aduares como sus ascendientes en el desierto, y formando los cristianos un cuerpo de nacion poderoso por su muchedumbre y su constancia en la fé. Estos cristianos llamados *Mozárabes* (79), por vivir mezclados con los Arabes, solian dar ayuda á los cristianos fronterizos cuando invadian el pais dominado por los mus-

limes, siguiéndolos á veces y emigrando con ellos, como sucedió en tiempo de D. Alfonso el Católico; y los que no podian escapar por distar mucho de las fronteras, espiaban la ocasion de rebelarse y recobrar su independencia. Bajo el reinado de Alhacam, el primero de este nombre y tercer emir de la dinastía de los Umeyyas, acaecieron dos sucesos que importan mucho á mi propósito. Uno de ellos fué la terrible insurreccion de los Toledanos, en cuya ciudad, antigua córte del reino godo, eran muy numerosos los Mozárabes y Muladíes, los cuales, fiados en sus fuerzas y aliados con los reyes de Leon, se levantaban con frecuencia contra el señorio musulman, y llevaron á cabo en este tiempo un alzamiento mas peligroso que los anteriores; y aunque los ejércitos del sultan ejecutaron en ellos un sangriento y horroroso castigo, destruyendo gran parte de la poblacion cristiana, todavia no quedó abatida su fiereza, y se hicieron independientes repetidas veces, no llegando á afirmarse allí la obediencia al gobierno de Córdoba (80). El otro hecho notable de este tiempo fué la sublevacion, mas formidable todavia, que ejecutaron de comun acuerdo los Arabes y los descendientes de los antiguos cristianos españoles que habitaban los pobladísimos arrabales meridionales de Córdoba; alzamiento que puso á punto de hundirse la monarquia de los Umeyyas y acaso todo el imperio muslim de España, y que obligó al emir Alhacam á reprimirlo por la manera cruel propia de los Arabes, destruyendo á aquella gente á sangre y fuego, matando á innumerables y expulsando de la Península á los demás (81).

Pero la época verdaderamente calamitosa que atravesó el imperio arábigo-andaluz fué el último tercio del siglo IX, en la cual los síntomas de disolucion y desquiciamiento

fueron tan graves y alarmantes, que pareció segura su ruina. Los Muladíes de Andalucía, postergados y abatidos por los Arabes, aunque profesaban su misma religion, conociendo su propio vigor y la flaqueza del gobierno cordobés, determinaron decididamente quebrantar sus prisiones y restaurar el antiguo imperio español. Ayudáronles en cuanto les fué posible los cristianos de Toledo, y sobre todo los de Andalucía, en donde quedaba á la sazon mayor número de ellos: los cuales habiendo mostrado por mucho tiempo su firmeza en la fé antigua, sufriendo con gran entereza la persecucion y ofreciéndose animosamente al martirio, al fin, animados tambien por el espíritu de independencia, tan característico de nuestra raza, resolvieron sacudir el intolerable yugo y batallar en union de los Muladíes por la salvacion comun. Un héroe digno de nombre inmortal, *Omar ben Hafsun*, descendiente de la antigua nobleza goda (82), se levantó en el inexpugnable castillo de Bobastro con los Muladíes y Mozárabes de la provincia de Málaga, y comunicó el movimiento á los de Elvira, Jaen y una parte de Córdoba. *Abderrahman ben Meruan*, conocido por *el Hijo del Gallego*, se alzó con los Muladíes de Extremadura; *Becr ben Yahya*, biznieto de un Godo llamado *Zadulfo* ó *Rodolfo*, se alzó en la provincia de Portugal llamada hoy el Algarbe; los cristianos de Toledo volvieron á declararse independientes, y los *Benu Casi*, oriundos de los antiguos Vascones, se rebelaron tambien en el alto Aragon (83). Dado así el ejemplo por los mas valientes y mas agraviados, le siguieron Arabes y Beréberes, y pronto se hallaron revueltos en guerra civil todos aquellos pueblos y razas, que segun observa Mr. Dozy (84), vivian en una hostilidad incesante, y si bien con distintas miras é intereses, se ha-

llaban ligados con un sentimiento comun, que era el del odio y espíritu de rebelion contra el soberano de Córdoba. Los Arabes, conociendo que la insurreccion de los cristianos podria acabar con su dominacion en España, combatieron terriblemente contra ellos en pro del islamismo y de los intereses de su raza; pero como observa acertadamente el mismo Dozy, peleaban por su propia cuenta, no por el sultan cordobés (85). Uno de sus caudillos mas ilustres, *Sawar ben Hamdun*, se declaró independiente con los Arabes de la cora de Elvira; en Sevilla y su comarca se renovaron los antiguos partidos árabes de Yemenitas y Modharitas, que se hostilizáron mútuamente con gran encarnizamiento, capitaneando á los primeros los *Benu Jaldun*, y á los segundos los *Benu Hachag*; en la comarca de Priego se levantó *Said ben Walid ben Mastana*, en la de Jaen *Obeidallah ben Umeyya*, en la de Sidonia *Suleiman el Siduni*, en Murcia *Daisam ben Ishac*, y en Zaragoza *Abu Yahya el Tochibi* (86). Y así por todas partes los capitanes y hombres poderosos entre las diversas razas y bandos que dividian la España musulmana, ya Arabes, ya Bereberes, ya Muladíes, se alzaron en todas las provincias contra la autoridad de los sultanes de Córdoba, declarándose emires ó príncipes independientes. Tales revueltas duraron cerca de medio siglo, con gran estrago y exterminio de las diferentes parcialidades que mútuamente se combatian y con gravísimo peligro de los musulmanes que, segun advierte Ibn Hayyan (87), creyeron que su causa iba á sucumbir y á volver España al dominio de los cristianos.

Reprimió al fin todas las rebeliones con extraordinaria fortuna el califa de Córdoba Abderrahman III el Grande, y dió reposo á la España sarracena por los años 927 de J. C.

La matanza y desolacion de tan prolijas y obstinadas guerras tenian extenuado el Andalus, y así es que todos los partidos se sometieron por entonces al emir de Córdoba, el cual tomó el título de *Califa* خليفة y de *Emir Almuminin* امير المؤمنين, es decir *Vicario de Mahoma* y *Soberano de los creyentes*, y con su firmeza y buen gobierno, supo destruir la anarquia, centralizar mas y mas el poder, y dar la cohesion y unidad posible á su imperio. El feliz resultado de sus campañas contra los cristianos de Castilla, Leon y Galicia, dió mayor preponderancia al elemento musulman, acercándose, ya que no asimilándose, por este lazo comun Arabes, Bereberes y los mismos Muladies, ya escarmentados y sin esperanza. Decaida al propio tiempo la altiva y turbulenta aristocracia árabe, cuya arrogancia ocasionaba peligros á la monarquia y choques con la poblacion cristiana y berberisca, el trono y la nacion sosegaron juntamente. Y así mientras en el exterior se enflaquecia la España cristiana y era sometida la Mauritania por las vencedoras huestes del califa, se aseguraban en el interior la paz, el órden, la buena administracion y se desarrollaban todos los elementos de la prosperidad pública: gloria y grandeza que fueron en aumento durante el resto de aquel reinado, el tranquilo y pacífico de Alhacam II, y el de Hixem II mientras gobernó su famoso hagib Almanzor.

En este periodo que abraza cerca de un siglo, el imperio y la civilizacion muslímico-hispana tocaron á su apogeo de grandeza, brillo y esplendor. La monarquia cordobesa disponia de un numeroso y disciplinado ejército y una soberbia armada; veia henchidas siempre las arcas del tesoro,

florecer en sus estados (88) la agricultura, la industria, el comercio, las artes, las ciencias, y en fin toda riqueza y prosperidad interior, así como en el extranjero se veia respetada y temida, obsequiada con embajadas y presentes por las principales potencias de Europa y los reinos de Africa (89). La imaginacion no puede menos de embelesarse ante el espectáculo grandioso y magnífico de la obra maravillosa que realizó en aquella sazon el genio árabe andaluz. En medio de un cuadro mágico y sorprendente descuella, deslumbrando la vista con sus riquezas, su lujo y sus monumentos, Córdoba, la córte del Andalus, la ciudad de las maravillas, la metrópoli y sultana del Occidente, la émula de Bagdad y de Constantinopla, el palenque de las ciencias, la antorcha del Islam, la mansion del imperio y el trono de los sultanes, poblada de ciento y setenta mil casas, coronada de suntuosos alcázares y mezquitas, esmaltada de floridos jardines, tendida muelle y regaladamente sobre una amenísima campiña fecundada por el caudaloso Guadalquivir, acompañada del lucido y numeroso séquito de veinte y ocho arrabales, seiscientas casas de baños, tres mil alquerias y cuatro mil trescientas almunias y axarafes (90). Si dirigis la vista á sus puertas, vereis llegar en variado y vistoso tropel forasteros y peregrinos de todas las razas y regiones; vereis atravesar numerosos y variados escuadrones de todas armas, unos que marchan á dilatar el señorio de los califas andaluces por los mas apartados confines de España y Africa, otros que vuelven victoriosos, enarbolando los blancos pendones de los Umeyyas, con pompa triunfal, con insignes trofeos, entre los que sobresalen clavados en enhiestas picas millares de cabezas segadas á los cristianos por la hoz de la guerra en los cam-

pos de batalla. Si penetrais en su aljama ó mezquita mayor, mirareis apiñados entre la intrincada selva de sus mil cuatrocientas nueve (91) columnas, prodigio de la arquitectura, los fieles y devotos muslimes, naturales y extranjeros, que con sus blancos almaizares, sus matizados albornoces y alfaremes, parecen flores abiertas copiosamente en un prado fértil despues de las lluvias de la primavera. Si entrais en sus madrisas ó academias, las vereis frecuentadas por los talbes, alimes y alfaquies de todo el mundo que acuden á buscar allí la luz del saber, amortiguada á la sazon en el resto del orbe, y que con igual erudicion é ingenio exponen la ciencia antigua filosófica y moral de *Aristóteles* y de *Bidpay*, de la escuela siriaca y de la alejandrina, como las doctrinas teológicas del Corán y de los cuatro imames ortodoxos, los hadices del *Bojari*, la gramática del *Sibawaih*, la métrica de *Aljalil*, el gran libro de las canciones del *Ispahanense*, los Prados de oro del *Mesudi*, y las historias fabulosas ó verdaderas del *Waquedi* y del *Thabari*. Si penetrais dentro de los alcázares y casas de recreo donde habitan y se solazan los magnates de aquel pueblo espléndido y sensual, vereis dentro de sus espaciosos recintos tantas delicias del arte y de la naturaleza, tantas estancias con dorados artesones, pavimentos de mosáico bañados en agua de rosas ó tapizados de alfombras persianas, muros esmaltados, fuentes de jaspe y pórfido, tantos odoríferos vergeles, tantos ojos de fuego brillando á través de las celosias, y tantos esclavos atentos y prontos á la menor órden de sus señores, que os admirareis de que haya en la tierra tantos paraisos y de que el placer bajo todas sus formas sea allí perpetuo é inagotable. Nada os diré de los soberbios palacios que dentro y fuera de Córdoba posee el

soberano de aquel imperio ; ni del antiguo *alcázar de los califas*, situado al S. E. de la ciudad en medio de amenísimos jardines, cuajado de suntuosos aposentos ricamente adornados y llamados cada cual con un nombre especial significativo de los primores y bellezas que encerraba, alcázar tan espacioso que en su recinto abarcaba mas de cuatrocientas treinta casas para la servidumbre del sultan (92); ni del *de la Rusafa*, fundado por Abderrahman I, y poblados sus jardines por las plantas y flores mas peregrinas del Oriente; ni del de *Annaora*, celebrado por sus copiosísimas aguas, cuyo gran caudal brotaba de un colosal leon cubierto de láminas de oro y con dos grandes perlas por ojos (93); ni del opulento de *Medina Azzahira*, fundado por el célebre Almanzor, con su fuente que figuraba una arboleda de plata con frutos de oro (94); ni en fin del portentoso de *Medina Azzahrá*, edificado por Abderrahman III para satisfacer el antojo de una favorita y para retiro de sus amores con ella, en cuya obra gastaba anualmente la suma de trescientas mil monedas de oro y su construccion duró cuarenta años (95). Largo tiempo necesitaria para enseñaros sus fuentes y surtidores copiosísimos de puras aguas traidas á grandísima costa de las sierras vecinas; para guiaros por los laberintos de sus floridos jardines y frondosos bosquecillos aromáticos, de sus cuatro mil columnas y quince mil puertas; para llamar vuestra atencion sobre la ellísima ornamentacion de sus pavimentos, paredes y artesonadas bóvedas; para conduciros siquiera de paso á su *cuarto del tocador*, donde descollaba la preciosa fuente de jaspe verde incrustrada por inestimables piedras y rodeada de doce figuras de animales de oro purísimo, al *cuarto del trono*, en donde se ostentaba el riquísimo sólio real,

y en medio de la estancia un cisne de oro de maravillosa labor, y al *cuarto del califato*, labrado todo de jaspe, marfil, ébano y cristal de roca, cubierto con tejas de oro y de plata, en cuyo interior fluia y refluia artificiosamente como si fuera agua, una abundosa fuente de azogue, que herida por el sol deslumbraba la vista de los circunstantes. En cualquiera ocasion que visitáseis estos régios alcázares, los hallariais frecuentados por millares de cortesanos, de libertos y clientes de la familia real, de mancebos, Siclabies y negros, de á pié y de á caballo, vistosamente armados con lorigas, espadas, lanzas, arcos y broqueles, que formaban la servidumbre y guardia del califa; si pudieseis penetrar por su vedado harem, por las mágicas mansiones destinadas á sus amores y placeres, hallariais allí apiñado un jardin de vistosas flores humanas, radiantes de juventud y de belleza, pues dicen que entre concubinas y esclavas llegaban á seis mil trescientas las que habitaban aquel alcázar. Pero de seguro os venceria el pasmo y la admiracion si os fuese dado visitar aquel recinto en las grandes fiestas, en las sesiones y justas literarias celebradas ante el soberano, en las proclamaciones de los califas, en las recepciones solemnes de príncipes y embajadores extranjeros, cuando el sultan de Córdoba, señor de la España muslímica, á semejanza de los grandes monarcas del Oriente, procuraba deslumbrar á fuerza de riqueza, lujo y ostentacion á los enviados de las naciones estrañas (96). Tal se ostentaba la altiva Córdoba, llamada hasta en la Europa cristiana *el ornamento del mundo*; y no hablaré de las demás poblaciones de la España árabe, porque si bien florecian al par otras muchas como Sevilla, Toledo, Zaragoza, Badajoz, Valencia, Almeria, Granada y Málaga, la riqueza y la vida se habian

agolpado al corazon del estado, á la córte del monarca.

Pero debajo de aquella prosperidad, de aquella robustez y salud aparente, se encubria el cáncer de la disolucion que devoraba las entrañas de la sociedad. El pueblo árabe, principal cimiento de aquel estado, y con él la sociedad antigua, iban desapareciendo y cediendo su lugar á indígenas, Bereberes y extranjeros. Una de las causas principales que lo ocasionaron fué el despotismo del sultan; pues no fiando bastante en los Arabes indomables y activos, dejaron empobrecerse y perecer la aristocracia antigua, y si bien conservó algun valer la nobleza cortesana unida á la casa reinante por los vínculos de la clientela, formaron principalmente su córte, servidumbre y ejércitos de gente extranjera y venal de Slavos, nuevas turbas de Berberiscos y algunos escuadrones cristianos (97). Los Slavos, gente como ya queda dicho de origen cristiano, componian propiamente la servidumbre y guardia del califa, y eran tan poderosos que tenian á su vez otros servidores y esclavos, é iban ya interviniendo en la política y negocios públicos (98). En cuanto á los Bereberes, Almanzor, hagib del palacio y verdadero jefe del estado durante el reinado de Hixem II, habia llamado á España gran muchedumbre de aquellas gentes africanas para contrarestar la insolencia y pretensiones de la aristocracia árabe que aun habia, con lo cual logró desarraigar casi este gérmen de revueltas civiles, no perdonando ni á los mismos deudos y allegados á la dinastía Umeyya que reinaba (99); pero sembró al propio tiempo la semilla de mayores disturbios y revoluciones, importando nuevos elementos extraños y disolventes. Sostuvo Almanzor á pura presion y fuerza el estado que ya amenazaba derrumbarse, favorecido por la fortuna y gloria conti-

nua de sus expediciones contra los cristianos fronterizos y los africanos; pero á su muerte estallaron los elementos de revolucion comprimidos, se encendieron de nuevo y con mayor furia las disenciones y parcialidades de Arabes y Bereberes, el trono de los califas cayó hecho pedazos y quedó abatida en un momento toda aquella grandeza brillante pero efímera. El partido adicto á los Umeyyas combatió por sostener su autoridad; pero los últimos califas solo consiguieron una sombra de poder, mientras que los generales siclabies y bereberes y todavia algunos caudillos árabes se hacian independientes en diversos puntos de la Península y fundaban los reinos llamados de *Taifas*. Córdoba restauró la autoridad de su diwan y se convirtió en una especie de república bajo la presidencia de los *Benu Chehwar*; el partido árabe español fundó en Sevilla el reino de los *Abbaditas*, en Zaragoza el de los *Benu Hud*, y en Almeria el de los *Benu Somadih*; el partido árabe africano fundó en Málaga, Algeciras y Córdoba el reino fugaz de los *Idrisitas Hammudies*; el partido bereber fundó en Granada el reino de los *Zeiritas*, en Badajoz el de los *Afthasitas*, en Toledo el de los *Benu Dzinnun*, y otros estados menores en Carmona, Moron y Ronda; y por último, el slavo fundó estados de corta importancia y duracion en Valencia, Denia, las Baleares, Almeria y otros puntos (100). La existencia de estos reinos fué una continua guerra civil, cuyo cuadro aflige la vista, y que además de las calamidades intestinas, produjo el acrecentamiento de la España cristiana, en cuyos destinos se verificó un maravilloso y repentino cambio, extendiéndose hasta Toledo y Lisboa.

Las ruinas y miserias de aquella sociedad disuelta y desconcertada fueron tales, que conociendo que no habia den-

tro de ella medios de salvacion, nuestros muslimes los buscaron fuera de su pais, aunque con poca esperanza; y viéndose entre dos graves peligros, el de ser absorbidos por los cristianos ó por los Almoravides, nacion africana, recien salida del desierto, pero con grande poder y fuerzas, se entregaron en brazos de estos, que al fin eran musulmanes. Con esto decayó lo que quedaba de la grandeza y civilizacion árabe; los Almoravides, llamados á España para socorrer á su morisma contra los cristianos, la sometieron á su dominio, no sin estrago y ruina de los musulmanes andaluces, á quienes trataron despiadadamente, mostrando en su dominacion la ferocidad, rudeza y fanatismo propias de su raza. Los alfaquies y santones tomaron mayor consideracion y ascendiente que hasta entonces, y por su influencia fueron tratados con tanto rigor é intolerancia los cristianos Mozárabes que quedaban entre los muslimes, sobre todo en este reino de Granada, que se vieron obligados á llamar en su auxilio al rey de Aragon D. Alfonso el Batallador, el cual libertó de la opresion á diez mil familias cristianas, y en poco estuvo el que los Moros no perdiesen entonces estas importantes provincias, adelantándose mas de tres siglos la completa restauracion de España (101). Aunque muy enemigo del nombre cristiano, Alí, emir de los Almoravides, viendo la cobardía de sus Bereberes, incapaces para sosegar los disturbios civiles, alistó á sueldo muchos cristianos, así de España como del resto de Europa, gente levantisca y desmandada que hizo mas daño que provecho, pues trataron al Andalus como pais conquistado, robando y maltratando á los muslimes. Como sucede á los bárbaros, que sin ideas de sociedad, de gobierno ni verdadera religion, se lanzan sobre un pais rico y civilizado, los

Almoravides adquirieron luego en España las costumbres viciosas y estragadas de nuestros musulmanes. Su administracion fué tan imbécil como corrompida, reinando en el pais una soldadesca brutal, indisciplinada, cobarde, útil solo para la rapiña, pero no para limpiar los campos y pueblos de los bandidos que los infestaban, paralizándose el comercio y la industria, y siendo cada vez mas frecuentes y terribles las invasiones de los cristianos. Desengañados los Arabes andaluces é irritados contra sus opresores, se levantaron contra ellos en diferentes ocasiones, y fué menester que nuevas hordas de Africanos volviesen á sosegarlos por algun tiempo. Asi pues la dominacion de los Almoravides, aunque sometió á los antiguos partidos, no los extinguió, y la revolucion y el trastorno fueron continuos (102), males que se agravaron con la nueva irrupcion de los Almohades, otros sectarios que proclamándose los restauradores de la religion mahometana, derrocaron allende y aquende el Estrecho el imperio de los Almoravides. El nuevo imperio de los Almohades no echó en la Peninsula mas raices que el anterior, continuando las disenciones y guerras de las diversas parcialidades y creciendo el progreso de los reinos cristianos; de suerte que la disolucion y anarquia en lo interior y el desmembramiento en lo exterior son los caracteres que distinguen en esta época á la España muslímica. En este tiempo apenas quedaban ya algunos cristianos en el pais dominado por los musulmanes; pero en cambio eran muchos los *Mudejares* ó Moros sometidos á la dominacion de los reyes cristianos, llamados á la sazon *los señores de las dos religiones*, ذو الملّتين (103). La guerra civil entre los Moros tomó gran incremento en la primera mitad del siglo XIII en que anduvieron alzados contra los

Almohades los *Benu Ghania* en Mallorca y Africa, *Ibn Hamoxc* en Segura de la Sierra, *Ibn Mardanix* en Valencia, *Ibn Hud* en Córdoba y Granada, el *Bayyasi* en Baeza, el *Bachi* en Sevilla, los *Benu Mahfotd* en Niebla: época memerable para nuestra cristiandad en que D. Alfonso el VIII abatió á los Almohades en las Navas de Tolosa, San Fernando se apoderó de Jaen, Córdoba y Sevilla, D. Jaime el Conquistador de Valencia y las Baleares, y D. Alfonso el Sabio de Murcia y Niebla (104).

Todavia en aquella época de decadencia progresiva para el islamismo, un príncipe árabe de altas prendas, *Mohammed Alahmar*, logró fundar en esta bella ciudad de Granada un trono y dinastia destinados á durar 262 años, el imperio y la casa *Nasarita*, cuyo nombre no podemos mencionar sin consideracion y alabanza. Ilustre por su linaje que descendia de los antiguos *Ansaries* ó auxiliares de Mahoma, varon prudente en el consejo, discreto y hábil en el gobierno, religioso en sus ideas y puro en las costumbres, Mohammed Alahmar no solo supo fundar un trono para si y para su familia, sino restaurar en una parte de España la dominacion de la raza árabe y su antigua civilizacion. Conquistada por los cristianos Córdoba, que habia sido la cabeza del imperio musulman español, y no habiendo conservado los Almohades y los Benimerines que les sucedieron mas que una parte de la costa andaluza, la gente, la lengua, las artes y cultura de los Arabes de España, todo se refugió y condensó en el nuevo reino, prosperando bajo el gobierno ilustrado y protector de Alahmar y de algunos otros de sus nobles descendientes. Agrupada en este territorio, fértil y rico por la naturaleza, una poblacion suficiente, si no excesiva, aplicada y laboriosa, inteligente en el

riego y la plantacion y en muchas clases de artefactos, vió prosperar notablemente en su seno la agricultura, la industria y aun el comercio, y con ello la riqueza y bienestar público. La capital del nuevo estado, la famosa *Granada*, ya en otro tiempo córte de reyes, favorecida por la naturaleza con uno de los sitios mas pintorescos, amenos y deleitables del mundo, con una fructífera vega de cuarenta milla de extension, heredó bajo el emirato Nasarita la antigua opulencia, cultura y lustre de Córdoba. Sus espléndidos y magníficos reyes la enriquecieron con suntuosos monumentos de las artes, llegando á ser entonces, como dice su historiador Ibn Aljathib, la córte del mundo, el sólio del Andalus, la madre de los pueblos, la morada excelsa, la residencia del sultan y la cúpula de la justicia y de la beneficencia (105). No cabe en las dimensiones de este discurso el hablar de sus numerosos y ricos habitantes dados al regalo, el fausto y el lujo, de sus costumbres, fiestas, artes é industrias, de las innumerables huertas, almunias, cármenes, vergeles y heredades que la rodeaban, de los trescientos pueblos de su alfoz, de sus fuentes y acequias sin número, de las catorce mil torres que guarnecian sus muros, de sus elevados y suntuosos alcázares llenos de primores y maravillas, que adivinará la imaginacion con solo contemplar los admirables restos que hoy dichosamente se conservan (106).

Pero esta prosperidad y brillo fueron, como en Córdoba, efímeros y superficiales, sin paz y órden durable en lo de adentro, sin fortuna ni gloria en lo exterior. El mismo fundador de aquel estado habia tenido que rendir sus homenajes á nuestro gran restaurador San Fernando, dándole, como vasallo, auxilio de tropas y municiones para la con-

quista de Sevilla (107); y despues los demás emires Nasaritas fueron casi siempre tributarios de los reyes de Castilla, los cuales conservaron gran influencia é intervencion en los negocios públicos de los Moros granadinos. Por otra parte, en aquel estado se veia á un soberano árabe imperando sobre un pueblo por su mayor parte de distintas razas; pues si quedaban muchos Arabes de los antiguos Siros, Yemenies y aun Modharitas, los mas eran *Muladies*, *Gomeres*, *Magrawitas*, *Zenetes* y *Benimerines*, notándose en el ejército la misma division y preponderancia berberisca (108). Por cuyos elementos naturalmente contrarios y hostiles se explican fácilmente las discordias intestinas que constantemente agitaron aquel reino desde las rebeliones de los walies de Málaga, Guadix y Comares, que empezaron reinando el mismo fundador de aquella dinastia, hasta los bandos y guerras civiles de *Zegries*, *Abencerrajes* y *Gomeres*, y de los mismos príncipes de la familia real, que contribuyeron poderosamente á la caida de aquel reino y su conquista por los inclitos Reyes Católicos.

Tal fué la suerte, tales los azares y vicisitudes del imperio arábigo-español. Ahora para completar el cuadro, diremos algo de su literatura, la cual como expresion y reflejo de la sociedad en que se desarrolló, se distingue por los mismos caracteres de brillante, superficial, sensual y hasta cierto punto materialista, hija en fin de una civilizacion adelantada y notable para aquel pueblo, pero sin gérmenes de progreso ni de porvenir. En España como en el Oriente, de donde tenia su origen y sus modelos, el caudal de la literatura árabe atesoró gran variedad de conocimientos y doctrinas, en parte producto del genio semítico, como la poesia, la oratoria, la filologia y la teologia; en parte derivados del

genio semítico y de literaturas extrañas, como los estudios históricos y geográficos, y algunos ramos de las ciencias naturales, y en parte tomados exclusivamente de civilizaciones extranjeras, como las ciencias exactas y especulativas, y principalmente la filosofía. Pero el fondo de esta literatura, así en Oriente como en Occidente, fué eminentemente poético, porque los Arabes fieles á la costumbre y á la tradicion y conservadores del genio patrio, consideraron siempre como fuentes de sus estudios clásicos las poesias líricas, descriptivas y heróicas de sus antiguos ingenios. La edad de oro de la literatura arábigo-hispana se distingue por su carácter poético, y esta poesia retrata como un espejo fiel la sociedad de aquella nacion y época. Es aristocrática y juntamente laudatoria hasta el servilismo, porque sus autores eran clientes y protegidos de los monarcas y magnates, como en otro tiempo lo habian sido los trovadores del desierto de los emires y caudillos árabes. Es culta y clásica porque, hija del estudio de los antiguos modelos, conservó el gusto y las imágenes de la vida guerrera, nómada, aventurera, campestre y pastoril del desierto. Es apasionada y sensual hasta el libertinaje y el materialismo por el carácter especial que hemos notado en la raza y civilizacion muslímica; porque la moral laxa del Corán no refrenó las pasiones ardientes y las costumbres viciosas heredadas de los antiguos Arabes, y porque aquellos poetas rara vez comprendieron el amor en su idea mas noble y espiritual. Y así á cada paso nos hallamos en el gran tesoro poético de los Arabes andaluces con obras tales como el *Intérprete de los deseos*, coleccion de poesias eróticas casi lascivas escritas por un xeque muy dado por otra parte á los estudios teológicos (109). A imitacion de los antiguos vates de la

Arabia, los del Andalus cantaron la naturaleza, las delicias y los goces de la vida, el amor sin freno, la embriaguez, los encantos de las huries terrenas, las glorias y hazañas militares, la hospitalidad en los aduares, la esplendidez en los banquetes y festines, la largueza y liberalidad de sus patronos y favorecedores. Entre los muchos poetas que produjo la España árabe se distinguieron *Ahmed ben Abdirabbih* (110); *Meruan ben Abderrahman*, conocido por *Atthohaic* (111); *Ibn Darrag Alcasthalli* (112); *Ibn Zaidun* (113); *Yahya Algazzal* (114); *Almotamid ben Abbad*, rey de Sevilla (115); *Ibn Ammar* (116); *Ibn Abdun* (117); *Ibn Jafacha* (118); y muchas mujeres, entre ellas *Wallada* (119), hija del califa de Córdoba Mohammed III. Los mismos caracteres que en la poesia se notan en los escritos en prosa rimada, como cuentos, anécdotas, novelas y otras composiciones, principalmente en las que tienen por objeto lucir los primores y elegancias del lenguaje. Señaláronse en este género de obras literarias el mismo Ibn Zaidun; *Ibn Abiljissal*, célebre por su Epistolario (120); y con aplicacion á la historia *Ibn Jacan* é *Ibn Bassam* (121). Sobresalieron igualmente los Arabes españoles en teologia y tradiciones religiosas, proverbios, jurisprudencia, gramática y filologia, retórica y elocuencia, biografias, crónicas y otras obras del género histórico, viajes y descripciones de paises. Entre los cultivadores de tales doctrinas son ilustres los nombres de *Baqui ben Majlad* (122); *Abulwalid Albachi* (123); *Abu Alí Axalubini* (124); *Ibn Malic*, de Jaen (125); *Abu Obaid Albecrí*, de Huelva (126); *Ibn Chobair*, de Valencia (127); los *Razis*, *Ibn Hayyan*, *Ibn Hazm*, *Ibn Alabbar*, los *Benu Said* y otros sin número.

En cuanto á las artes y ciencias, tomadas principal-

mente de civilizaciones extrañas, como la medicina, la botánica, la química, la música, las matemáticas y la filosofía, tambien las estudiaron con provecho nuestros muslimes. Solamente hay que observar que sobresalieron principalmente en las ciencias naturales y experimentales, como en la botánica, medicina y cirugia, geometria, astronomia, y en ciertas artes como la arquitectura y la música, habiéndose distinguido en ellas los *Ibn Albaithar*, de Málaga (128) ; *Ibn Bassal*, de Toledo (129) ; *Mohammed ben Abdun* (130); *Ibn Thofail*, de Guadix (131); *Abulcasim*, conocido vulgarmente por *Albucasis* (132); los *Benu Zohr*, de Sevilla (133); *Ibn Roxd* ó *Averroes* (134); *Chabir ben Aflah*, conocido por *Geber* (135); *Ibn Zarquial* (136); el obispo *Ibn Zaid*, de Córdoba (137), y *Abu Becr ben Bacha*, de Granada, llamado el *Alfarabí de Occidente* (138). Pero alcanzaron menores merecimientos en las ciencias especulativas, para las cuales se requiere la fuerza de reflexion y de análisis que no concedió la naturaleza á los pueblos semíticos. En la *edad de oro* de la literatura arábigo-española, es decir bajo el califato y los reyes de Taifas, nuestros muslimes no dieron gran importancia á los estudios científicos, ni menos á los propiamente filosóficos; porque los reyes y magnates solo se pagaban de la poesia que los entretenia y lisonjeaba, y el pueblo, poco ilustrado en lo general y fanatizado por los alfaquies, llegó al extremo de apedrear y quemar á los pocos que se dedicaban á la filosofia y la astrologia, considerándolas como heréticas y contrarias á las doctrinas del Corán (139). Hay que apuntar, no obstante, como ejemplos raros, que el califa de Córdoba Abderrahman II fué dado al estudio de la filosofía (140); que Alhacam II protegió á todos los hombres de

ciencia, inclusos los filósofos, cuyas obras hizo quemar despues Almanzor (141), y que el rey de Zaragoza *Almoctadir ben Hud* se distinguió en los estudios astronómicos, geométricos y filosóficos (142). Tales estudios solo tomaron alguna importancia en el Andalus cuando decayó el imperio y la antigua civilizacion árabe con el advenimiento de los Almoravides y Almohades, y entonces fué cuando florecieron los Aben Pace y Averroes.

Cuando los restos de la cultura arábiga se refugiaron en este reino de Granada, las buenas letras prosperaron en él notablemente, sobresaliendo muchos poetas, historiadores, geógrafos y médicos; aunque para elogio de aquella civilizacion y literatura bastará solo mencionar á nuestro celebérrimo Ibn Aljathib (143), wacir ó ministro que fué de los reyes de Granada. Escribió numerosas é interesantes obras, que en parte se conservan, sobre historia, retórica, poesia, geografia y viajes, moral y ciencias religiosas, legislacion, política y ciencia del gobierno, botánica, medicina, gineta, cetreria y arte militar, admirándose en tan varios escritos, juntamente con el inmenso ingenio del autor, su copiosísima erudicion, su buen juicio y criterio, su exquisita correccion y elegancia de estilo y su profundo conocimiento de la lengua árabe.

Despues de examinar, aunque ligeramente, la historia de la literatura arábigo-española y echar de ver el inmenso caudal que encierra en libros sobre toda clase de conocimientos, no podemos menos de admirar la gran actividad intelectual de nuestros Arabes y de reconocer que dieron á las ciencias y buenos estudios todo el impulso, todo el progreso compatible con la rudeza y trastorno de los tiempos, con lo sensual y menos reflexivo de su inteligen-

cia y con las doctrinas morales y religiosas del Corán. Los Arabes españoles no han reconocido ventaja á ningun otro pueblo en aficion al saber y cultivo de las letras (144): su historia literaria, vasta y riquísima por cierto, nos hace ver como se fomentaban y propagaban los buenos estudios con los certámenes de ingenio, con la enseñanza en muchas escuelas y academias, siendo la universidad de Córdoba una de las mas célebres del mundo en la edad media, y con el favor generoso de los soberanos y magnates. Así los monarcas cordobeses como los reyes de Taifas, derramaron espléndidamente sus tesoros y beneficios en la gente de letras, y como dice un historiador árabe, se humillaban ante los sabios, los ensalzaban con su poder, se guiaban por sus consejos y no tomaban un wacir que no fuese letrado (145). Ellos gustaban de reunir en su córte y casa á los sabios y literatos mas distinguidos así naturales como forasteros, presidian sus sesiones, academias y concursos, y alternaban con ellos, sobresaliendo muchos tambien por el cultivo de de las ciencias y letras, como el califa de Córdoba Alhacam II (146); Almutdaffar de Badajoz (147), que compuso la inmensa enciclopedia titulada *Quitab Almutdaffari*; los reyes Abbaditas de Sevilla (148), y otros tales. El mencionado califa Alhacam II, patrono celosísimo de las letras, fundó en Córdoba veinte y siete escuelas gratuitas para los pobres, aunque ya habia muchas, donde se enseñaban la gramática, retórica y religion, y se dice que en la España musulmana casi todos sabian leer y escribir (149). Nuestros Arabes llegaron á atesorar copiosísimas bibliotecas: la del califa Alhacam II en Córdoba constaba de seiscientos mil tomos, y solo su catálogo de cuarenta y cuatro; la de Mohammed Almutdaffar, rey de Badajoz, era tambien ri-

quisima; la de Ibn Abbas, wicir del rey Zohair de Almeria, encerraba mas de cuatrocientos mil volúmenes (150). En tiempo de Ibn Aljathib consta por sus obras que existian entre los Moros de este reino de Granada muchas y muy copiosas bibliotecas (151). Perdido en gran parte por los estragos del tiempo el tesoro literario de los Arabes de España, justo será suspirar porque salga á luz lo que aun se conserva dichosamente, así en nuestra biblioteca del Escorial como en las extranjeras, y se restaure la fama de tantos ingenios como han brillado entre el pueblo árabe español. Además, tal estudio tiene para nosotros la importancia de que á pesar del espíritu conservador de esta raza y de su aficion al clasicismo, todavia la civilizacion arábigo-española se distinguió por algunos caracteres especiales, y por decirlo así locales, debidos á la influencia de la raza y cultura gótico-romana que sobrevivió largo tiempo á la conquista, enriqueciendo y mejorando la literatura arábigo-hispana, y en fin á los nuevos destinos de los Arabes en España, convertidos de nómadas en ciudadanos y fundadores de una sociedad y un estado, aunque no tan perfectos y estables como los asentados sobre la base sólida del cristianismo.

III.

Pues ya hemos dado á conocer, aunque sea de un modo imperfecto, la España musulmana y podemos apreciar su importancia histórica, prosigamos en el estudio de los autores árabes para investigar la utilidad é interés que pueden tener sus testimonios y relatos para la historia de la España cristiana. Porque si á pesar del odio de raza y de religion, si á pesar de su desden por lo que no es árabe ni muslímico, al ocuparse estos escritores de los cristianos sus vecinos y eternos adversarios, los tratan con algun respeto y consideracion y dicen algo en su elogio, la gloria que con esto recabamos para nuestra nacionalidad y civilizacion será tanto mas legítima, tanto mas honrosa. Desde luego nos atreveremos á asegurar que los autores árabes han tratado competentemente muchos puntos y periodos de nuestra historia, y no sin espíritu de tolerancia y de verdad, y que en sus obras es fácil encontrar el retrato de la nacion española con todos los grandes caracteres que distinguen su raza y civilizacion, con las altas ideas que ha realizado en la historia. Españoles de raza fueron los principales autores de la célebre escuela histórica de Córdoba, como Ibn Alcuthia, Ibn Hayyan, Ibn Hazm é Ibn Pascual, y por lo mismo no les

pudieron ser indiferentes los hechos y vicisitudes del pueblo indígena. La mayor parte de los documentos arábigos que ilustran nuestra historia en la edad media, se hallan repartidos en sus crónicas á vuelta con los datos y noticias tocantes á los muslimes, por haber pasado entre unos y otros los sucesos que alli se narran; pero tambien nos consta que nuestros musulmanes trataron exprofeso, ya en libros, ya en capítulos separados, la historia especial de la España cristiana. En el siglo XI Assaid ben Ahmed, de Toledo, y Yusuf ben Abdallah ben Abdelberr, escribieron *Crónicas de los Arabes y Agemies* (es decir, los Españoles cristianos). El célebre Ibn Said de Granada escribió en el siglo XIII un libro histórico-geográfico acerca *de la parte de España que conservaron los siervos de la Cruz* (152). Mohammed ben Abdelwahid Almallahi compuso á principios del mismo siglo una *Historia de los Arabes y de los Agemies* (153). El ya mencionado Ibn Aljathib en su *Ihatha* ó diccionario biográfico trae algunas noticias de los reyes de Castilla y Leon (154); é Ibn Jaldun consagra un largo capítulo de su Historia Universal á los sucesos de los *Benu Adefonso, reyes de Galicia, y de sus vecinos los Francos* (los Catalanes), *los Vascones y los Portugueses* (155); aunque tambien en otros capítulos de la referida historia hace mencion larga y detenida de los sucesos de la gente cristiana española, por lo cual dió á esta obra el título de «Dias (sucesos) de los Arabes, de los Agemies y de los Bereberes.» (156).

No es ni puede ser mi propósito el trazar aquí la historia de la España cristiana en la edad media, con los datos suministrados por los autores árabes: solamente apuntaré las noticias necesarias para que se vea como los Españoles cristianos aparecen en los cronistas musulmanes revestidos de

los caracteres propios de su raza y civilizacion. En cuanto al espíritu religioso, los autores árabes hablan de la predicacion del cristianismo en España: cuentan como enviados los Apóstoles por عيسى المسيح, *Isa al Mesih* (Jesucristo), con quien sea la salud, sobre la tierra para llamar á los hombres á su creencia, vinieron tambien á esta península, en donde hubo muchos que la combatiesen y persiguiesen, y no pocos que la acogiesen y confesasen y muriesen por ella mártires (157). Acerca de la venida del apóstol Santiago á España y de su predicacion en ella, tambien se encuentran noticias en los autores árabes, que las debieron beber en las antiguas tradiciones de nuestro pueblo cristiano; pues Ibn Hayan, uno de los mas autorizados por su saber y buena crítica y que habia consultado importantes documentos de nuestra antigua historia, nos habla de la veneracion en que eran tenidos en el siglo X, y aun antes, los templos de *Santiago* de Galicia é *Ilia* (Iria Flavia), hoy el Padron, ilustrados ambos por el sepulcro de aquel Apóstol, adonde acudian muchos peregrinos, no solo del continente europeo sino hasta del Egipto y la Nubia. A este propósito nos cuenta como el apóstol Santiago يعقوب الحوارى anduvo recorriendo las tierras y llamando á sus habitantes á la fé, hasta que llegó á aquel extremo de España, y habiendo vuelto despues al Oriente y muerto en la Siria, sus discípulos cargaron con su cuerpo y le trajeron á enterrar en el lugar de aquella iglesia que habia sido la mas apartada region donde imprimió sus huellas. فاحتمل اصحابه رمته فدفنوها بهذه الكنيسة التى كانت اقصى اثره (158). En tiempo de Almanzor aquel culto y tradicion eran conocidos así de Moros como de cristianos, y por esto sin

duda, sino por el prodigio de que hablan nuestros cronistas, aquel gran perseguidor de la cristiandad española, cuando se apoderó de la ciudad de Santiago y la dejó arruinada, respetó el sepulcro del Apóstol (159).

Los mismos autores nos hablan de un rey godo llamado *Jaxandus*, tal vez *Receswinto*, que fué monarca tan justo y recto como buen cristiano, pues trabajó mucho por la propagacion de las buenas doctrinas de nuestra fé y copió de su mano los cuatro Evangelios (160). Consta por los mismos autores que los monarcas godos fueron extremados en fomentar el culto religioso, haciendo grandes donaciones á los templos, merced á las cuales se veian adornados y enriquecidos con las preseas y ornamentos mas suntuosos, de cuyas alhajas fueron parte la riquísima mesa llamada de *Salomon*, que apresó Tharic en el altar de la iglesia mayor de Toledo, على مذبح كنيسة طليطلة, donde servia para colocar y llevar los Evangelios (161), y la diadema de perlas que cogió Muza en la iglesia de Mérida (162). Tambien nos dan noticia de los templos y santuarios en que nuestros cristianos celebraban sus cultos religiosos, como de la iglesia catedral de *Santa Maria* شنت مرية en Toledo, la de *Santa Rufina* en Sevilla (163), las de *San Vicente* (164) y *San Acisclo* (165) en Córdoba, las magníficas que habia en Mérida (166), y de otra muy suntuosa y venerable que á fines del siglo VI habia construido un magnate español tan piadoso como rico en las afueras de esta ciudad de Granada, á dos tiros de la puerta de Elvira, la cual se conservó hasta fines del siglo XI en que la destruyó el fanatismo de los Almoravides (167). En Carcasona, antigua poblacion de la Galia Gótica, dicen que habia una

iglesia cristiana llamada de Santa María y tenida en gran veneracion, en donde habia siete columnas de plata pura tan gruesas que no las podia abarcar un hombre con sus brazos (168). Despues que la invasion de los musulmanes fortificó mas y mas en los Españoles el sentimiento religioso, se encuentran en los autores árabes muchas noticias sobre el caso; pues nos cuentan que en Santiago de Galicia habia una soberbia iglesia, que era para los cristianos lo que para los muslimes la Caba de la Meca, y otro santuario en Ilia ó el Padron, ambos visitados como hemos dicho antes por los peregrinos del Norte y del Mediodia (169). Tambien nos hablan de otro santuario muy célebre por aquellos tiempos, dedicado á San Vicente, y situado donde hoy el cabo de este nombre, en el mismo pais dominado por los Moros, que era la *iglesia del Cuervo* (كنيسة الغراب *Canisat Algorab*), adonde iban en romería muchos peregrinos para visitar el sepulcro de aquel mártir (170).

Por los autores árabes tenemos tambien datos minuciosos y auténticos acerca de la existencia y estado del pueblo cristiano mozárabe que habia quedado en medio de la España sarracena, como la rosa entre las espinas; acerca de los pactos y conciertos que se habian ajustado con ellos, así en lo religioso como en lo civil; de la entereza y fervor extraordinario con que mantenian la fé de sus mayores, á pesar de las persecuciones y cargas con que se veian abrumados y de las exenciones que los muslimes concedian á los apóstatas; de la gran muchedumbre de ellos que quedó principalmente en Toledo, Córdoba, Mérida, y las comarcas de Málaga, Elvira, Viseo y Coimbra, por lo cual en estas poblaciones hubo tantos alzamientos contra el yugo muslman. Ellos nos hablan de la gran resistencia que opusie-

ron siempre los de Córdoba á ceder á los muslimes la parte de la antigua catedral que se les habia dejado segun los convenios, y que si al fin vinieron en ello fué porque se les permitió reedificar las iglesias que les habian demolido en las afueras de aquella ciudad (171). Consta por los mismos autores que las fiestas y ceremonias religiosas se celebraban por los Mozárabes cordobeses con toda solemnidad, y uno de ellos cuenta con sencillez la admiracion que se apoderó de cierto musulman que, habiendo asistido á una funcion celebrada de noche por aquellos cristianos en una de las iglesias de Córdoba, quedó sorprendido de ver la esplendidez desplegada por los siervos de la Cruz, su devocion y regocijo religioso, las luces que iluminaban el templo, los aromas que se quemaban en él, los ramos de mirto que le tapizaban, los salmos que resonaban bajo sus bóvedas, las vestiduras sagradas que ostentaban los sacerdotes, en fin la pompa, aparato y festejo tan propios del culto católico (172). En los mismos autores se hallan los nombres de algunos prelados de aquélla cristiandad que no constan en los catálogos y documentos latinos, como el de *Obaidallah ben Casim, almatran* (المطران) ó metropolitano de Toledo (173), y *Asbag ben Abdallah ben Nabil, católico,* ú obispo de Córdoba (174), uno y otro en el reinado de Alhacam II, así como mencionan á algunos jueces de aquellos Mozárabes y otros personajes de los cuales no hay noticia por otra parte. Por los mismos autores vemos como el fervor religioso despertó entre aquellos cristianos el amor á la independencia, dando lugar á las continuas rebeliones que á pesar de grandes castigos y escarmientos ejecutaron con tanta obstinacion los de Toledo, poniéndose de acuerdo con los reyes cristianos de Leon y Galicia y llamándolos en

su auxilio, y al temible alzamiento que los Mozárabes y Muladies de una gran parte de Andalucia, sobre todo de este antiguo reino de Granada, célebre desde muy antiguo en los fastos del cristianismo (175), llevaron á cabo al terminar el siglo IX. Y que tales guerras tuvieron un carácter verdaderamente religioso se echa de ver por el furor y saña con que los musulmanes hicieron frente á los Mozárabes y Muladies, considerándolos como enemigos de su fé y restauradores del cristianismo, espíritu que se advierte hasta en las poesias de los Arabes en aquella época (176); por la restauracion de la misma religion que intentaron Omar ben Hafsun y sus parciales de la manera mas pública y ostensible, erigiendo de nuevo iglesias y santuarios en Bobastro, Tolox (177) y demás poblaciones en que establecieron su señorio, y principalmente por la fé ardiente y firme con que posponiendo los bienes del mundo á la salvacion del alma y las dichas imperecederas del cielo, idea capital del cristianismo y que siempre le ha sostenido en sus persecuciones, supieron innumerables de ellos ganar la palma del martirio. Consta en efecto por los escritores árabes que mil cristianos cautivados por los musulmanes en la famosa jornada de Poley y otros muchos que lo fueron en la conquista de la plaza de Belda, obligados á elegir entre la apostasia y la muerte, escogieron esta última y la sufrieron con el mismo valor y fortaleza con que habian combatido por la fé de Jesucristo (178). Los mismos historiadores musulmanes, aunque enemigos tan apasionados del اللعين *maldito* y del الكلب *perro*, que así llaman á nuestro héroe inmortal el mencionado Omar ben Hafsun, caudillo de los Muladies, que habiendo vuelto á la creencia de sus mayores, habia recibido el bautismo y era el mas

ardiente partidario de la cristiandad, no pueden menos de tributar el honor merecido á las virtudes verdaderamente cristianas que desplegó en el gobierno de su estado. Alaban su llaneza y modestia, su caridad y abnegacion, la justicia y equidad con que procedia, evitando entre sus soldados y súbditos toda querella, agravio y opresion, y proporcionando á todos la seguridad mas completa en su vida y sus bienes, hasta el punto de que una mujer podia caminar sola de un extremo á otro de sus dominios cargada de dinero y alhajas sin que nadie se atreviese á despojarla ú ofenderla (179), y eso que el encono de los partidos y los furores de la guerra tenian estragado todo el pais é inclinados los ánimos á la indisciplina y la licencia. Consta por los mismos autores árabes, que reinando en Santa Maria de Ocsonoba (hoy Faro en Portugal), Becr ben Yahya, biznieto de cierto godo llamado *Zadulfo* (ó Rodulfo), y por consiguiente del bando muladí, habia en aquella ciudad una iglesia muy suntuosa y célebre (180), de donde probablemente habria tomado su nombre aquella poblacion. Este príncipe mostraba las virtudes cristianas propias de su raza, pues era muy caritativo y hospitalario, repartiendo abundantes limosnas á los peregrinos (181).

No es posible leer sin sentimiento en los mismos autores, únicos documentos por donde conocemos estas glorias del cristianismo español, que los grandes esfuerzos y sacrificios de aquellos valientes y aquellos mártires, quedaron frustrados al fin, cuando sometida, no sin larga y obstinada resistencia, Bobastro, capital del señorio de los Benu Hafsun, y por último Toledo despues de dos años de sitio, volvieron los cristianos á gemir bajo la antigua opresion y sufrieron largo tiempo, hasta que la irrupcion de los Almoravi-

des, gente fanática é intolerante, hizo mas insufrible su esclavitud. Entonces fué cuando viendo imperar por doquiera el fanatismo de los alfaquies, caer derribadas sus iglesias y llover sobre ellos toda clase de vejaciones, les fué preciso llamar en su auxilio al rey D. Alfonso el Batallador, ya famoso por sus victorias contra los infieles. Y por cierto que en la relacion del historiador árabe granadino Ibn Assairafi (182) es donde se hallan las noticias mas minuciosas é importantes sobre la memorable expedicion que hizo aquel soberano á este reino de Granada para socorrer á los cristianos que en él habia, sacando del cautiverio á millares de familias mozárabes. Por diversos documentos tenemos noticia de la miserable suerte que cupo á los cristianos que no pudieron seguir á sus hermanos en aquella famosa salida, constando que en venganza fueron robados los mas, muertos muchos, metidos otros en perpetua prision ó deportados al Africa; iniquidad que algunos siglos despues vengó la Providencia en los descendientes de aquellos Moros, castigados por los nuestros con semejante dureza. Pero todavia no tenemos los datos suficientes sobre tan terrible catástrofe, y es de esperar que estos se encuentren en los autores arábigos, pues los nuestros solo nos dan alguna ligera y oscura noticia por este estilo.— «Era MCXLIV. fué la hueste de Málaga, cuando exieron los Mozárabes de Málaga.» (183).

El espíritu religioso de nuestros cruzados y caballeros de las órdenes militares no pasó desapercibido para los historiadores arábigos. Uno de ellos, al relatar la expedicion de D. Alfonso el Batallador, dice que este rey partió para Andalucia á la cabeza de cuatro mil caballeros cristianos, seguidos de sus gentes de armas, y que todos ellos habian

jurado sobre los Evangelios no abandonarse jamás los unos á los otros (184). El autor del Carthas, al hacer mençion de un cuerpo escogido de diez mil caballeros cristianos que formaban la vanguardia de la hueste de D. Alfonso el VIII en la jornada de Alarcos, refiere que sus obispos los habian bendecido y purificado con el agua bendita, y todos habian jurado *por la Cruz* no volver á sus hogares sin haber exterminado á los muslimes (185). El mismo historiador, al referir la expedicion de las Navas de Tolosa, dice que acudieron á juntarse con el rey Alfonso, además de otros príncipes cristianos con sus escuadrones, los *Siervos de Santa María* poseidos de su fervor pagano (186).

Los mismos escritores árabes, haciendo justicia al sentimiento religioso de nuestros Españoles, refieren con loable sencillez y sinceridad un prodigio de que ellos fueron testigos, obrado por el cielo en pró de aquella cristiandad y que debió causarles gran impresion de asombro. Abdelwáhid el Marroquí en su historia de los Almohades (187), cuenta que sitiada la plaza de Huete por el emir de aquella dinastia Abu Yacub (año 567—1171), iba ya á rendirse por falta de agua, cuando los sitiadores oyeron cierta noche un ruido extraordinario dentro de la poblacion. Era que sus sacerdotes y monjes habian salido en procesion con los Evangelios y hacian rogativas, á las cuales el pueblo respondia: *amen*. De repente sobrevino una lluvia tan copiosa, como si saliera de la boca de odres que se vaciasen, y llenó todos los aljibes del castillo, por lo cual no pudo tomarle el caudillo musulman. Testimonio por cierto de grande importancia que confirma la relacion que hacen nuestros historiadores de este memorable suceso, añadiendo que el aguacero no solo surtió la plaza, sino que arrasó las

estancias de los Moros (188). Sin la confirmacion del autor árabe tal vez los críticos excépticos que tanto han perjudicado á la verdad histórica, negándola osadamente cuando no se ajustaba á sus estrechas miras, tacharian de credulidad la mencionada relacion de nuestros cronistas; pero Dios ha permitido que el prodigio se verificase ante los ojos de los infieles, y que estos, llevados de un sentimiento de veracidad propio de los Arabes, no dudasen confesarle, aunque fuese para su propia confusion. Y para no dilatarme, solo añadiré un hecho mas entre los muchos ilustres y memorables que constan en los mismos autores como llevados á cabo por nuestros Españoles cristianos inspirados por el sentimiento religioso. Por los historiadores musulmanes, y solo por ellos, consta aquella famosa expedicion de los doce mil caballeros que envió al Africa San Fernando en auxilio del emir de los Almohades Almamun (año 626—1228), pero con el pensamiento bien claro de que esto redundase en mayor provecho y creces del cristianismo; pues no solo se pactó el que aquellos cristianos pudiesen fundar en Marruecos iglesias para el ejercicio de su religion adonde pudiesen acudir al toque de campanas tan odiado por los Moros, sino que fuese permitido á cualquier musulman convertirse á nuestra creencia, siendo por el contrario devuelto á los Españoles para ser castigado cualquiera de estos que osase apostatar (189). La idea, pues, de San Fernando fué que aquella colonia cristiana propagase entre la morisma su fé, y contribuyese por su parte al fruto que nuestros misioneros lograban muy sazonado en aquellas regiones, preparando juntamente su conquista por España. Los pactos hechos entre el rey de Castilla y el emir de los Almohades se cumplieron ciertamente. Consta por el Car-

thas que habiendo entrado Almamun en la ciudad de Marruecos (año 627—1229) con la ayuda de aquellos cristianos, les mostró su aficion hasta el punto de que subiendo al mimbar en la aljama, delante de la córte y el pueblo maldijo á Almahdi, fundador de la secta Almohade, y añadió: «No hay otro Mahdi (es decir, otro Mesias) sino Jesus hijo de Maria; la salud sea con él.» (190). Estableciéronse nuestros caballeros cristianos en un arrabal de Marruecos, que segun consta por otros documentos se llamaba *Elbora* (191), en donde fundaron templos y alcanzaron grande influencia, protegidos sin duda despues de la muerte de Almamun por su viuda la sultana Hobab, cristiana y española, mujer, como dice el Carthas, distinguida y dotada de grande inteligencia (192). Dentro de poco al hablar de las hazañas ejecutadas por el esfuerzo español en Africa, daremos mas noticias de aquellos cristianos y de los que habitaron en Fez y sobre todo en Tremecen, al servicio de los reyes Zayyanitas.

El espíritu de independencia, el valor y dignidad propios de nuestra raza y nacion, se manifiestan con igual brillo y se ilustran con nuevos é interesantes datos por los historiadores árabes. Segun ellos, cuando Muza acometió y cercó en Ceuta al conde D. Julian, reinando en España Witiza, probó que los soldados españoles que la guarnecian y que se defendieron valerosamente, eran mas fuertes y esforzados que los demás pueblos con quienes habia combatido hasta entonces (193). El mismo Rodrigo, que despues se apoderó del reino, era segun los autores árabes un valiente capitan, y solo la traicion de D. Julian y los hijos de Witiza le hizo sucumbir en el Guadalete al cabo de siete dias de pelea (194). En varios encuentros y combates que acaecieron

en aquel tiempo, como en la batalla de Ecija, los Moros perdieron mucha gente y compraron bien cara la victoria. En la provincia de Málaga, despues que se perdió la capital, los cristianos se refugiaron á las montañas, excusando por largo tiempo el someterse á los vencedores, y en otras partes como en Córdoba, Elvira, Sidonia, Sevilla, Carmona, Mérida y Béja se resistieron denodadamente hasta el último trance. Los de Córdoba se sostuvieron tres meses fortificados en la iglesia de San Acisclo; los de Sevilla se rindieron despues de un largo sitio; pero despues reforzados por los de Niebla y Béja, se levantaron, expulsaron la guarnicion musulmana, y segun Annowairi, la exterminaron, siendo preciso que un ejército acaudillado por Abdalaziz, hijo de Muza, la conquistase nuevamente. Los de Mérida salieron esforzadamente contra los muslimes, y vencidos por un ardid de su general Muza, se recogieron al abrigo de sus fuertes muros, donde se resistieron muchos meses y defendieron con tal brio una torre, haciendo tan horrible matanza en los sitiadores, que aquel baluarte llevó desde entonces el nombre de *Borg axxohadá*, ó torre de los Mártires (195). Los de Toledo se vieron obligados á huir por la traicion de los Judios, que abrieron las puertas á los musulmanes, y acometidos despues en un monte donde se habian hecho fuertes, se defendieron con gran valor hasta que les fué forzoso rendirse Y aunque muchos de ellos fueron pasados á cuchillo por los vencedores, todavia los que escaparon de la matanza y se establecieron en la ciudad, vivieron, como antes queda dicho, en continua rebelion (196).

Por los mismos autores tenemos noticias curiosas é interesantes del valor y heroismo con que el insigne Teodomiro

en el reino de Murcia, en virtud del famoso tratado de Orihuela (197), y Pelayo en Asturias (198), fundaron dos reinos y emprendieron animosamente la obra de la restauracion de España, aunque no con igual fortuna. En los tiempos siguientes los Moros continuaron probando el esfuerzo de nuestros Españoles, y así lo atestiguan sus cronistas, diciendo que desde que la España fué conquistada por los musulmanes, esta region de ultramar ha sido siempre una frontera de su imperio, el teatro de sus guerras santas, un campo de martirio, una puerta de felicidad eterna para sus soldados; que los establecimientos musulmanes en este pais estaban constantemente sobre un horno encendido, metidos entre las garras y los dientes de los leones de la infidelidad (199). Por las noticias de los autores árabes se explica mas y mas el rápido progreso que tuvo la restauracion de la España cristiana casi desde los primeros tiempos por el heroismo de sus capitanes y hombres de guerra y por los sentimientos de independencia y de religion que no se extinguieron en el corazon de los descendientes de los antiguos cristianos españoles. Pues no solamente los cristianos sujetos al dominio musulman, sino hasta los ya islamizados que vivian en la raya y frontera y aun tierra adentro, cuando por cualquier evento quedaban aquellos pueblos menos guarnecidos, no perdian la ocasion de alzarse, volviendo al punto á la religion cristiana y á la obediencia á los reyes de Castilla y Leon, herederos de la monarquia goda (200).

Los escritores árabes pintan á nuestros cristianos de aquellos tiempos tan exclusivamente ocupados en las faenas militares y en guerrear por la libertad y acrecentamiento de su nacion, que no se curaban de la menor cultu-

ra ni regalo, y hacian una vida áspera, laboriosa, pobre y ruda hasta la ignorancia y el desaliño. «En la tierra de los Gallegos (es decir, en la España cristiana), dice un autor árabe (201), hay pueblos sin número y ciudades grandes y alquerias muy pobladas, y domina sobre su gente la ignorancia y la necedad. Acostumbran vestirse con ropa sucia y no lavarla jamás hasta que se pone vieja, y en sus usos y costumbres son como las bestias.» Pintura exagerada, pero que conviene con lo que dicen nuestras crónicas del trato grosero é inculto que se daban los reyes de Leon, y de los caballeros cristianos fronterizos, que dispuestos siempre á rechazar los rebatos de los Moros, vivian en una misma estancia con sus mujeres y sus caballos. Un historiador árabe llama á los Gallegos y Castellanos pueblo dotado de fortaleza en el corazon y de hermosura en el rostro, que guerreaba de continuo á los muslimes (202); é Ibn Jaldun dice que eran los mas fuertes y numerosos entre los Francos occidentales. A aquellos cristianos se puede aplicar con mas razon lo que al fin del siglo XIII decia de los nuestros un poeta árabe: *que sus espadas vengadoras jamás dormian en sus vainas* (203).

Igualmente se hace mencion distinguida en los escritores árabes de los capitanes y héroes cristianos y de los hechos ilustres que ejecutaron en la guerra contra los Moros, como de los Fernan Gonzalez, Sancho Garcia, Alfonso VI el conquistador de Toledo, Rodrigo el Campeador, Alvar Fañez, Guzman el Bueno, y otros muchos; por donde se comprueba que sus proezas no son fabulosas ni exageradas por el espíritu patrio de nuestros tradicionistas é historiadores. La importancia de los documentos históricos suministrados por los Arabes se manifiesta muy señaladamente en lo to-

cante á nuestro mas famoso héroe el *Cid Rodrigo de Vivar*, cuyos inmortales hechos se han fijado y esclarecido por el testimonio evidente y nada parcial de aquellos autores, con tanta mayor gloria para nosotros cuanto mayor ha sido el empeño que han puesto en arrebatárnosla críticos excépticos ó enemigos de nuestros lauros nacionales. Pero ya con el testimonio concorde de muchos autores arábigos aparece en todo su brillo y grandeza la figura de Rodrigo el Campeador llamado por nuestros Moros السيد, *el Cid*, ó el Señor; y si bien su pasion procuró pintarle con rasgos odiosos, como de quien tanto sufrió la morisma, hacen forzosa justicia á sus grandes cualidades y ponen de manifiesto sus extraordinarias proezas, como la conquista de Valencia, la sumision de los régulos moros de casi toda la parte oriental de España, y las continuas victorias y triunfos que alcanzó con igual fortuna contra sus enemigos moros y cristianos. Segun el retrato que de él nos ha dejado un autor árabe casi de su tiempo: «un perro gallego castellano, llamado *Rodrigo* y por sobrenombre *el Campeador* الكنبيطور, hombre diestro para cautivar, conquistar y aniquilar á sus enemigos, habia militado algun tiempo al servicio del rey moro de Zaragoza Ahmed ben Hud; pero despues revolvió sus armas contra los muslimes con tal brio y ventura que se hizo dueño de Valencia (487—1094), y su poder fué siempre en aumento hasta que oprimió las regiones altas y las bajas, y atemorizó á los nobles y á los plebeyos hasta el punto de que habiéndole oido decir: «Si por un Rodrigo se perdió España, por otro será conquistada,» estas palabras helaron de espanto los corazones de los musulmanes, creyendo que sus amenazas no tardarian en cumplirse.» «Sin embargo, añade el autor árabe, este hom-

bre, el azote de su siglo, fué por su amor á la gloria, por la prudente firmeza de su carácter, y por su valor heróico, una de las maravillas del Señor. La victoria siguió siempre las banderas de Rodrigo (á quien Dios maldiga); triunfó en diferentes trances de los príncipes de los infieles, como García el de la boca torcida (204), el conde de Barcelona y el rey Ibn Radmir (de Aragon), ahuyentando sus huestes y con pequeño número de guerreros derrotó sus formidables escuadrones.» (205).

Tambien es curioso el ver en los historiadores árabes el aprecio y estimacion que los príncipes y caudillos muslimes hicieron en repetidas ocasiones del valor de nuestros caballeros cristianos, ya alistándolos con distincion en sus ejércitos y honrándolos mucho, como lo hicieron el hagib Almanzor y el general Ghálib Annasseri (206), ó llamando en su auxilio escuadrones y huestes enteras de ellos, como los emires Suleiman y Almahdi durante la guerra civil de principios del siglo XI, llamaron en su favor, aquel al conde de Castilla D. Sancho Garcia, y este á los de Barcelona y Urgel, Raimundo y Armengol, de cuyas expediciones y hazañas que en ellas llevaron á cabo hablan detenidamente los autores árabes y los nuestros muy concisamente (207). Abderrahman IV Almortadha, uno de los últimos califas Umeyyas, habiendo impetrado el auxilio del conde Raimundo de Barcelona, escribió al emir de Granada Zawi una carta amenazadora en que le decia: «Yo marcho contra tí acompañado de una muchedumbre de cristianos y de todos los valientes de Andalucia.» (208). El rey de Granada Abdallah ben Bolloquin tenia á su servicio un cuerpo de caballeros cristianos que custodiaban su persona (209). Los Benu Hud, reyes de Zaragoza, se servian con preferencia

de cristianos, los cuales durante un siglo formaron la flor de sus ejércitos, y con su auxilio Ahmed Almostain, el penúltimo de aquellos emires, logró sostenerse y librar á Zaragoza del Almoravide Yusuf (210). Los mismos Almoravides, á pesar de su fanatismo, se vieron obligados á emplear el valor de la milicia cristiana. Alí, uno de ellos, alistó en sus huestes muchos Mozárabes y tomó á sueldo muchos caballeros de Cataluña, Galicia y otras partes, que le prestaron grandes servicios así como tambien á su sucesor Taxefin, y cuyos hechos referidos por el autor del *Holal almauxia*, historiador de aquella dinastia, y por Ibn Jaldun, completan las noticias que sobre los mismos sucesos se hallan en la crónica latina del Emperador D. Alfonso el VII. Consta por el autor del *Holal* (211), que Alí tenia una guardia, ó por mejor decir, un ejército escogido de cuatro mil caballeros cristianos españoles, los cuales conducidos al Africa por su hijo Abu Ishac Ibrahim, se hallaron en la batalla de Tremecen, año 1144, y combatieron en muchas ocasiones contra los enemigos de los Almoravides, aunque no pudieron sostener su imperio ya ruinoso. El caudillo de aquella gente cristiana era un caballero catalan muy noble y esforzado llamado *Reberter* (212), el cual muerto Alí, siguió prestando sus servicios á su hijo y sucesor Taxefin, uniéndose con los Beni Abdelwadi y Beni Ilumi contra los Almohades, y habiéndose puesto en campaña con sus caballeros, acababa de hacer una presa considerable cuando fué acometido y muerto con todos los suyos por un ejército de sus enemigos y su cadáver clavado en una cruz, año 1144 (213). A Reberter sucedió en el mismo cargo de alcaide de la milicia cristiana, un hijo suyo llamado Alí, cuyo nombre árabe no es motivo bastante para suponer que

apostatase de nuestra religion, pues en Córdoba hasta los prelados y magnates cristianos habian tomado nombres en la lengua de sus señores (214). Este Alí ben Reberter (215), derrocado el imperio Almoravide por sus adversarios los Almohades, corrió grandes riesgos y aventuras en España y Africa, mezclándose en las disenciones que andaban entre los principales musulmanes. Estando al servicio del emir de los Almohades Yusuf ben Abdelmumen, fué preso en Mallorca, adonde habia ido con una mision secreta de aquel soberano; pero urdiendo una conspiracion con los esclavos cristianos de aquella isla, á quienes prometió la libertad si le ayudaban en su intento, se apoderó de la ciudadela, libró á un hermano del señor de Mallorca que estaba tambien preso por su aficion á los Almohades, y con él se pasó al Africa, en donde fué muerto combatiendo por su señor Yusuf contra Alí ben Ghania en 1186 (216). El resto de aquella mil'cia cristiana parece que debió seguir al servicio de los Almohades que, como veremos despues por otros hechos, hicieron mucha estimacion de tal linaje de tropas.

Desde que los Almoravides llevaron al Africa escuadrones cristianos, no faltó seguramente en aquellas regiones tal linaje de gente, distinguiéndose, en medio de algunos desórdenes propios de aventureros, por su valor y espíritu religioso, y no olvidando nunca del todo los intereses de su raza. Los hubo, como ya se dijo, establecidos en diferentes puntos de Africa, siendo en parte cuerpos alistados por los emires de aquellas regiones, (los cuales, segun Ibn Jaldun (217), gustaban de servirse de tales soldados cristianos, porque estos permanecian firmes mientras huian los Bereberes), y en parte bandas de refugiados y aventureros

que allí pasaban á ampararse y buscar fortuna. Por los años de 1228 los cristianos que militaban en Africa fueron reforzados con los doce mil caballeros que llevó consigo Almamun y que le prestaron grande auxilio, como tambien á su hijo y sucesor Arraxid, ejecutando allí tantas proezas en obsequio de aquellos emires y en honor de su nacion, como que quitaban y ponian reyes á su antojo y campaban por su respeto (218). Segun el Carthas, el caudillo de aquellos cristianos se llamaba *Faro Casil* (219), que acaso es corrupcion de Haro de Castilla; pero veinte años despues consta por Ibn Jaldun (220), que el capitan cristiano se llamaba el *Hermano del Conde*, y fué muerto en una batalla peleando por el sultan almohade de Marruecos que lo era Assaid, contra el rey de Tremecen Yogmarasan, año 646—1248. Mas adelante por los años de 1257 era alcaide de la milicia cristiana y de la guardia del califa un caballero llamado D. Lope, el cual fué muerto por mandato de aquel emir por haberse portado en una expedicion con menos diligencia y subordinacion de la que convenia, malogrando la empresa (221). Consta, en fin, que Abu Dabbús, último emir de los Almohades, tenia á su servicio razonable número de caballeros cristianos por los años 1266 á 1268, los cuales combatieron por él contra los Benimerines, aunque no pudieron sostener aquella dinastía é imperios ya del todo caducos (222).

Por el mismo tiempo otro escuadron de cristianos militaba en Tremecen al servicio de los Zayyanitas. Habia alistado estos guerreros el famoso príncipe Yogmarasan, fundador del reino y dinastía Zayyanita, cuando subió al trono en 1235, organizando un cuerpo de lanceros cristianos, que por su mayor parte debieron ser Españoles, co-

mo todos los demás que militaron bajo estas dinastías africanas, componiéndose aquel cuerpo de dos mil caballeros (223). Además, segun lo refiere Ibn Jaldun, despues de la muerte del califa almohade Assaid y derrota de su nacion, el mismo Yogmarasan, animado por el deseo de acrecentar sus huestes y la pompa de los espectáculos militares, tomó á su servicio el cuerpo de tropas cristianas que habia hecho parte de los ejércitos de que acababa de triunfar. Estos guerreros que vivian con toda independencia y que sin duda miraban á los Moros como gente baladí y de menos valor, se arrogaron grande autoridad, y por usar de las palabras de Ibn Jaldun, abusando del favor que les dispensaba el nuevo señor, comenzaron á hacerse los amos en Tremecen, y en 652—1254 llegaron al extremo de atentar contra la vida de Yogmarasan, al cual quiso matar el caudillo de aquella gente. Por las palabras del historiador africano se colige que los cristianos no fueron tan culpables, sino que fueron seducidos por un hermano del sultan que queria reemplazarle en el trono; pero ello es que la guarnicion mora y el populacho castigaron terriblemente á la gente cristiana, dándoles una batida como á fieras y haciendo en ellos horrible matanza (224). Pero á pesar de tal exterminio y de la desconfianza con que el gobierno de Tremecen miró desde entonces tales tropas, consta que las conservó por mucho tiempo. En 1271 la milicia cristiana se halló al servicio del rey Yogmarasan en la batalla de Isli, en que los Zayyanitas fueron vencidos por el número muy superior de sus adversarios los Benimerines; pero el escuadron cristiano, dice Ibn Jaldun, animado por la presencia del sultan Yogmarasan, se mantuvo firme y se dejó pulverizar en el molino de la guerra, cayendo prisionero su

alcaide llamado *Birnabas* (225). Tambien se infiere de un discurso de Abu Zayyan, nieto de Yogmarasan, citado por el mismo Ibn Jaldun, que á principios del siglo XIV aun quedaban cristianos en Tremecen (226).

Aunque muchos de los cristianos que habian militado á las órdenes de los Almohades se pasaron á los Zayyanitas, despues de la caida de aquel imperio, una porcion considerable de ellos ofreció sus servicios á los Benimerines, y se establecieron en un arrabal de la capital llamado *Almalah*, cerca de la poblacion de la Nueva Fez. Bajo esta dinastia de los Benimerines el caudillo de la milicia cristiana era todavia un personaje de gran cuenta, como en otro tiempo bajo los Almohades. Por los años de 1309 consta por Ibn Jaldun (227), y el autor del Carthas (228), que desempeñaba aquel cargo cierto *Gonzalo*, sin duda el *Gonzalo Sanchez de Troncones* de nuestras crónicas (229), teniendo bajo su mano no solo su propio escuadron sino todo el ejército, y ejerciendo grande influencia en las revueltas políticas de aquel imperio. En 1361 capitaneaba á aquellos cristianos un caballero llamado *Garcia hijo de Anton*, ó *Garcia Antunez*, que debia ser persona de gran esfuerzo y autoridad, pues con su ayuda el príncipe Omar ben Abdallah se apoderó del gobierno, destronando al sultan Abu Salim y poniendo en su lugar sobre el trono á un fantasma de soberano llamado Taxefin ben Abilhasan. Menos dichoso fué este Garcia Antunez en otra intriga en que tomó parte; pues habiéndose apercibido Omar ben Abdallah de que tramaba contra él en favor de otro magnate, le mandó aprisionar, hallándose dentro del alcázar, adonde habia ido con un tropel de sus caballeros con intencion de dar el golpe. Cuando Omar le mandó prender, Garcia soltó la carcajada con descaro y metió mano á

su acero para defenderse; pero arrojándose sobre él los soldados Benimerines, le mataron, y con él á todos los cristianos que se hallaban en el palacio; ejecucion que no pudo cumplirse sino despues de un combate reñido y sangriento en que los cristianos dejaron bien vengadas sus muertes. Entonces la chusma popular empezó á matar á todos los cristianos que encontró por las calles de la ciudad, persiguiéndolos hasta el Malah, donde se refugiaron, con intencion de no dejar uno con vida; pero los príncipes de los Benimerines que estimaban mucho aquella milicia, acudieron en persona á defenderla y á evitarla, como observa el mismo Ibn Jaldun, la desdicha de ser vencida por la canalla. En este conflicto perdieron los cristianos casi todo su ajuar y dinero, pero se vengaron degollando á muchos Moros que hallaron embriagados por las calles del Malah (230). Estas curiosas noticias esclarecen las referencias que sobre asunto tan interesante se hallan en nuestras crónicas (231), y por ellas se comprenderá mejor lo que estas dicen sobre las proezas ejecutadas en aquella region por Guzman el Bueno al servicio de los mismos Benimerines. Los reyes de Granada estimaron mucho tambien á nuestros caballeros cristianos, tuvieron una guardia de ellos en su alcázar y repetidas veces los hicieron intervenir en sus disenciones civiles (232).

IV.

Además de estos relatos que tanto honor hacen al espíritu y altas cualidades de los cristianos españoles, los autores árabes dan otras muchas noticias sobre su historia política que son de grandísimo interés, sobre todo en las primeras épocas en que faltan documentos de autores cristianos, ó son tan confusos é incompletos que producen mas tinieblas y dudas que luz y evidencia. No nos detendremos en enumerar los puntos y sucesos de nuestra historia que por ellos ó se conocen por primera vez, ó ya pueden apreciarse en su justo valor, aclarándose dudas, llenándose vacios, resolviéndose dificultades, y decidiéndose en fin sobre la verdad de los hechos. Solamente, y para concluir, haremos algunas indicaciones, señalando la indagacion de muchos puntos nuevos ó poco conocidos de la historia nacional, como blanco adonde deben dirigir sus trabajos personas mas doctas y competentes con indudable gloria suya y provecho de nuestros estudios históricos. Es innegable que desde tiempos remotos ya nuestra historia empieza á recibir luz con los documentos arábigos, y que en ellos se encuentran con respecto á la España antigua no pocos datos y noticias apreciables, bebidos en fuentes y originales mas

próximos á los sucesos que refieren y perdidos despues, como crónicas, tradiciones orales conservadas por los cristianos y judios que habian permanecido entre los Moros, y muchos vestigios y monumentos que existian por todas partes en los primeros tiempos de su dominacion en la Península. Así es como los historiadores y geógrafos árabes nos dan noticias curiosas sobre las naciones y razas establecidas desde los tiempos antiguos en España, sus caracteres, costumbres, instituciones, obras artísticas, ciudades y pueblos, fijando el asiento de muchos que despues han desaparecido ó cambiado sus nombres (233), y relatan los principales acontecimientos de nuestra historia hasta la caida de la monarquia goda y formacion de nuestra nacionalidad, compuesta de la fusion de los elementos celtibérico, fenicio, romano, griego y gótico (234). Debe advertirse que tales noticias se hallan mezcladas con fábulas y errores, y que no son todavia muy numerosas por no haberse consultado suficientes documentos de este género ; pero el completar tales datos y aquilatarlos es tarea que compete á la laboriosidad y buena crítica de los aficionados al estudio de nuestra historia.

Desde el establecimiento en nuestro suelo de los Godos estas noticias son mas claras y apreciables , y ellas nos ilustran sobre las conquistas de aquellos reyes en Africa, cuyo señorio es el antiguo sueño de nuestra política, y sobre las causas que facilitaron á los Arabes el apoderarse de España. Los escritores árabes no nos permiten ya duda alguna acerca de la existencia del conde D. Julian, señor de Algeciras, Ceuta y Tánger, cuya venganza precipitó la ruina del estragado y carcomido imperio gótico (235); presentándonos tambien en la pompa y lujo des-

lumbrador que ostentó en Guadalete el rey Rodrigo y en la traicion de los hijos de Witiza, que mandaban las dos alas del ejército cristiano; las señales de la corrupcion y de la disolucion de los partidos que trabajaba interiormente aquella nacion y estado (236). La formacion de los nuevos reinos cristianos españoles, y sobre todo el de Asturias por el ínclito Pelayo, los pasos por donde caminaron desde principios humildes á su grandeza y poderio, los progresos ya lentos ya rápidos de sus armas, el heroismo del mayor número de los cristianos así como la flaqueza y deslealtad de algunos pocos, las discordias intestinas con que ayudaron á sus enemigos y retardaron su restauracion, las alianzas y relaciones que tuvieron con los musulmanes, la grandeza de la lucha que sostuvieron por su independencia con sus fuertes y belicosos contrarios, el abatimiento y aun desmayo que se apoderó de ellos en la época del terrible Almanzor, así como su preponderancia en los posteriores tiempos en que impusieron tributo y sometieron á vasallaje á sus antiguos vencedores; en fin, muchos curiosos hechos de nuestros reyes, capitanes y pueblos, y aun los sucesos interiores de la España cristiana: todo esto se halla referido por los historiadores árabes mas ó menos minuciosa é imparcialmente y con noticias que no constan por las fuentes y documentos escritos en latin ó castellano. ¡Qué bien pinta Ibn Jaldun, testigo en verdad no sospechoso, la sumision á que habian llegado nuestros musulmanes á principios del siglo XIV, cuando cuenta que en cierta ocasion el rey Don Sancho el Bravo, á quien llama *el soberano de una gran nacion*, dijo á los mensajeros del rey de Granada Ibn Alahmar: «Vosotros sois los esclavos de mis padres y no teneis derecho para tratar conmigo de paz ni guerra!» (237). El

mismo historiador confirma lo que cuentan nuestras crónicas sobre el socorro que impetró D. Alfonso el Sabio del emir africano Abu Yusuf, obteniendo de él un préstamo de cien mil doblas de oro, y dándole en prenda su real corona; y como no hubiese podido pagar la deuda, se conservó aquella joya en el palacio de los Benimerines, formando uno de los títulos de gloria (son sus palabras) de que se mostraba envanecida la descendencia de aquel sultan (238). Tambien confirma Ibn Jaldun la memoria aborrecible que dejó el rey D. Pedro de Castilla, diciendo que este monarca «abrumó con su crueldad la nacion y con su tirania se hizo odioso á sus súbditos.» (239).

Pero el buscar en los escritores árabes estas y otras importantes noticias, así históricas como geográficas, el compararlas con los documentos cristianos y fijar la verdad de los hechos, es tarea larga, reservada á la pericia y el trabajo de los que por amor á la patria ó al saber deseen que España tenga unos anales los mas ricos que sea posible en la parte de la edad media y se reconstruya así el edificio de la historia nacional. Mucho se ha adelantado ya en esta honrosa empresa por varones tan ilustrados é insignes como los Casiri (240), Conde (241), Gayangos (242), y Estebanez Calderon (243) en España; los Moura (244), Dozy (245) y d' Slane (246) en el extranjero; pero aun queda mucho por hacer, ya desvaneciendo los errores cometidos por los que han allanado este dificil camino, ya haciendo nuevos descubrimientos en los diferentes puntos y periodos que abarcan los vastos anales arábigo-españoles; ya en fin proporcionando con la publicacion y exámen crítico de los documentos árabes originales materiales copiosos para la historia de nuestra patria desde la dominacion

gótica hasta fin del siglo XV, así en lo religioso, político y militar como en lo artístico y literario. Como terreno rico, ameno y poco esquilmado aun, ofrece copioso y estimable fruto á sus cultivadores.

Creo haber demostrado en este largo é incorrecto discurso: 1.° Que los Arabes, especialmente los españoles, han cultivado con provecho y autoridad los estudios históricos, compensando sus defectos con sobresalientes ventajas. 2.° Que el cuadro histórico de la España sarracena que se deduce de los documentos árabes, tiene tambien para nosotros notable interés, presentándonos el espectáculo curioso del imperio y civilizacion realizados por los muslimes en nuestra península, no sin graves males é inconvenientes, pero al par con gran brillo y adelanto para aquellos tiempos. 3.° Que los autores árabes nos han dejado importantes noticias sobre la España cristiana, pintándola con los caracteres propios de su raza y cultura y no encubriendo sus glorias y grandezas; pudiendo sacarse del cotejo de las dos Españas, una brillante y próspera, pero sin progreso ni porvenir, y otra todavia ruda y atribulada, pero con grandes gérmenes de vida y engrandecimiento, lecciones útiles para los que estudian la suerte de los pueblos y los destinos de la humanidad en su desenvolvimiento histórico. 4.° Que el ilustrar nuestra historia con los documentos arábigos es una empresa intentada ya con provecho, pero no terminada aun, y digna de ejercitar todavia por mucho tiempo el ingenio y laboriosidad de nuestros arabistas y críticos.

Como profesor de Arabe en esta Universidad, he creido que al ser recibido en ella, debia señalar y recomendar una de las principales aplicaciones que tiene el estudio de

esta lengua rica, sonora, elegante y depositaria de grandes tesoros y monumentos literarios. Si es importante el estudio de la filologia para la historia oriental, porque él nos ayuda eficazmente á conocer el oscuro origen de aquellos pueblos y razas, de sus instituciones, costumbres y monumentos, mas conveniente todavia, mas indispensable es para nosotros el cultivo de la lengua arábiga. Debo pues recomendar el estudio gramatical y profundo de este idioma, sin el cual no es posible entender ni los autores arábigos, de cuyo estudio superficial han resultado graves errores, ni tampoco las antiguas crónicas latinas y castellanas, ni nuestra nomenclatura histórica y geográfica, plagado como está todo ello de palabras y locuciones árabes. La necesidad de tales estudios reconocida por nuestros mas ilustrados monarcas, como D. Alfonso el Sabio que creó en Sevilla enseñanza pública de aquella lengua, y como Fernando VI y Cárlos III, que llamaron del Oriente Siro-Maronitas que estudiasen los documentos arábigos de nuestra historia, es mayor, mas obligatoria y apremiante hoy que floreciendo en el resto de la Europa el cultivo de todos los ramos de la literatura, debemos los Españoles encargarnos con noble emulacion de la parte que mas nos interesa, y no consentir que hagan los extranjeros, como ya lo van haciendo, y por cierto meritoriamente, lo que á nosotros corresponde. Especialmente en esta morisca ciudad de Granada yo me lisonjeo que este bello y fructuoso estudio ha de tener cada dia mayor número de adeptos y ha de brillar mas y mas la escuela árabe que en ella florece, dando ya útiles resultados para nuestra historia y epigrafía en la época musulmana (247). No pueden consentir los hijos de este hermoso pais, dotados por la naturaleza con grandes ingenios, el

que sean mudas para ellos esas elegantes leyendas que adornan los muros de los antiguos alcázares arábigos, indescifrables las inscripciones que se hallan cada en lápidas, monedas y otros monumentos; y que, en fin, queden sepultados en la ignorancia y el olvido las poéticas é interesantes memorias, los bellos y grandiosos vestigios que nos rodean por todas partes y que indican la estancia de un pueblo poderoso y civilizador, que enamorado de las bellezas naturales de Granada, la ofreció en reverente homenaje y rendidos despojos las portentosas maravillas de sus artes.

Hé dicho.

Granada y Mayo de 1862.

NOTAS.

NOTAS.

(1) El P. Mariana: *Hist. gen. de Esp.* l. XII. c 18.

(2) *Alcorán*: sura VIII, aleya ó vers. 17.

(3) Idem: sura XIV, al. 4.

(4) Idem: sura XVIII, al. 23.

(5) Almaccari, ed. de Leiden, I, 154, 155. — Ibn Alwardi, cod. M. S. del Escorial. — *Bayan Almogrib.* ed. Dozy, pte. II, p. 4 y 5. — De los autores árabes lo tomó la *Crónica general*, pte. II, c. LV. f. 200, ed. 1541.

(6) En los Prolegómenos á su *Historia universal*, texto publ. por Sacy, *Chrest. árab.* I, 119, y trad. 371.

(7) V. mis *Leyendas históricas árabes*, (Madrid, 1858), 354, 359 y alibi.—Ibn Jaldun, loc. cit.

(8) Véanse las pomposas relaciones de esta batalla por los historiadores árabes en la obra de Mr. Dozy: *Script. Arab. loci de Abbadidis*, II, 22 y sig., 37 y sig., 133 y sig. 193 y sig., 236 y sig.

(9) En los citados *Prolegómenos*; Sacy, ib. p. 133 del texto y 385 de la traduccion.

(10) Dozy, en la introduccion á su ed. del *Bayan Almogrib*, p. 18 y 19.

(11) Título de una obra histórica de Casim ben Asbag, que escribió bajo el califato de Abderrahman III.

(12) *Mozárabes* eran los Españoles cristianos sometidos al dominio musulman, y *Muladies* los Españoles convertidos al islamismo ó renegados.

(13) Dozy, ib. p. 19 y 20.

(14) Renan, *Hist. gener. des langues semit.* pte. I, l. I, c. 1.° l. V. c. 2.°

(15) Alcorán, sura IV, al. 1.

(16) Idem, sura XXXIII, al. 72.

(17) Idem, sura X, al. 20.

(18) Idem, sura II, al. 209 etc.

(19) Idem, sura XXIX, al. 45; sura LXII, al. 29 etc.

(20) Idem, sura CXII, al. 3 y 4.

(21) Véanse las obras legales de Ibn Hazm, Averroes, etc.

(22) Almaccari, I, 228.

(23) Almaccari, I, 291, II, 696. — El *Carthas*, p. 159 y 181 del texto arábigo, ed. Tornberg.

(24) El Carthas, p. 187.

(25) Véase á este propósito Almaccari, II, 118 y sig.— Dozy, *Introd. al Bayan Alm.* 20, 21, etc.

(26) Véase á Almaccari, t. I, *passim*, etc.

(27) Hachi Jalifa: *Lex. bibl. encycl.*, I, 75 y sig.

(28) Dozy, *loc. cit.*, 10 y 11. Además, he tenido á la vista un MS. de esta obra árabe que posee el Excmo. Sr. D. Serafin E. Calderon.

(29) Dozy, ib. 29 y 30.

(30) Id. ib. p. 64.

(31) Id. ib. p. 73.

(32) Almaccari, I, 87.

(33) Ibn Hayyan, citado por Almaccari, I, 172.

(34) En la *Mocaddama* ó Prolegómenos á su *Hist. univ.* Ibn Jaldun trata con sabiduria y buen juicio acerca de la excelencia de las ciencias históricas, de los principios y reglas á que deben sujetarse, de los yerros en que suelen caer los historiadores y de las causas que los producen. Tan interesante exposicion véase en la *Chrest. Arab.* de Sacy, p. 118 y sig. del texto árab., 370 y sig. de la trad. franc. y las notas p. 391 á 392.

(35) D' Slane, en su Prólogo á la trad. de la *Historia de los Bereberes* por Ibn Jaldun, t. I, p. II y III.

(36) Ibn Jaldun en sus *Prolegómenos* apud Sacy, *Anth. gram. árab.* p. 184 del texto y 429 de la trad., p. 445, nota 2.ª

(37) Véase al mismo Ibn Jaldun en su *Autobiografia.* — D' Slane, *Hist. des Berb.*, I, p. XLIV. — Dozy, *Recherches sur l' hist. et la litt. des Arabes d' Espagne*, 2 ed., I, 332.

(38) *Lexicon bibl. enc.*, II, 96.

(39) Para mejor apreciar el progreso que alcanzaron los estudios históricos en la España Arabe consúltese la mencionada *Intr. al Bay. Alm.* por Mr. Reinhart Dozy, el 2.° tomo de la *Bibl. Arab. Hisp. Escur.* de D. Miguel Casiri, y la *Bibl. de histor. arábigo-andaluces* dada á luz por el Sr. Moreno Nieto como apéndice á su excelente discurso de recepcion en la Real Academia de la Historia, Madrid, 1864. — Entre el gran cúmulo de obras de este género escritas por los Arabes españoles se hallarán historias políticas, literarias,

científicas, universales, generales de España y muchas particulares de nuestras provincias y ciudades, como de Alcalá la Real, Almeria, Algeciras, Badajoz, Beja, Calatayud, Córdoba, Elvira, Estepona, Granada, Guadalajara, Huesca, Málaga y su provincia, Murcia, Pechina, Poqueira, Segura, Sevilla, Silves, Toledo y Valencia. Tambien se hallan crónicas de muchos capitanes y héroes, como de Omar ben Hafsun, Abderrahman ben Meruan, conocido por *el hijo del Gallego*, los Beni Lope de Aragon, Almanzor, etc.

(40) Parece que hubo dos historiadores de este nombre y acaso de la propia familia: el que mencionamos en el texto murió en 896.

(41) Dozy, *Intr. al Bay*. 36.

(42) Id. ib. 64, 65.

(43) Almaccari, apud Dozy : *Cat. Cod. Or. Bibl. Acad. Lugd. Bat.* I, 231, etc.

(44) Alhomaidi murió en 1094, y su obra fué continuada posteriormente por Addhabbi, que floreció á fines del siglo XII.

(45) Murió Almutdaffar en 1068. Ibn Bassam é Ibn Jacan florecieron á principios del siglo XII.

(46) Acerca de las obras de Ibn Aljathib, véase su autobiografia publ. por Dozy en su *Script. Arab. loci de Abbadidis*, II, 165 y sig.—Casiri: *Bibl. Arab. Hisp. Escur.* II, 71. —Lafuente Alcántara: *Cat. de los cód. árab. adq. en Tetuan*, p. 61.—Moreno Nieto, en su *Bibl.*, p. 30, etc.

(47) Almaccari, I, 355.

(48) Alcorán: sura IV, al. 116.

(49) Id. sura IX, al. 114.

(50) Id. sura IX, al. 36.

(51) Id. sura II, al. 187.

(52) Pasajes citados por el Sr. Estebanez Calderon en su curioso folleto *de la Milicia de los Arabes en España*, extractado de su *Historia de la Infantería española*, obra de grandísimo interés que permanece inédita.

(53) Ibn Jaldun: *Historia de los Bereberes*, trad. del baron d' Slane: tomo IV, p. 359.

(54) El historiador Annowairi, citado por d' Slane en la mencionada obra. I, 356.

(55) Los cristianos y judios sometidos por los musulmanes se comprendian, en cuanto á sus derechos civiles, bajo el nombre comun de اهل الذمة, *gente de la clientela*, ó nacion tributaria. Todavia en Africa se conoce á los judios con este nombre. Véase á Bresnier: *Chrestom. árab. vulg.*, p. 41.

(56) Dozy: *Historia de los musulmanes de España*, Leide, 1861 y 1862, tomo IV, p. 115—117.

(57) Alcorán: sura IV, al. 169.

(58) Ibn Alabbar el Valenciano, citado en mis *Leyendas históricas árabes*, p. 210.

(59) Dozy: *Recherches sur l' histoire pol. et litt. d' Espagne pendant le moyen âge*. 1.ª ed. p. 189.

(60) Ibn Jaldun: *Hist. de los Bereb.* II, p. 307 y sig.

(61) *Bayan Almogrib*: pte. II, p. 229. — Mis *Leyendas históricas árabes*, p. 378.

(62) Almaccari, I, 378 y 379.

(63) Id. II, 144.

(64) Dozy: *Script. Arab. loci de Abbadidis*, I, 243 y 244. — Abdelwahid: *Hist. de los Almohades*, ed. de Dozy, p. 67.—*Hist. de los musulmanes*, IV, 78.

(65) *Script. Arab. loci de Abbadidis*, I, 244.— *Hist. de los musulmanes*, III, 284.

(66) Dozy: *Hist. de los musulmanes*, IV, 69.

(67) Id. ibid, IV, 34.

(68) Dozy: *Script. Arab. loci de Abbadidis*, textos árabes, tomo I, pág. 39 y 170, trad. pág. 83 á 85, 178 y sig. etc.

(69) Versos de *Ibn Abdun* apud *Hoogvliet*: *Scriptorum Arabum loci de Ibn Zeiduno*.

(70) Versos de *Ibn Jafacha* apud Almaccari, I, 451.

(71) Alcorán: sura XLIII, al. 17.

(72) Id. sura XXX, al. 20.

(73) Id. sura IV, al. 38.

(74) Dozy: *Hist. de los musulmanes*, III, 350.

(75) Ibn Jaldun: *Hist. de los Bereberes*, I. 199.

(76) Dozy: *Hist. de los musulmanes*, III, 59 y sig. 260.

(77) Dozy: *Intr. al Bayan*, 7.

(78) Almaccari: I, 303 y sig.

(79) No convienen los eruditos sobre la procedencia de la voz *mozárabe*. Unos la derivan de *mixti Arabes* (ó mejor *mixti Arabibus*) mezclados con los Arabes, y otros de مستعرب, que en lengua árabe quiere decir ingerto entre los Arabes, arabizado.

(80) Dozy: *Hist. de los musulmanes*, II, 62 á 68.

(81) Id. ib. II, 69 á 75.

(82) Véase la Biografía de Omar ben Hafsun en mi *Descripcion del reino de Granada*, p. 148 y 149.— Dozy: *Hist. de los musulmanes*, 190 y sig.

(83) Dozy: ib. 181 y sig.

(84) Dozy: *Intr. al Bayan*, 7 y 8.

(85) Id. ib. 7.

(86) *Bayan Almogrib*, II, 102 y sig. — Dozy: *Hist. de los musulmanes*, cap. X á XVIII.

(87) En sus *Varones ilustres del Andalus*, códice de Oxford.

(88) Sobre las industrias y artefactos en la España árabe, y particularmente en Almeria, Málaga, Murcia, Granada, Baza, etc., véase á Almaccari, I, 123, 124 y alibi. Sobre las obras hidráulicas en Córdoba, id. I. 303, 371 y alibi.

(89) Dozy: *Hist. de los musulmanes*, III, 90, 93.

(90) Autores árabes citados en mis *Leyendas*, p. 7, 191 y sig.

(91) Almaccari, I, 362.

(92) Id. I, 302 y sig.

(93) Id. I, 371.

(94) Id. I, 382, y mi leyenda *Almanzor*, cap. V á VII.

(95) Id. I, 373, y mi leyenda *Medina Azzahrá*, p. 350 y sig. 380.

(96) *Ley. hist. árab.*, 379, 380 y sig.

(97) Ibn Jaldun apud Almaccari, I, 258. — Dozy: *Hist. de los musul. de Esp.*, III, 183, 187, etc.—*Ley. hist. árab.* 40 y 41.

(98) Dozy: ib. 59 y sig. 134 y 135.

(99) Almaccari, I, 389.

(100) Dozy: *Hist. de los musulmanes*, en todo el tomo IV titulado *los Régulos*.

(101) La relacion de este memorable suceso segun le cuentan los autores árabes véase en Dozy, *Recherches*, 2 ed. tom. I, ap. n.° XXIV, y version francesa, p. 345 y sig. Véase tambien al mismo *Hist. des mus.*, IV, 256 y sig., y á Conde, *Hist. de la dominacion de los Arabes en España*, pte. II, cap. 29.

(102) Dozy: ib. IV, 266 y sig.

(103) Id. *Script. Arab. loci de Abbadidis*, II, 183, 186.

(104) El Carthas, p. 181 á 183 de la ed. cit. — Abdelwahid: *Hist. de los Almohades*, etc.

(105) Véase mi *Descr. del reino de Granada*, 42 y 43.

(106) Id. 43 y sig.

(107) Ibn Jaldun: *Hist. de los Bereb.*, II, 322.

(108) Ibn Aljathib citado en mi *Descr. del reino de Granada*, 22, 23, 50.

(109) Sidi Mohieddin el Arabi, muerto en 1240 y segun otros en 1258. — Casiri: *Bibl. Arab. Hisp. Escur.*, I, 122, 155.—Dozy: *Cat. cod. or.* II, 74 y 73.

(110) Este poeta llevó al extremo el servilismo y la lisonja de los ingenios cortesanos. V. supra, p. 26.

(111) Conde le llamó equivocadamente *Aben Maron*. Murió hácia el año 1010.

(112) Natural de Cazalla de Jaen: murió en 1030.

(113) Ya celebrado como historiador. V. supra, páginas 28 á 29.

(114) Fué natural de Jaen y murió hácia el año 864.

(115) Reinó desde 1069 á 1091.

(116) Murió en 1084.

(117) Murió en 1135.

(118) Célebre poeta descriptivo que murió en 1138.

(119) Murió en Córdoba año 1087, y segun otros en 1091. Sobre las poetisas de la España árabe, véase Almaccari, II, 536 y sig. — Ibn Baxcowal, Addhabbi é Ibn Aljathib, citados por Casiri, etc.

(120) Murió en 1143.

(121) Ibn Jacan murió en 1140, e Ibn Bassam en 1147.

(122) Célebre teólogo que murió en 886, y segun otros en 889.

(123) Célebre jurisconsulto que murió en 1081.

(124) Célebre gramático que murió en 1264 ó 1270.

(125) Célebre gramático autor de la *Alfiyya*, que murió en 1273.

(126) Célebre geógrafo que murió en 1093 ó 1094.

(127) Célebre viajero que murió en 1217.

(128) Célebre botánico que murió en 1248.

(129) Célebre autor de agricultura, que floreció bajo el reinado de Almamun de Toledo, á quien dedicó su obra. Así lo refiere otro autor de la misma ciencia, Ibn Leon de Almeria (que vivia á mediados del siglo XIV), en las notas á su excelente poema de agricultura que se conserva MS. en la biblioteca de esta Universidad. Hammer Purgstal en su extensa H*ist. de la liter. árab.* muestra que ignoraba estas noticias.

(130) Célebre médico, que floreció en la segunda mitad del siglo X.

(131) Célebre médico y filósofo que murió en 1185.

(132) Célebre médico y cirujano, natural de Medina Azzahrá, que murió en 1107.

(133) De este apellido y familia hubo tres médicos célebres: Abulalá ben Zohr que murió en 1131, su hijo Abdelmelic que murió en 1161, y su nieto Mohammed que murió en 1199. Este último es conocido vulgarmente por *Aben Zoar.*

(134) Celebérrimo filósofo y médico que murió en 1199.

(135) Chábir ben Aflah, y segun otros Ibn Chábir, célebre astrónomo y matemático: vivia por los años 1033.

(136) Abderrahman ben Azzarquial de Córdoba, célebre astrónomo y autor del instrumento llamado la *zarcalla*: vivia en 1080.

(137) Célebre astrónomo coetáneo de Abderrahman III

y de Alhacam II. Su nombre entero era *Rabi ben Zaid*, y Dozy le identifica con Recemundo, obispo de Iliberis. En 961 acabó su famoso calendario astronómico-agrícola, que dedicó á Alhacam II, y le compuso en lengua árabe. Por esta razon le contamos entre los escritores arábigo-hispanos, aunque por raza y religion era cristiano mozárabe.

(138) Célebre autor de obras filosóficas y musicales, que murió en 1138, y es conocido entre los Europeos por *Aben Pace*. Unos le hacen natural de Granada y otros de Zaragoza.

(139) Almaccari: I, 136.—Dozy: *Hist. des mus. d' Esp.* III, 19.

(140) Almaccari: I, 223.

(141) *Bayan Almogrib*, II, 314 y sig. — *Leyendas hist. árab.* 30.

(142) Almaccari: II, 130.

(143) Mohammed ben Abdallah ben Aljathib, de Granada: murió en 1374. Sobre sus varios escritos, véase su autobiografía en Dozy: *Script. Arab. loci de Abbad.*, II, 165 y sig.—Casiri: *Bibl. Arab. Hisp. Escur.*, II, 72 y sig.

(144) Sobre el cultivo de los diferentes ramos de la literatura entre los Arabes españoles véase: Almaccari, II, 104 á 130.—Ibn Jaldun, apud Sacy, *Anth. gram. árab.* p. 183 y sig. del texto, 428 y sig. de la version, etc.

(145) Almaccari: II, 144.

(146) Sobre los conocimientos literarios de Alhacam II, y el impulso que dió á todos los buenos estudios, véase á Dozy, *Hist. de los mus. de Esp.*, III, 108 y sig. y su elogio en Almaccari, I, 449 y sig.

(147) Murió en 1068. V. Almaccari, 289, II, 131 etc.

(148) Fueron insignes poetas. V. Almaccari, II, 131.—Dozy, *De Abb.* passim.

(149) Dozy: *Hist. de los mus.*, III, 109. Sobre las madrisas de Córdoba véase Almaccari, I, 136.

(150) Dozy: ib. IV, 35.

(151) Véase á Casiri en su *Bibl.*, II, 71, 130, etc.

(152) Almaccari: I, 138 y sig., II, 123.

(153) Ibn Alabbar en su *Tecmila*, *biog. de Almallahí.*

(154) V. Casiri: II, 280, 285, etc.

(155) Publicole Dozy en sus *Recherches*, 2 ed. I, 96 y sig. y apénd. n.° III.

(156) Sacy: *Chrest. árab.* I, 390 y sig. — Almaccari, I, 814.

(157) Almaccari: I, 89.

(158) Ibn Hayyan, citado por el autor del *Bayan*, II, 316 á 319.—Almaccari: I, 269 á 270.

(159) Id. ibidem.

(160) Id. I, 89.

(161) Id. I, 172.

(162) Id. I, 87.

(163) *Bayan Almogrib*, II, 23.

(164) Almaccari: I, 368.

(165) Autor árabe del *Ajbar Machmúa*, cit. por Dozy, *Recherches*, I, 54 á 55.

(166) Dozy, ib. I, 60.

(167) Id. ib. 335, 346, 347.

(168) Almaccari: I, 176.

(169) Id. I, 270 á 272.

(170) *Geografia del Idrisi*, trad. de Jaubert, II, 22. — *Geografia de Abulfeda*, texto árabe, ed. de Reinaud y d' Slane, 169 y sig.—Dozy: *Hist. de los mus.* II, 261.

(171) Almaccari: I, 368.

(172) Id. I. 345.

(173) Id. I, 252.

(174) Ibn Jaldun, cit. por Dozy, *Hist. de los mus.* III, 103. Pero creemos que se equivoca Ibn Jaldun dando al obispo de Córdoba el título de *católico* usado en este sentido por alguna comunion religiosa del Oriente.

Constan además en otros documentos arábigos los siguientes nombres de obispos españoles mozárabes:

Rabi ben Zaid, natural de Córdoba, que vivia en 961, como queda dicho, y á quien se identifica muy probablemente con el obispo Recemundo de Iliberis.

Abdelmelic, á quien el presbítero Vicente dedicó en 1049 la célebre coleccion canónica arábigo-escurialense.

Micael ben Abdelaziz, que vivia en 1175, y cuyo nombre consta en unos Evangelios arábigo-hispanos que existian en la real biblioteca del Escorial.

(175) V. Dozy, ib. II, 209.

(176) Id. ib. II, 216 y 224.

(177) *Bayan Almogrib*, II, 206 á 210.—Ibn Hayyan en sus mencionados fragmentos, reinado de Abdallah. — Dozy, *Hist. de los mus.* II, 326.

(178) Dozy, ib. II, 287 y 341.

(179) *Bayan Almogrib*, II, 117 á 118.

(180) Dozy: *Hist. de los mus.* II, 261.

(181) Ibn Hayyan, loc. cit.

(182) V. en Dozy, *Recherches*, I, 345 y sig.

(183) *Anales Toledanos*, apud Florez, *España Sagrada*, XII, 347.

(184) Dozy, ib. p. 349 y texto, p. LXVI de los apénd.

(185) *Carthas*, p. 150 del texto árabe, ed. Tornberg.

(186) Id. ib. p. 157.

(187) Pág. 180 á 181 del texto árabe, ed. Dozy.

(188) *Anales Toledanos*: *Esp. Sagr.*, XXIII, 391 á 392, era 1210, año 1172.

(189) *Carthas*, p. 167. Véase tambien Ibn Jaldun, *Hist. de los Bereberes*, II, 235; é Ibn Aljathib apud Casiri, II, 225.

(190) *Carthas*, loc. cit.

(191) Mariana: *Hist. gen. de Esp.* l. XII, cap. 3.

(192) *Carthas*, p. 170.—*Hist. de los Bereb.*, II, 238.

(193) *Ajbar Machmúa*, trad. de Dozy: *Recherches*, I, 45:

(194) Annowairi, cit. por d' Slane : *Hist. de los Bereb.* I, 345.—Almaccari: I, 149 á 150.

(195) V. *Ajbar Machmúa*, trad. de Dozy : *Recherches*, I, 51 y sig.—Almaccari: I, 166 y sig.—Casiri : *Bibl. Arab. Hisp. Escur.*, II, 320 y sig. etc.

(196) V. Annowairi, trad. d' Slane.— Arz. D. Rodrigo: *De rebus Hispaniæ*, l. III, cap. 24. — Dozy: *Hist. des mus.*, II, 62, 63, etc.

(197) Dozy, ib. I, 55 á 57. — Almaccari, I, 166 y sig. Addabbi nos ha conservado el texto de ese famoso tratado en su biografia de *Habib ben abi Obaida*, y Casiri le ha publicado en su Bibl. II, 106.

(198) Almaccari: I, 174, II, 9 y sig., 671 y sig. — *Bayan Almogrib*, II, 14 y 29. — Ibn Jaldun apud Dozy, *Recherches*, I, 100. — El mismo Dozy : *Hist. de los mus.* III, 22 y 23.

(199) *Hist. de los Ber.* IV, 71.

(200) *Ajbar Machmúa*: *Recherches*, I, 151.

(201) Ibn Alwardi, cód. MS. del Escorial , n.° 1629 de Casiri.

(202) Almaccari, I, 92.

(203) Ibn Almorabith de Granada , apud Ibn Jaldun: *Hist. de los Ber.* IV, 92.

(204) Garcia Ordoñez, conde de Nájera.

(205) Ibn Bassam, apud Dozy: *Recherches*, II, 17 y sig. y apénd. n.° 1.

(206) Dozy: *Hist. de los mus. de Esp.*, III, 186 y sig., 190.—Mis *Ley. hist. árab.*, 181 y 182.

(207) Dozy: ib. III, 290 y sig.

(208) Id. ib. III, 327.

(209) Id. ib. IV, 230.

(210) Ibn Jaldun: *Hist. de los Ber.*, II, 81. — V. etiam Dozy: *Hist. de los mus.*, IV, 246 á 247.

(211) Su relato fué traducido por Conde en su *Hist. de la dominacion de los Arabes en España*, II, 290 y sig., 1.ª ed.—V. Dozy, obra cit., IV, 263.

(212) Este nombre consta en la *Crón. latina de Alfonso VII.* En el texto impreso de Ibn Jaldun se le llama por error *Az-zeberter.*

(213) Ibn Jaldun: *Hist. de los Ber.*, II, 176 á 178.

(214) V. mis *Ley. hist. árab.*, 381 y sig.

(215) En el texto impreso de Ibn Jaldun se le llama por error *Alí ben Az-zeberter.*

(216) Ibn Jaldun: II, 88, 94, 208 y sig.

(217) Ibn Jaldun: pasaje cit. por Rozet y Carette en su *Algerie (Un. Pitt)* 206.

(218) *Carthas*, 170, 171, 173.

(219) Así se lee en algunos MSS. En la trad. de Moura *Farro Casil*, en la de Beaumier, p. 365, *Francil.* V. la ed. de Tornberg, p. 170.

(220) *Hist. de los Ber.*, III, 349.

(221) Ib. II, 250 y sig.

(222) Ib. II, 253.—*Carthas*, 173, 205, etc.

(223) V. *Hist. de los Ber.*, III, 341, nota.

(224) Ibn Jaldun, ib. III, 353 y sig.

(225) Id. ib. IV, 61. Este nombre parece corrupcion de *Pero Navas.*

(226) Id. ib. III, 380.—V. *Carthas*, p. 207.

(227) *Hist. de los Ber.*, IV, 186.

(228) *Carthas*, 273.

(229) *Crón. de D. Alfonso el Onceno*, c. 227 y sig.

(230) Ibn Jaldun: *Hist. de los Ber.*, IV, 350 á 353.

(231) V. la mencionada *Crónica*, ib.

(232) V. Hernando de Baeza : *Historia de las cosas que pasaron entre los Reyes Moros de Granada*, etc. MS.

(233) Los autores árabes nos hacen ver en *Bolcuna*, hoy Porcuna, la antigua *Obulco* ; en *Sohail* ó *Suheil*, hoy la Fuengirola, la antigua *Suel*; en *Ilia*, hoy el Padron, la antigua *Iria Flavia*; en *Mentixa*, hoy la Guardia (provincia de Jaen), la antigua *Mentesa*; en *Aunoba* ó *Unoba*, hoy Huelva, la antigua *Onuba*; en *Labla*, hoy Niebla, la antigua *Elepla*; en *Nebrixa*, hoy Lebrija, la antigua *Nebrissa* ; en *Colunia*, hoy Coruña del Conde, la antigua *Clunia*; en *Alboranos*, hoy Sierra Morena, el antiguo *Mons Marianus*. Tambien nos hablan de *Elvira*, antigua Iliberis ; de *Nexcania*, antigua Nescania; de *Xecunda*, antigua Secunda, cerca de Córdoba ; de *Aurith*, antigua Oreto; de *Castulona* (Cazlona), antigua Castulo; de *Carteyana*, antigua Carteya; de *Sagunto*, hoy Murviedro; de las Columnas de Hércules en Cádiz (*Sanam Cádis*); y en fin de otros muchos lugares y monumentos cuyas memorias y restos han borrado, mas ó menos, los siglos.

(234) Sobre todo esto véase la gran compilacion de Almaccari, *passim*, pero principalmente el tomo I, pág. 81 á 140.

(235) Almaccari, I, 141 á 177. — Ibn Jaldun : *Hist. de*

los Ber., I, 345 y sig., II, 135 y sig. etc. — Sobre la descendencia del conde D. Julian véase al Dzahabi citado por d' Slane en su traduccion de la *Hist. de los Ber.*, I, 346, y á Dozy, *Recherches*, I, 65.

(236) Almaccari: I, 149 y sig.—Ibn Abdelhacam, citado por d' Slane, ib. I, 348.

(237) Ibn Jaldun: *Hist. de los Ber.* IV, 117.

(238) Id. ib. IV, 106. — *Carthas*, p. 229 del texto y 295 de la version de Tornberg.

(239) Ibn Jaldun: *Hist. de los Ber.* IV, 379.

(240) *D. Miguel Casiri*, natural de Trípoli de la Siria, presbítero y doctor en teologia: murió en 1791. Publicó en 1760 su *Biblioteca Arábico-hispana Escurialensis*, que, por los importantes extractos que contiene de muchos historiadores arábigo-hispanos, ha sido la base de todos los estudios históricos que se han hecho desde entonces sobre la España árabe. Tambien dejó escrita una version latina del famoso códice canónico arábigo escurialense, la cual se conserva manuscrita en la Bibl. Nac. de Madrid, Aa 42 y 43.

(241) *D. José Antonio Conde*, académico que fué de la Historia y de la Lengua. Publicó en 1790 una traduccion de la *Descripcion de España de Xerif Al-Edris*, etc., y en 1820 una *Historia de la dominacion de los Arabes en España*: primera obra de su género y digna de elogio si se tiene en cuenta el tiempo en que se escribió; pero indigna de fé en muchos puntos por falta de documentos y aun de crítica.

(242) *D. Pascual de Gayangos*, académico de la Historia y catedrático actual de lengua Arabe en la Universidad Central. Publicó de 1840 á 1843 una obra titulada *History of the Mohammedan dynasties in Spain*, que contiene una traduccion inglesa de la obra de Almaccari, multitud de no-

tas eruditas y por apéndice importantes fragmentos de otros historiadores árabes. Tambien ha publicado otros ensayos de semejante índole en las Memorias de dicha Real Academia, en el Memorial histórico, etc. Estos trabajos han contribuido no poco al progreso de los estudios arábigo-hispanos.

(243) *El Excmo. Sr. D. Serafin Estebanez Calderon*, académico de la Historia, senador del Reino y consejero de Estado: mi ilustrado y querido maestro en la lengua árabe y en otros estudios. Al imprimirse este discurso no podemos menos de lamentar su prematura muerte ocurrida en 5 de febrero de 1867. Aunque su privilegiado talento, su inmensa erudicion y su rara elegancia de estilo brillan principalmente en sus *Escenas Andaluzas*, sus *Poesias* y su novela *Cristianos y Moriscos*, es acreedor tambien á gran elogio como arabista. Discípulo del sabio Jesuita P. Artigas, arabista distinguido, fué profesor de este idioma en el Ateneo de Madrid, impulsó su estudio por todos los medios posibles, y con la consulta de los autores árabes enriqueció su Manual ó *Guia del Oficial español en Marruecos* y su *Historia de la Infanteria española*, que ha dejado inédita y aun no terminada.

(244) *Fray José de Santo Antonio Moura*, Portugués: publicó una excelente traduccion del libro histórico el *Carthas* con el título de *Historia dos soberanos Mohammetanos das primeiras quatra dynastias é de parte da quinta que reinarao na Mauritania*, etc. Lisboa, 1828, 1 v. 4.°

(245) *Mr. Reinhart Dozy*, Holandés, profesor de Historia en la Universidad de Leiden. Con notable erudicion y crítica se consagra desde hace muchos años al estudio de nuestra historia bajo la dominacion árabe, habiéndola elevado á un grado notable de progreso y perfeccion. — Ha publicado: 1.° *Dictionnaire détaillé des noms des vêtements chez les*

Arabes.—2.° *Historia Abbaditarum*, 2 tomos, 1846 á 1852. —3.° *Commentaire historique sur le poeme d' Ibn Abdoun par Ibn Badroun*, etc. 1846.— 4.° *Abdolwahid Almarekoshi, the history of the Almohades*, texto árabe, 1847. — 5.° *Notices sur quelques MSS. arabes*, 1847 á 1851. Comprende los *Varones ilustres de la España árabe* por Ibn Alabbar de Valencia, texto arábigo. — 6.° *Histoire de l' Afrique et de l' Espagne intitulee Al Bayano-l-Mogrib*, *et fragments de la Chronique d' Arib*, etc., texto árabe, 1848 á 1851, 2 vol.— 7.° *Recherches sur l' histoire politique et litteraire de l' Espagne pendant le moyen âge*: dos ed. 1.° 1849, un tomo, y 2.ª 1860, 2 tomos. — 8.ª *Catalogus codicum orientalium bibl. Acad. Lugd. Batavæ*, tomos 1.° y 2.°, 1851. — 9.° Una parte de la obra titulada *Analectes sur l' histoire et la litterature des Arabes d' Espagne por Almaccarí*, *publiés par MM. R. Dozy, G. Dugat, L. Krehl et W. Wrigth*, texto árabe, en 2 partes y 4 tomos, 1855 á 1861.— 10.° *Histoire des musulmans d' Espagne jusque' á la conquete de l' Andalousie par les Almoravides*, 4 tomos, 1861.— Al imprimirse este discurso podemos añadir: 11.° *Description de l' Afrique et de l' Espagne por Edrisi*, *texte árabe avec une traduction, des notes et un glosaire por M. R. Dozy et M. J. de Goeje*, 1866.

(246) *El baron Mac Guckin d' Slane*, intérprete general del ejército francés en la Argelia, ha publicado: 1.° *Vies des hommes illustres de l' islamisme*, en árabe, por Ibn Khallican (l. Jallican), 1838 á 1841.— 2.° *Geographie d' Abulfeda, texte árabe publie par M. Reinaud et le baron Mac Guckin d' Slane*, 1840. — 3.° *Histoire des Berberes*, *etc. par Ibn Khaldoun* (l. Jaldun), texto árabe, 1847 y 1851, 2 tomos; traduccion, 4 tomos, 1852 á 1856.

A estos autores de que hacemos mencion especial, deben añadirse los nombres de Souza, Reinaud, Reiske (traductor de Abulfeda), Wustenfeld, Tornberg, (editor y traductor del *Carthas* y de la *Crónica de Ibn Alatzir*), Jaubert (traductor del Idrisi), y algunos otros que han contribuido al progreso de nuestra historia arábigo-hispana. Pero merece mencion señalada una reciente publicacion, á saber:

Beitrage sur Geschichte der Westlichen Arabes herausgegeben von Marcus Joseph Muller. 1 Heft München, 1866. Este cuaderno comprende textos árabes sacados de varios códices muy importantes existentes en la Real biblioteca del Escorial, conteniendo opúsculos de Ibn Aljathib, Alchodzami é Ibn Alabbar.

(247) Entre los jóvenes ilustrados y estudiosos que han formado en esta ciudad una escuela arábiga y orientalista debo contar á los señores: *D. Emilio Lafuente y Alcántara*, autor de la excelente obra *Inscripciones árabes de Granada*; —*D. José Moreno Nieto*, mi antecesor en esta cátedra y autor de una breve pero preciosa *Biblioteca de historiadores arábigo-andaluces*;—*D. Francisco Fernandez Gonzalez*, catedrático de literatura general y española en esta Universidad y hoy en la Central, que ha empezado á publicar una traduccion española del *Bayan Almogrib*;— *D. Leopoldo Eguilaz*, erudito igualmente en las lenguas árabe y sanscrita, y autor del *Episodio de Yachnadata*; — *D. Juan Facundo Riaño*, jóven distinguido en estos y otros estudios;—y *D. Pedro Lahille Ricard*, traductor de las Orientales. Posteriormente entre mis discípulos de árabe he tenido la satisfaccion de contar algunos muy sobresalientes, que andando el tiempo creo cultivarán con provecho tan importante ramo de los estudios modernos.

CORRECCIONES.

Sin detenernos en algunas erratas de poca importancia (1), debo hacer aquí las siguientes advertencias :

PÁGINAS 7 Y 8. Arrastrados por un error vulgar, dijimos que en cierta época fueron destruidos por el fuego y el abandono documentos arábigos de gran precio para la historia nacional. En efecto, muchos autores modernos opinan que entre los libros arábigos quemados en Granada por Cisneros debieron perecer no solamente los alcoranes, sino todo el tesoro de la literatura arábigo-hispana que se halló al tiempo de la conquista en este reino. Pero despues habiendo caido en nuestras manos documentos auténticos de aque-

(1) Tales son : pág. 29, lín. 1.ª, dice *Abdelbarr*, léase *Abdelberr*. — Pág. 65, lín. 28, dice *tenia*, léase *traia*. — Pág. 101, lín. 5, dice *cada*, léase *cada dia*.

lla época, hemos reformado nuestro juicio, vindicando cumplidamente la fama de aquel varon insigne. Cónstanos que solamente se mandó quemar las obras de la secta mahometana, encargándose con especial cuidado la conservacion de los libros de historia, medicina y otros conocimientos útiles. Los libros de esta clase que pudo haber nuestro gobierno, fueron depositados en la Real Capilla de esta ciudad y llevados despues por mandado de Felipe II á la gran biblioteca del Real Monasterio del Escorial. Así consta por catálogos y listas de aquel tiempo, especialmente por el índice que de ellos hizo Alonso del Castillo, y que se conserva original en dicha biblioteca. Los Moros y Moriscos que emigraron al Africa se llevaron gran cantidad de códices arábigos, y es de notar que apresados muchos de ellos en tiempo de Felipe III en las naves de Muley Zeidan, fueron enviados á reunirse con sus compañeros en dicha real biblioteca, donde aun se conservan muchos procedentes del reino de Granada. Todavia la biblioteca de esta Universidad conserva algunos códices arábigos del propio origen. Conste, pues, que deliberadamente ni el ínclito Cisneros ni el gobierno español mandaron destruir con pretextos religiosos ni un solo códice de la literatura arábigo-granadina, excepto los muslímicos, antes bien ordenaron expresamente su conservacion. La brevedad del espacio no nos permite estampar aquí los documentos, aunque esperamos hacerlo en otra ocasion. La desaparicion de aquella riqueza debe atribuirse á los estragos de la guerra y del tiempo, á la emigracion de los Moros y Moriscos, al incendio que sufrió en el siglo XVII la biblioteca del Escorial, y al desden con que la opinion pública miraba forzosamente la ciencia de un pueblo enemigo é infiel.

Pág. 10. Al afirmar que los Arabes en «los albores de su cultura aprendieron de sus hermanos los Hebreos las grandes verdades religiosas,» nos hemos espresado con alguna oscuridad. Lo que debemos decir es que los Arabes, primero por su trato y relaciones con los Hebreos, y despues por la predicacion de los Apóstoles (Hebreos tambien) que oyeron, así en la Siria como en la Arabia, llegaron á adquirir y comunicaron á su civilizacion desde los primeros tiempos, altas verdades del órden revelado y sobrenatural que ignoraron las naciones mas cultas de la antigüedad.

Pág. 18 y 19. Lo que decimos en estas páginas sobre el monoteismo de los Semitas, y particularmente de los Arabes, necesita alguna explicacion. Nosotros admitimos con Renan (*Historia de las lenguas semíticas*) que el islamismo nacido dentro de la raza semítica, como el judaismo y el cristianismo, haya contribuido con ellos á progagar el monoteismo y extirpar la antigua idolatria. Pero esta obra que tanto ensalza á los Semitas no debe considerarse inspirada por un sentimiento ó instinto de raza como supone Mr. Renan; pues entonces todos los pueblos de aquel linaje hubiesen profesado siempre la misma creencia, y sabido es que los antiguos Caldeos y Arabes practicaron la mas grosera idolatria. En cuanto al islamismo, no debe considerársele como un producto del genio semítico, sino como una degeneracion falsa y absurda de la ley mosáica y del Evangelio, al modo de las sectas que el espiritu de error y rebeldia ha derivado de la única religion verdadera. Por eso San Juan Damasceno incluye el islamismo (*Ismaelitarum superstitio*) entre las sectas ó herejias, demostrando elocuentemente la inconsecuencia y contradiccion con que ad-

mite algunos dogmas y doctrinas de nuestra santa fé católica, rechazando ó desfigurando otros. Véase su tratado *De Hæresibus* en el tomo I, pág. 110 á 115 de sus obras, edicion de Venecia, 1748. Baste decir en elogio de la civilizacion árabe, que esta encierra algunos principios religiosos derivados de la revelacion mosáica y cristiana, aventajándose por esto á las antiguas civilizaciones paganas. Por lo demás, en esto como en todo, sujetamos nuestro juicio á la correccion de la Santa Iglesia Romana.

FIN.

CONTESTACION

POR EL DOCTOR

D. FRANCISCO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

CONTESTACION

POR EL DOCTOR

D. FRANCISCO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Ilmo. Señor:

No ha mucho que el espíritu apasionado de nuestros Españoles, cediendo á preocupaciones históricas ó tradiciones nacionales en legítima parte atendibles, cubria con incalificable menosprecio la cultura de un pueblo, que naturalizado por espacio de ocho siglos en la Península, cambió las circunstancias del modo de ser de sus habitantes, influyendo con sus usos, su habla, su industria, su comercio y hasta con sus guerras desoladoras. Pero si tales prevenciones, exageradas ó plausibles, podian hacerse lugar en la época de la expulsion de los Sarracenos, atento el espíritu hispano á borrar las huellas de la dominacion y cultura muslímicas, en la presente aparecen modificadas por el efecto de nuevas ideas, que, tendiendo á señalar la línea de demarcacion entre las influencias que levantan ó hacen decaer el esplendor de las naciones, reciben con el aplauso de su justicia los relámpagos de claridad que en tiempos de bor-

rascosas tinieblas han alumbrado las sendas de peregrinacion de la familia humana.

No es por lo tanto el menor signo de la robustez de la cultura de hoy la imparcialidad sincera con que se consagra nuestra edad á estudiar los restos de las civilizaciones pasadas, en las cuales ocupa un lugar muy interesante la literatura de los siglos medios iluminados fuertemente por las entonadas tintas germánica y semítica y adoctrinados en gran parte por el Arabismo. Legítimo, que no infundado, es el orgullo de la Europa moderna por su elevado progreso intelectual, sólida base de grandeza y de influencia política.

Encarnado el pormenor en nuestra historia, que descarta el carácter épico de las edades anteriores, incapaz de igualarlas en el terreno objetivo y mecánico, las comprende, y éste es su mérito mas ilustre.

¡Qué sublime, qué raro, qué esplendente, qué inconscio, espontáneo y prodigioso es el espectáculo de las historias antigua y media! ¡Qué pequeño, qué reflexionado, qué preparado y medido el espíritu de la sociedad moderna y novísima! En aquellas el cetro del genio lo vemos pasar sucesivamente de unas razas á otras, de imperios vastísimos á imperios no menos dilatados, de unas creencias religiosas á creencias religiosas diversas. Como en aquel juego de antorchas que era una solemnidad entre los Griegos, la cultura pasa de los Chinos á los Arios, de los Arios á los Indos, de los Indos á los Egipcios, de los Egipcios á Grecia, de Grecia á Roma, síntesis del Occidente. En la Edad Media el Arabismo es la fuerza política mas marcada y tan comprensiva como cualquiera otra de los tiempos anteriores. Menos brillante la historia moderna aparece concentrada en Europa, que,

si materialmente no domina las otras partes del mundo, las dirige, las estudia y con su espíritu las penetra. Al conquistador antiguo han sucedido el sabio, el filósofo, el erudito, el político y el economista. La civilizacion procede en marchas mas determinadas y reducidas, y ya no son el Oriente contrapuesto al Occidente, el cristianismo al politeismo, sino Italia, España, Austria, Francia, Inglaterra, etc., los pueblos que se disputan la antorcha de la direccion y de la ciencia, la heguemonia del saber. En el nuevo giro de los movimientos sociales, la reflexion, la precesion del pensamiento al hecho, la lógica desentrañada á través de lo objetivo son la musa de la historia moderna, si no preparada en todas sus partes, superiormente anticipada y concebida. Hoy la preparacion de los sucesos, la elaboracion del porvenir mas ó menos distante, ocupa las inteligencias y despierta los intereses, desapareciendo lo imprevisto de la historia, donde luchan; aun mas que los efectos, las causas: que la potencia de las naciones, los principios de que depende su engrandecimiento. En este palenque abierto al mundo del espíritu solo valen los hechos rodeados por la aureola de la idea, y la misma historia se hace inútil á no ir acompañada de la expresion de la cultura. Sentido superior en que los estudios literarios y artísticos adquieren un valor inusitado, como los ejemplares naturales que prepararon lo pasado y anterior ofrecidos por base de los ejemplares conscios y reflejos, que deben abrir camino á lo porvenir. Así entra hoy el conocimiento del Arabismo en una de las necesidades mas urgentes para el proceso aplicado de la filosofía de la historia. Su objeto, sin embargo, circunscrito á España, no es un elemento objetivo que debe atenderse como en Europa en beneficio de la comparacion; interiorizado hasta en

los elementos de nuestra sangre es el *nosce te ipsum* del exámen de las vicisitudes de nuestra raza.

Y en Granada, ciudad impregnada de la atmósfera árabe y semítica, donde se respira aun el perfume de su encantadora cultura, como en espléndido pebetero consagrado á las glorias del genio oriental, en su suelo de pasadas grandezas y de inolvidables recuerdos, todo es mudo sin el conocimiento de esa literatura, que adhiere tradiciones á cada sitio, significado á cada piedra, y resucita á la luz del dia en pleno siglo XIX los venerables restos de un glorioso pasado que admira la imaginacion y entusiasma á la memoria.

No carece de importancia, por tanto, fenómeno es digno de elevada consideracion el que ha tenido lugar en este momento á nuestros ojos; el elogio de los merecimientos de una raza proscrita y relegada por largos años al desprecio del vencedor, leido desde la cátedra de una Universidad, fundada en oposicion á su cultura, por un profesor esclarecido que junta á conocimientos profundísimos en la lengua de los musulmanes, ferviente fé en la religion cristiana porque combatieron sus mayores y una caridad benevolentísima, testimonio es irrecusable de la superioridad de la civilizacion que alcanzamos. No penseis por esto que tal fenómeno constituya un ejemplo nuevo en la historia del pueblo español. Aunque sometida á frecuentes variaciones la opinion sobre el pueblo árabe, los doctos de nuestra patria le han tributado en todas épocas el homenaje de su consideracion respetuosa.

Si Alvaro deploró en el siglo IX el afan con que los cristianos cultivaban la lengua árabe, Juan Hispalense, ilustres obispos de Córdoba (1), Isaac el catib é innumerables escritores dieron claras muestras del aprecio con que

miraban los adelantos de aquella civilizacion. En los mismos tiempos se traducian al árabe los libros sagrados y las mejores historias de la España latina, existiendo en pleno siglo X traducciones arábigas de Paulo Orosio, de los concilios de Toledo y de las Sagradas Escrituras. En libros de épocas posteriores compuestos por los muslimes de España y Africa son muy numerosas las citas de libros cristianos escritos en lengua latina (agemí), ofreciéndose razones poderosas para sospechar que varios historiadores árabes, Aben Hayyen y acaso el famoso Al-Higeri (el de Guadalajara) se dedicaron al cultivo de este idioma.

En el siglo XI la influencia de las costumbres árabes en las córtes de los cristianos se hace paso por los vínculos de familia que estrechan las relaciones de los príncipes de diferente creencia (2) y por la espada de Alfonso VI, soberano de los pueblos de ambas religiones. En el XII Alfonso VIII acuña moneda en lengua arábiga; Pedro Alfonso introduce en la literatura española el género simbólico del Oriente, pasando al latin las tradiciones y cuentos arábigos que preparan «el libro de los sabios,» «el de los engaños de las mujeres,» y «las conocidas anécdotas del conde Lucanor,» al propio tiempo que Pedro de Toledo y Roberto Kennet hacen dos traducciones latinas del código civil y religioso de los sectarios de Mahoma. En el XIII no solo el Rey Sabio acudia á la ciencia de los semitas al instituir las academias toledanas, si que sus obras eran admitidas como de valor en juicio, hasta en los pleites de demarcacion de las iglesias (3), fallados algunas veces mediante alegaciones sacadas del testimonio de los historiadores árabes. A los principios del siglo XIV D. Juan Manuel y el mártir San Pedro Pascual (4), muy versados en la literatura árabe, influyen con sus escritos y tra-

ducciones en el perfeccionamiento de la lengua castellana, y á mediados del mismo siglo el arcipreste de Hita, familiarizado con los usos y lengua de los Sarracenos (5), nos introduce en el interior de su sociedad y costumbres. En el XV, Cartagena, San Vicente Ferrer y Hernando de Talavera ofrecen conocimientos nada comunes en la lengua de los vencidos conquistadores de España, ejemplos de laboriosidad que imitan Fr. Obregon, el Padre Figuerola, Pedro de Alcalá, Mendoza, Ayala, Guadix, Mármol y Castillo en el siglo XVI; en el XVII florecen Cervantes, Gurmendi y Covarrubias, siendo alto honor del siglo XVIII esa brillante pléyada de arabistas: Asso del Rio, Casiri y el P. Marco D' Obelio, que preparan los trabajos de Banqueri, Lozano, Borbon, Cañes y Conde, inmediatos predecesores de los orientalistas contemporáneos.

Por la interesante reseña que ha hecho ante vosotros el autor de la disertacion leida habreis confirmado la opinion del esplendente estado de la historiografía entre los Arabes españoles, ramo de literatura que nos ha conservado documentos y epístolas de nuestros reyes castellanos que seria en vano buscar en las crónicas vulgares (6), y de la cual constan casi exclusivamente los testimonios de las colonias cristianas establecidas en el reino de Marruecos, la influencia de las costumbres de los cristianos sobre los Sarracenos (7), así como el auxilio que en determinadas épocas los caudillos árabes prestaron á los soberanos de Castilla.

Concluiré con una observacion que fortalece las aserciones del catedrático recibido sobre la utilidad de fomentar en nuestro pais el conocimiento de la lengua arábiga. Los pueblos completan en su marcha una idea segun la filosofía, que corresponde á su mision providencial en la historia: esta mi-

sion, por extraordinaria que pareciere, ha de estar en relacion con su pasado y la posicion geográfica que ocupen.

Colocada España como la cabeza de Europa que avanza entre dos mares hácia el continente africano, parece destinada por el Altísimo á la civilizacion de las vecinas costas; poblada de antiguo por colonias venidas del pais de allende el Estrecho, tiene vínculos históricos particulares que la unen á esta parte del mundo. No olvidemos que cuando los Galos vivian en los bosques y el Picto y el Breton apenas se arriesgaban en las costas, la civilizacion antigua africana, que dominaba en el mediodia de la Península, podia competir con la griega, que á su vez procedia del Egipto. Unidos los Españoles por su elemento semítico y africano á las primogénitas ramas del humano linaje, podemos argüir á nuestros vecinos que presuman de mas merecimientos en cultura: «Pueblos del Septentrion, sois unos niños que no »sabeis mas que lo de hoy y lo de ayer: nuestra historia es »antigua, nuestra literatura inmensa, múltiple en idiomas, »monumental y arqueológica, nuestra cultura está llena de »esplendores, que lucieron un dia con mas brillo que »vuestros esplendores actuales.»

Hé dicho.

NOTAS.

(1) En el apéndice ó suplemento á la «Epístola de Aben-Hazm» sobre la historia literaria de los Arabes españoles, compuesto por Aben-Said, el autor del Mogrib, se lee lo siguiente: «De astronomia escribió una obra Aben-Zeid Al-Oscof (el obispo) Al-Cortobí, privado de Al-Mostansir Ben-An-Nasir Al-Meruani (Al-Hacam II); para el cual compuso el tratado: «*De la division de los tiempos, y de las cosas que traen utilidad á los cuerpos,*» indicando en él las diferentes posiciones de la luna con su doctrina conexa, trabajo digno de alabanza por su fin y su resultado. En nuestros dias se ha ocupado Mutarrif de Sevilla en escribir una obra sobre el mismo asunto; mas habiéndole acusado de zendismo la gente de su pais por su aficion á esta materia, no ha llegado á publicarse nada de lo que tenia compuesto.» V. Al-Maccari, *Analecta* (texto árabe) tomo II, página 1, 125 y 126.

(2) Testimonio de estas relaciones dan el casamiento de

la infanta Doña Teresa con el rey moro de Toledo y el nacimiento del príncipe D. Sancho, hijo, segun la autoridad de Pelayo Ovetense, del rey Alfonso VI y de Zaida, hija de Aben-Abbed rey de Sevilla.

(3) Despues de ganada Valencia por D. Jaime el Conquistador, habiéndose movido controversia entre las iglesias de Toledo y Tarragona acerca de la pertenencia de la ciudad nuevamente conquistada, tuvo lugar un ruidoso pleito de cuyas actas, que asegura haber visto D. Garcia de Loaisa en la libreria de la catedral de Toledo, resulta que presentados en juicio cuatro libros arábigos, entre ellos una obra de Rasis y otra de un tal Abiba-Cacabahi, y reconocidos por un Judio y un Sarraceno, declararon que no solo en dichos dos libros, sino tambien en los otros dos, cuyos nombres no se declaran, se leia la especie de que en la division de obispados hecha por Constantino Valencia se hallaba comprendida en el de Toledo. Loaisa, *Collectio conciliorum Hispaniæ* página 131. Gayangos, *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo VIII.

(4) En su tratado *In sectam mahometanam* hace referencias que indican la lectura del Santo Obispo de Jaen en las historias y libros de los muslimes.

(5) Los exiemplos XX, XLI y XLVII del libro de Patronio están conocidamente sacados de fuentes árabes, y el XXX se encuentra al parecer con su forma original en Al-Maccari.

(6) Hé aquí la conservada por el autor del *Querlas* escrita por Alfonso VIII al Miramamolin Al-Manzor antes de la batalla de Alarcos: «En el nombre de Dios clemente y piadoso: De parte del rey cristiano al amir Al-Hanefí. Si tienes intencion de batirte conmigo, y te es dificil llegar á

nuestro pais con tu ejército, envíanos naves y trasportes é iremos con nuestras tropas á presentarte batalla en tu propia tierra. Si alcanzas la victoria te haré regalos aunque los tomarás por tí mismo y serás el rey de la religion; mas si la fortuna me favorece, yo seré el rey de ambas religiones. Salud.»

(7) En las Analectas de Al-Maccari (texto árabe), tomo I, página 137, se leen las siguiente frases con referencia á un historiador del siglo XIII: «Lo mismo que Aben-Hud »Aben-Al-Ahmar, que tiene en su poder ahora gran parte »de la Andalucia, no usa turbante y frecuentemente visten »sus sultanes y ejércitos el traje de los cristianos, que le »son vecinos, y armas idénticas á las suyas é iguales capas »de escarlata y otras prendas, siendo parecidos sus arreos »y sillas de caballos y su modo de hacer la guerra con es- »cudos y lanzas largas. No conocen la clava ni arco de los »Arabes, antes usan el arco de los Francos etc.»

FIN.

NOTA ESPECIAL.

Los tipos árabes empleados en la impresion de este discurso nos han sido franqueados por la Imprenta Nacional de Madrid.